



HELENA SIVIANES

A TU LADO

PARTE 1

Click
EDICIONES

Índice

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PARTE 1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

[Agradecimientos](#)

[Fichas de los personajes](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Helena Sivianes
A tu lado

Click
EDICIONES

*Para ti, papá. Aunque ya no estás,
sigues alimentando mi imaginación cada día*

«La música da alma al universo, alas a la mente,
vuelos a la imaginación, consuelo a la tristeza y vida
y alegría a todas las cosas», Platón

PARTE 1

CAPÍTULO 1



*Dos años antes.
Chicago*

La vida les había propinado dos golpes duros en los últimos cinco meses. Y ninguno fue capaz de tomar las riendas, seguir adelante e intentar que las cosas salieran bien. De haberlo hecho, ahora no se encontrarían delante del juez, escuchando la sentencia impuesta a un menor. Todo había ocurrido demasiado deprisa a ojos de su padre, pero él sentía que aquello solo era la señal de que iban a cortarle las alas, a encerrarlo entre cuatro paredes y privarlo de su libertad, de sus amigos, de todo lo que había conocido después de que su madre decidiera dejarlos de aquella manera.

—Señor Bennet, espero que entienda la gravedad del asunto —intervino el juez. Tenía la voz ronca, el pelo canoso y los ojos cansados tras tantos años de profesión—. Su hijo es menor, déjeme decirle que he prestado atención a toda la información que me ha proporcionado su abogado. Tenemos claro que esta es su primera vez, pero eso no le exime de culpabilidad, y además se niega a decirnos quién más actuó a su lado.

Continuó relatando todos sus tropiezos y desventuras en aquellos meses. Para el menor no eran más que travesuras en el instituto y en la calle. Para el juez, una forma demasiado descabellada de llamar la atención.

Todo empezó como un simple juego. El joven aprovechaba su posición y su popularidad en el instituto para hacer lo que le venía en gana. No asistir a clases, mostrarse prepotente con los compañeros y educadores. Pero se le fue de las manos cuando, aquel fatídico día, el profesor de Matemáticas decidió que era suficiente y le plantó cara. Creyó que un buen rapapolvo y el conveniente castigo, privándole de sus privilegios, conseguirían que volviera

al redil. Que fuera de nuevo el niño de mirada cariñosa, excelentes notas y actitud positiva. Pero nada más lejos de la realidad. No sospechó que eso terminaría por desencadenar su rabia y provocaría un acto de violencia. Fue él quien más perdió en el camino.

—Es su padre —continuó el juez— y ha de responsabilizarse de que el acuerdo al que hemos llegado se cumpla a rajatabla. —Volvió a tomar el montón de papeles que tenía delante de él—. Como le he dicho, es la primera vez que comete un acto de esta gravedad y sabemos que pueden haberlo propiciado los recientes acontecimientos en la unidad familiar. Por tanto, decreto arresto domiciliario durante dos años. Solo podrá salir de casa para asistir a las clases y a las visitas a la psicóloga asignada por el juzgado. —Miró a las dos personas que se encontraban frente a él—. Todo bajo su total y absoluta observación.

El joven de pelo oscuro sonreía ante aquella estúpida condena. Ya estaba pensando en cómo saltársela y seguir con su vida en cuanto salieran del maldito juzgado. Se había equivocado una vez, pero no era arrepentimiento lo que sentía. Solo se lamentaba de que lo hubieran cogido. «Esto no volverá a pasarme», pensó mientras miraba al juez y luego a su padre, que seguía de pie, delante del letrado, en actitud derrotada y con la mirada perdida en algún punto detrás del hombre que pretendía dejarlo encerrado durante horas, días y meses en una casa donde no deseaba pasar siquiera un segundo más de su vida.

—La asistente social irá a visitarlo mientras la condena esté vigente, pero en ningún momento sabrán cuándo se producirán esas visitas ni dónde se realizarán. Queremos que su hijo tenga una vida lo más normal posible, que cumpla con las obligaciones acordes a su edad, sin que eso le impida disfrutar de su juventud.

«¡Y una mierda!», pensó mientras su padre daba las gracias porque no le hubieran impuesto una condena más dura. Él, en cambio, solo veía su libertad coartada. Aquel juez le privaba de todo lo que un niño de quince años desea vivir. Cuando, una vez que abandonaron la sala, su padre intentó estrecharlo entre sus brazos, le respondió con un empujón. Puso distancia entre ambos y solo deseó encerrarse en su cuarto para pensar en cómo saldría esa noche de casa sin que él se diera cuenta. No imaginaba que su vida estaba a punto de dar un giro de ciento ochenta grados y alejarlo de todo lo que conocía.

Al llegar al coche, observó que el asiento trasero estaba repleto de cosas, maletas de viaje, su monopatín. Su vida reducida a la parte trasera de un

vehículo.

—¿Qué cojones...? —se volvió hacia su padre buscando una respuesta. Necesitaba que alguien le explicara qué estaba pasando.

Pero solo encontró su rostro serio, su mirada de ira. Al menos era más de lo que había demostrado aquellos últimos meses, en los que ni siquiera se preocupó por él. No entendía por qué ahora sí le importaba. Todo lo que había pasado era culpa de ese hombre que tenía delante, que se había olvidado de cuidarlo y quererlo cuando su madre dejó de luchar y decidió abandonarlos.

Su padre le abrió la puerta del copiloto y, con un gesto de la cabeza, le indicó que ocupara el asiento. A regañadientes lo hizo; de momento no tenía más salida que obedecer hasta encontrar una alternativa que le devolviera su libre albedrío.

Se quedó dormido cuando llevaban poco más de una hora de viaje, observando los carteles de la carretera que le indicaban que se alejaban de su hogar. En ningún momento se le ocurrió que tal vez podría cambiar, volver a ser el chico que se levantaba por las mañanas con el olor del delicioso desayuno que preparaba su madre, los buenos días de su padre acompañados de aquel movimiento de su mano revolviéndole el pelo. Pero cuando abrió los ojos y se volvió para mirarlo, algo se le quebró en el pecho. Por las mejillas del que hasta hacía cinco meses fue su héroe corrían lágrimas silenciosas.

Tal vez sí se le había ido de las manos, tal vez mereciera la pena intentarlo, tal vez podría permanecer al lado de su padre y apoyarse el uno en el otro. Quizás esa nueva oportunidad serviría para algo. Sin embargo, después de dos años duros, en los que creyó que todo había quedado atrás, sus fantasmas despertaron, tuvo miedo de sentirse de nuevo abandonado y caer en la misma rutina de drogas, sexo y delincuencia. El camino iba a ser duro, largo y muy difícil de recorrer. Aunque él aún no lo sabía.

CAPÍTULO 2



Tres meses antes

—No, rotundamente no. —Me negaba a ponerme la ropa que había sacado de la bolsa nada más entrar por la puerta de mi habitación.

—Haley, no pienso empezar esta discusión. —Sarah seguía sacando cosas de la bolsa sin prestarme atención.

Llevaba toda la semana con la misma canción. No quise que mis padres derrocharan los pocos ahorros que teníamos para celebrar mi dieciséis cumpleaños. Para mí era solo una fecha más en el calendario, pero para ellos iba a convertirme en una mujer, y ahí entraba en juego mi amiga. Les prometí que al menos esa noche saldría de fiesta, y ella se había encargado de organizarlo todo a mis espaldas. Reunió a un gran grupo de chicos y chicas del instituto para que nos encontráramos en un pub cerca de nuestro barrio. La verdad es que no me sentía muy cómoda con la situación. Apenas había tenido relación con ninguno. Algunas frases en los pasillos y apuntes de clases. Es lo que ocurre cuando pasas desapercibida y te vas quedando aislada, aunque a veces puede ser complicado teniendo al lado a alguien como Sarah.

—Voy a hacer como que no estoy escuchando tus pensamientos y hablar con tu madre para que no tengamos hora de volver. Mientras, espero que menees ese culo hacia el baño y empieces a prepararte; cuando vuelva quiero verte metida dentro de esa maravilla de conjunto que he traído.

Me dirigió una de sus miradas de *te advierto que como no me hagas caso yo misma te meteré debajo de la ducha* y abandonó mi habitación moviendo las caderas. Siempre tan explosiva. A veces no entendía que

alguien como yo tuviera como mejor amiga a una de las chicas más populares del instituto.

Me quedé un par de minutos más sentada en la cama, contemplando el despliegue de ropa que había colocado con tanta delicadeza sobre mi colcha de ositos. Un coordinado en blanco y negro, *shorts* y blusa con escote que dejaría ver la lencería con encaje negro que también estaba sobre la cama. Ni en mis peores pesadillas me hubiera puesto algo así. A regañadientes, me metí en el baño y dejé que el agua recorriera mi cuerpo con la esperanza de que se llevara los nervios por el desagüe. Lo peor de aquel día había ocurrido cuando Garret, el chico más popular, el que me había robado el corazón desde el momento en que nuestras miradas se cruzaron (aunque sigo pensando que él nunca me vio), compartió por primera vez unas palabras conmigo. Y esta vez no se trató de un *déjame los apuntes de Matemáticas* o cualquier otra asignatura porque había preferido pasar la clase tonteando con su novia.

—Hola —no hizo falta que dijera más para que me derratiera en medio del pasillo imaginando que me tomaba entre sus brazos y me besaba hasta dejarme sin aliento—. ¿Nos vemos esta noche?

—Esto..., sí, claro.

Asintió con la cabeza cuando yo aún seguía pensando si debía decirle algo más. Mientras se alejaba por el pasillo me quedé hipnotizada con el movimiento de su cuerpo.

El remate de la mañana fue el encuentro en el baño con Eliza, la capitana de las animadoras del equipo de baloncesto y novia de Garret. Lloraba porque él le había dicho que estaba cansado de la relación, o al menos eso me pareció entender, pues en ese momento mi yo no tímido empezó a dar saltitos de alegría en mi cabeza imaginando que el mejor jugador del equipo acababa de dejarla porque al fin se había fijado en mí. Pero ¿cómo, si él ni siquiera sabía que yo existía?

Un ruido fuerte me sacó de mis pensamientos y el chorro de agua helada empezó a correr por mi cuerpo. Se me puso la piel de gallina y un grito escapó de mi garganta.

—¡No me lo puedo creer! —se quejó Sarah, lanzándome una toalla que cogí a duras penas, antes de que cayera al agua y acabara empapada—. Sal de ahí y empieza a arreglarte, que una cosa es llegar casi las últimas y otra aparecer cuando todo esté acabando.

Me sequé como pude mientras mi amiga hacía lo propio con mi pelo para ahorrar tiempo. Ella ya había venido arreglada de casa; como siempre, estaba impresionante con su metro sesenta y cinco. Más alta que yo, pues al llegar al metro cincuenta y cinco mi cuerpo decidió que no necesitaba destacar más. Llevaba un precioso vestido gris plata con falda de tul y escote en uve que le realzaba el pecho y unas altísimas sandalias a juego. Me pasó la ropa interior y cuando me vi con ella puesta me sentí otra persona. En mi vida había llevado nada con tan poca tela y de color negro.

—Vamos, siéntate, que voy a maquillarte y a hacerte un recogido que los dejará a todos con la boca abierta.

Sabía de sobra que a esas alturas llevarle la contraria no serviría para nada. Me realizó un recogido trenzado que descansaba sobre mi hombro, maquilló mis ojos con un suave delineado y una sombra muy natural y los labios en color rosa palo. Después puso un poco de colorete en mis mejillas y terminó con lo que siempre decía que no debía faltar en un maquillaje: máscara de pestañas.

Cuando salimos del baño me ayudó a vestirme como si fuera una niña pequeña. En más de un momento me di cuenta de que protestaba igual que lo hacía cada mañana mi hermana Ava, de cinco años, porque no podía ir al colegio con sus zapatillas de conejitos rosas.

—¿Se puede? —Mi madre asomó la cabeza por el hueco que había hecho al empujar la puerta.

Vi la emoción en sus ojos justo antes de que unas lágrimas empezaran a recorrer sus mejillas sin control. Me levanté de la cama y abrí la puerta del armario para descubrir el espejo de cuerpo entero. Yo misma me sorprendí al verme. De repente me sentí guapa; hasta ese momento no había sido consciente del cambio que mi cuerpo había sufrido en los últimos años, siempre oculto tras camisetas anchas y vaqueros dos tallas más grandes que la mía.

—Vamos, vamos, aquí no se llora —protestó Sarah eliminando una lágrima de su rostro—. Tenemos que irnos, el coche nos está esperando desde hace un rato.

Mi madre me abrazó y mi padre me dio algo de dinero. En el trayecto de mi cuarto al coche me preguntó más de cinco veces si llevaba mi móvil y el espray de pimienta. Mi madre le lanzó una mirada reprobándole que me hiciera pasar vergüenza delante de mi amiga, pero ella ya estaba acostumbrada a la protección exagerada que mostraba hacia mí.

Los nervios empezaron a hacer acto de presencia en cuanto la puerta se cerró detrás de nosotras y Sarah empezó a relatar todo lo que íbamos a hacer esa noche. No paró de hablar hasta que las luces del pub hicieron acto de presencia justo delante del coche. Había una cola enorme que casi daba la vuelta a la manzana. Todo el mundo iba vestido de forma muy elegante, las chicas con poca ropa y los chicos, bueno, como chicos...

Sarah tuvo que empujarme para que me bajara y cuando fui a ponerme en la cola tiró de mí hasta plantarnos justo delante de un vigilante de seguridad que tenía más pinta de orangután que de otra cosa. Metió la mano en su bolso, sacó un papel y se lo le tendió. Él, tras leerlo, retiró el cordón de terciopelo que nos impedía la entrada y nos hizo un gesto con la mano para que pasáramos.

Nunca, y cuando digo nunca es nunca, había estado en un pub, discoteca o sala de fiesta, y cuando entramos pensé que me quedaría sorda a los cinco minutos. La música sonaba altísima, la gente llenaba la pista de baile y se contoneaba al son de las notas que escapaban de los platos del dj que estaba al final de la sala, sobre una tarima que se iluminaba con focos de colores. Sarah me tenía agarrada de la mano y en todo momento tiraba de ella y me guiaba entre la multitud, porque juro que, de haberme dejado sola, hubiera acabado sentada en un rincón, abrazada a mis rodillas como si fuera una loca. Llegamos casi al final del local y nos encontramos con otro orangután de dos por dos al que mi amiga volvió a enseñar el papel; también él nos dio permiso para continuar y justo al pasar por su lado escuché un seco «felicidades». Creo que fue entonces cuando entré en pánico pensando en lo que aquella loca había preparado para mí.

Subimos unas escaleras, que afortunadamente para mí tenían pasamano, porque si no, con los tacones que llevaba, hubiera acabado rodando y derribando al vigilante de seguridad como si estuviera en una partida de bolos. Al llegar al final de las escaleras el sonido parecía más leve, porque las paredes lo amortiguaban. Las luces también eran más tenues y se escuchaba un sonido de risas desde el final del pasillo en el que nos encontrábamos.

Mi amiga me sonrió y volvió a tirar de mí hasta que llegamos a la única puerta que pude distinguir en el pequeño trayecto que recorrimos. Al abrirla, muchas personas, no sé cuántas, gritaron «¡felicidades!» y un montón de confeti empezó a caer sobre mi cabeza. Yo no tenía tantos amigos, creo que ni siquiera tenía, podía contarlos con los dedos de una mano y me sobraban unos cuantos, pero aquella sala estaba atestada.

Todos se acercaron a desearme un feliz cumpleaños. Las palabras se negaban a salir de mi boca. Allí había animadoras, lógico, pues mi amiga pertenecía a aquel grupo, chicos y chicas con los que nunca había cruzado una palabra, jugadores del equipo de baloncesto y... Garret.

En el momento en que lo vi, vestido con vaqueros ajustados negros, camiseta básica blanca que marcaba todos y cada uno de sus músculos y chaqueta de cuero negra, el mundo dejó de dar vueltas. Él me miró fijamente y una sonrisa que nunca había visto iluminó su cara haciendo que cada parte de mi cuerpo se ruborizara. No sé si fue él o yo quien caminó primero, pero cuando quise darme cuenta ambos estábamos en medio de la sala, uno frente a otro, mirándonos sin decir nada.

Si había pensado que era el chico más guapo de la tierra, en aquel momento supe que me había quedado corta. ¡Debía de ser el más guapo de todo el universo, qué digo, tenía que ser el más guapo de todas las galaxias existentes, conocidas y por conocer!

—¡Toma, que la vida es joven! —me gritó Sarah al oído intentando elevar su voz por encima de la música, que en algún momento que no recuerdo había empezado a sonar.

Miré sus manos y vi que me tendía un vaso. Me dijo que apenas tenía unas gotas de alcohol. Lo tomé en las mías y cuando levanté la vista Garret había desaparecido de mi campo de visión. Lo busqué sin éxito. Me decepcioné un poco, y más sabiendo que en aquella fiesta se celebraba, además de mi cumpleaños, el final del curso. Al día siguiente muchos se irían de vacaciones con sus familias y otros con menos suerte, como yo, nos quedaríamos en Brooklyn, realizando algún trabajo que nos permitiera ahorrar para los gastos de la universidad. Aún faltaban un par de años, pero no todos teníamos familias capaces de costear nuestros estudios.

—Venga, bailemos.

Sarah me agarró de las manos y empezó a tirar de mí hasta la pista de baile de la planta baja. Como pudimos, llegamos al centro de la sala cuando comenzaba a sonar «No Money», de Galantis. A todo volumen. No sé si fue la copa que había tomado, la sensación de sentirme libre, las luces de la sala o todo junto, pero empecé a bailar como si mi vida dependiera de ello. Cuando me di cuenta había perdido de vista a mi amiga, pero no me importó y seguí dando saltos hasta que unas manos se posaron en mi cintura y una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo entero obligándome a girar. ¿Quién era el que me agarraba con tanta posesión? Creo que cuando mi mirada se perdió en el

color azul cielo de la suya el corazón me dejó de latir. Se inclinó hacia mí hasta que sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja, y mil alertas saltaron entonces a mi alrededor. Estaba segura de que en cualquier momento la alarma contra incendios del local comenzaría a sonar, porque el calor que se había instalado en mi cuerpo ya me estaba quemando.

—¿Dónde andabas escondida?

Sus palabras terminaron de desarmarme y a la vez me llenaron de un valor del que hasta entonces pensé que carecía.

Pase mis manos alrededor de su cuello acortando la distancia que nos separaba y noté como su respiración se aceleraba a la misma velocidad que la mía cuando nuestros cuerpos se acercaron hasta impedir que el aire corriera entre ellos. Me puse de puntillas todo lo que mis tacones me permitieron y él fue agachando su rostro hasta que nuestros labios se unieron. Todo empezó con un simple y casto beso, dos bocas que se empiezan a conocer, pero para mí fue tocar el cielo con la punta de los dedos. Cuando su lengua rozó mis labios y se abrió paso en mi boca me encontró rodeada de estrellas en plena explosión. Como si los fuegos artificiales del cuatro de julio estallaran a la vez en lo más hondo de mi ser.

La música empezó a sonar más lenta y, sin soltarme, Garret me llevó hasta un rincón del pub donde todo parecía mucho más tranquilo.

—Mañana salgo de vacaciones con mi familia y no nos veremos hasta septiembre, cuando volvamos a clase. —Agarró mi bolso, sacó mi teléfono móvil y vi que marcaba un número—. Ya tienes mi teléfono y yo el tuyo. Prométeme que este verano estaremos en contacto.

Asentí, ¿cómo no iba a querer hablar con el que había sido mi amor platónico...?, ¿cuánto?, ¿los últimos diez años de mi vida? Nos besamos un rato más hasta que se despidió de mí con un «felicidades» que se quedó atrapado en el último beso.

—¿Dónde demonios estabas? —si la voz de mi amiga pudiera hacerse un tono más aguda hubiera roto todos los vasos de cristal del local—. Llevo buscándote más de una hora, tu madre va a matarme como no lleguemos en quince minutos.

Miré el móvil que aún sostenía en las manos y comprobé que tenía razón. Pero además descubrí un mensaje de texto de Garret.

Garret: Va a ser el verano más largo de mi vida.

La sonrisa no me abandonó desde la salida del pub hasta mi casa. Sarah parecía no haberse dado cuenta de lo que acababa de ocurrir a pocos metros de ella y no llegué a saber si alguien había visto como nos devorábamos en aquel rincón.

Llegamos a casa a tiempo gracias a que una de las dos fue responsable aquella noche (para mi sorpresa, esta vez no yo). Escuchaba hablar a Sarah, me contaba lo que había pasado allí y yo fingía prestarle atención. Pero la verdad es que seguía perdida en las intensas emociones que Garret había despertado en mí, feliz al saber que no había pasado desapercibida para él.

—¿Me estás escuchando? —Sarah me lanzó un cojín a la cara.

—Me ha besado —las palabras salieron solas de mi boca, y en ese momento mi amiga abrió los ojos como platos—. Garret —continué para aclarar un poco más la ecuación.

Creo que si le hubiera dicho que un unicornio de colores había bailado conmigo toda la noche no se le hubiera quedado aquella cara de sorpresa.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Y por qué narices yo no lo he visto?

Se acercó más a mí y empezó a hacer preguntas sin permitirme contestar a ninguna. Lo único que pude hacer para que se callara fue sacar mi teléfono y enseñarle el mensaje que él me había mandado un par de horas antes. Miró el número y, como si aún no se lo creyera, comprobó que el que ella tenía guardado era el mismo. Entonces sí comenzó a dar botes de alegría por toda la habitación. Tuve que tirar de ella y teparle la boca para que bajara el tono de voz. De no haberlo hecho, mis padres se hubieran plantado allí en unos segundos, dispuestos a averiguar por qué no estábamos ya bajo las mantas.

Los siguientes meses de verano fueron los más felices de mi vida. Garret y yo nos mandábamos mensajes todos los días, e incluso nos llamábamos alguna que otra vez para contarnos cómo pasábamos el tiempo. Él estaba en Texas, rodeado de animales de granja, y yo, bueno, rodeada de perros en el Prospect Park, donde trabajaba para ganarme un dinero extra.

Dos semanas antes de que empezaran las clases los mensajes empezaron a ser cada vez menos, hasta que un día dejé de recibirlos y mandarlos, sin razón alguna...

CAPÍTULO 3



—¡Vais a veros! —me grita Sarah en cuanto salgo al portal de mi casa, cargada con la carpeta para el primer día de clase.

No le he contado que estas dos últimas semanas han sido extrañas y que no sé nada de Garret. No sé qué va a pasar cuando volvamos a vernos después de lo que hemos compartido estos últimos meses. Para mí ha sido mágico, pero algo en mi interior me dice que he de estar preparada para lo peor. Esta mañana, después de meditarlo mucho, le he mandado un mensaje de buenos días y no he obtenido ninguna respuesta. Creí que me iba a sentir peor con su indiferencia, pero en el fondo sé que lo suyo no ha sido más que un juego de verano, que se ha reído de mí y yo he caído como una niña pequeña. Estoy segura de que se ha divertido con cada mensaje que le he mandado diciéndole que tenía muchas ganas de verlo. Tras leer mil y una vez los suyos me he dado cuenta de que en ningún momento él ha demostrado que tuviera ganas de nada más que de compartir su soledad. Sé que soy una idiota, pero en el fondo sabía que una vez que el verano pasara, todo volvería a ser lo de siempre.

Llegamos a la puerta del instituto y un grupo de chicas se acercan a saludarnos, bueno, se acercan a Sarah, como siempre, y yo me quedo en un segundo plano, que ocupo sin que me importe nada; siempre ha sido así.

Después de ponerse al día lo más rápido que pueden sobre lo que han hecho durante el verano, la campana que anuncia la primera clase hace que todos nos pongamos en marcha y, como ovejas, cada uno se dirige a su clase. Inconscientemente, o tal vez no tanto, voy a la que me toca a primera hora y al entrar noto como mi corazón se resquebraja en mil pedazos. Me da la sensación de que todo el mundo lo ha escuchado golpear contra el suelo, pues todas las miradas se vuelven hacia mí. Pero yo no presto atención a nadie más

que a él. Está de pie, entre las piernas de Eliza, que viste una falda demasiado corta para mi gusto, y sus bocas se devoran la una a la otra como si se necesitaran para respirar.

Una mano se posa sobre mi hombro. Sarah, a mi lado como siempre que la necesito, me ayuda a avanzar hasta que ocupamos un par de pupitres alejados de la escena, que acaba de dejarme fuera de combate para el resto del día y de mi existencia.

El profesor de Matemáticas entra en el aula y manda que todos ocupen sus sitios. Yo he clavado mi mirada en un trozo de pizarra medio descolorida, intentando evitar que el cúmulo de sentimientos que se pelean en mi estómago haga explosión y vomite todo el contenido del desayuno. Aprieto los puños sobre mis piernas y me muerdo el labio para que el dolor se reparta por mi cuerpo y pueda mantener a raya las lágrimas que se están acumulando en mis ojos. Ni siquiera me doy cuenta de que mis dedos han empezado a tocar notas sobre un teclado inexistente. Siento como si la mirada de alguien se hubiera clavado en mi nuca, pero no quiero mirar hacia atrás, encontrarme con sus ojos y confirmar lo divertido que ha debido de ser para él reírse de mí estos meses de verano.

—Señorita Robinson, ¿se encuentra usted bien? —el profesor se acerca a mi mesa y nada más mirarlo tengo que levantarme y salir de allí.

Corro por el pasillo sin que me importe haber hecho el ridículo más grande de mi vida, entro en el baño y cierro la puerta del cubículo en el que me he metido. Lo sabía, sabía que esto pasaría, me reprendo una y otra vez. Aun así duele, duele mucho. He sido una estúpida haciéndome ilusiones por algo que sabía que no me llevaría a ningún lado. ¿Qué esperaba, que el chico más popular saliera en mi búsqueda y me besara delante de todos? Claro que no, él tiene que estar con Eliza, es la ley de la naturaleza, chico y chica populares deben estar juntos.

Unos golpes en la puerta me obligan a recoger los pies y acabo sentada encima del retrete, intentando que mi cuerpo no se vea a través del hueco que queda entre esta y el suelo.

—No te escondas, Haley, si algo reconozco mejor en el mundo es cuando estás triste. —Golpea con suavidad—. Vamos, estoy sola, sé que es un palo, pero tú eres fuerte, no permitas que te vea así.

Hago de tripas corazón y abro el pestillo para dejarla entrar. Ella me da ese abrazo que tanto necesito ahora. No hace falta que me diga nada, y yo no tengo que explicarle que me siento la tía más pequeña del universo.

No sé cuánto tiempo pasamos ahí metidas hasta que el timbre anuncia que la primera clase ha terminado. Dejo que Sarah me saque del baño y me lave la cara en uno de los lavabos, para eliminar los restos de lágrimas de mi rostro.

—Sé que es duro, yo sé lo que habéis vivido estos meses, pero no puedes dejar que te vea así, te conoce y sabe que eres una chica fuerte. Nunca permitas que nadie controle cómo te sientes.

—Gracias...

Me pasa su neceser de emergencias con una sonrisa y como puedo disimulo la tristeza que se ha dibujado en mi cara. Sarah tiene razón; solo fueron unos besos y yo debí entender desde el principio que acabaría así. He sido una estúpida por demostrarle que me gustaba, mientras él se limitaba a decir que tenía ganas de volver a las clases. Ahora que lo pienso, todo tiene su lógica. Dejó a Eliza justo cuando acababa el curso para tener libre el verano y poder hacer lo que le viniera en gana sin sentirse atado a nadie.

—Vamos, saca esa sonrisa, aunque sea para joder, y volvamos a clase — me anima Sarah mientras camino por el pasillo con la cabeza baja y la sensación de que todo el mundo me mira—. No podemos empezar a hacer pellas tan pronto o nos pondrán en la lista negra.

Entro en el aula y me dirijo a la mesa sin mirar quién hay allí. Sé que ellos están al fondo de la clase y escucho la risa de Eliza, tan estridente que se cuela en tu cabeza y te martillea hasta provocar un dolor insoportable. Sarah y yo, como en el curso anterior, compartimos mesa en todas las asignaturas y ella se preocupa de tenerme entretenida hasta que, al fin, suena el timbre que anuncia el descanso. Como siempre he hecho, dejo que todos salgan en dirección al comedor o a las zonas comunes. Mi amiga sabe que necesito unos momentos a solas y me propone ir cogiendo mi bandeja con el almuerzo y esperarme para que comamos juntas. Eso es un *date prisa si no quieres que venga a buscarte y te arrastre de los pelos*.

Cuando el silencio invade la clase empiezo a recoger los papeles de mi mesa y la puerta se abre. Miro hacia ella y el corazón se me para. Nuestras miradas se quedan ancladas la una a la otra, como aquella noche en el pub. Porque estoy sentada, si no hubiera acabado en el suelo a causa del temblor que se ha instalado en mis piernas y las ha convertido en gelatina. Garret no dice nada, pero empieza a caminar y cuando pasa por mi lado se detiene, como si quisiera decirme algo. Agacho la cabeza y hago lo que creo que es lo mejor, ignorarlo y seguir recogiendo mis cosas. Lo escucho suspirar y sigue

avanzando hasta el fondo de la clase. Cuando siento que está lo suficientemente lejos de mí, me levanto con rapidez y me dirijo hacia la puerta que ha dejado abierta.

—Estás preciosa —sus palabras vuelan por el aula hasta llegar a mis oídos y meterse en mi estómago, donde unos revoloteos de mariposas acaban de dejarme sin aliento.

No, no puede hacerme esto, pero si le contesto daré pie a una conversación en la que soltaré todo lo que llevo guardado. Por primera vez en los años que hace que nos conocemos me dedica un halago. Aprieto la carpeta contra mi pecho y continúo mi camino con sus palabras martilleándome en la cabeza. Este año va a ser duro...

CAPÍTULO 4



—Estaba a punto de ir a buscarte —mi amiga se mete un trozo de patata frita en la boca mientras me señala amenazadoramente con el tenedor que sostiene en la otra mano.

—Lo siento, me he entretenido...

Me mira fijamente, como esperando que le cuente algo, y dudo si no tendrá un don, porque casi siempre sabe lo que me pasa por la cabeza. Pero esto tengo que superarlo sola. Ella sabe cuánto me gusta Garret, lo colada que estoy por él. Joder, si hasta ha visto los cientos de corazoncitos con nuestro nombre que he dibujado en los cuadernos.

—Lo he visto entrar en clase —me dice, tan natural.

—Se había olvidado algo.

—¿Y...?

—Y nada —le miento y el rubor me tiñe las mejillas. Sarah sabe que ha pasado algo, pero no insiste.

Empezamos a hablar de obviedades y de lo distintos que están algunos compañeros después de los meses de verano. Pero hay cosas que no cambian. La mesa donde se sientan los jugadores de baloncesto, la de los empollones, las animadoras entre las que Sarah podría sentarse sin ningún problema (sé que no lo hace por no dejarme sola) y después, la nuestra. Las personas que se sientan con nosotras suelen ser cada día distintas. Podría decirse que somos la clase social media baja del instituto, la de quienes pasan sin llamar la atención. Aunque con Sarah al lado, casi siempre es difícil.

—¿Has visto a Jack? —Levanta la cabeza para observar el fondo del comedor—. No deja de mirar hacia aquí desde que te has sentado. Podrías acercarte a él y así joder un poco al niño ese.

—No digas tonterías, sabes que Jack es un buen amigo, solo eso. Sus padres y los míos se conocen desde siempre.

—No son tonterías, cielo, no ha dejado de mirar hacia aquí desde que has entrado por la puerta.

Para mi completa sorpresa, mi amiga le hace una señal con la mano y escucho una silla arrastrarse por el suelo. Por favor, que no venga. No es porque no me guste, de hecho, podría gustarme, perfectamente. Jack es un chico que... ¿cómo decirlo sin que suene vulgar? Está bueno hasta cortar el aliento. Y también es un tío de lo más simpático y cariñoso. Pero no tiene ni dos dedos de frente, cada vez que abre la boca suelta cada tontería que siento vergüenza ajena. Creo que tanto músculo le ha quemado la mitad del cerebro y la otra debió de perderla al nacer.

—Ey, ¿qué tal, chicas? —pregunta mientras se sienta a nuestro lado—. ¿Qué te ha pasado en clase? Me he enterado de que has salido por patas...

—Nada de tu incumbencia, Jackson —le suelto conteniendo la rabia. Si él se ha dado cuenta, ya debe de saberlo todo el instituto.

—Tranqui, tranqui, que yo aquí no soy el enemigo. Solo venía a saber cómo estabas.

Me disculpo como puedo, porque en parte tiene razón y no merece que pague con él las ganas que tengo de partirle la cara a Garret, pero es que ahora mismo estoy que echo humo por las orejas.

—Oye, este fin de semana hay una fiesta en el Parkside, hemos quedado para comer en el McDonald's, ¿por qué no os apuntáis?

Sarah me mira y sé lo que eso significa, pero no tengo ninguna gana de salir a ninguna parte, y menos cuando las clases acaban de empezar. Al parecer a ella le importa un pimiento mi opinión, pues ya lo está hablando con Jack, que parece entusiasmado con la idea de que vayamos. Nos comenta que nos avisará cuando tenga más datos y se despide de nosotras con un gesto de cabeza para volver a su mesa.

Me levanto y dejo mi bandeja sobre la pila que hay justo a la salida del comedor. Sarah viene a mi lado, entusiasmada con la idea de que el capitán del equipo de baloncesto nos haya invitado a una fiesta. La verdad es que a mí no me sorprende mucho. En una de las comidas que nuestras familias compartieron este verano oí como mis padres le pedían que me ayudara a integrarme con los chicos y chicas del instituto, así que no me extrañaría que ellos tuvieran algo que ver con la invitación.

Nos acercamos a las taquillas y saco las cosas que me van a hacer falta para las clases que quedan. La verdad, con lo animada que está Sarah con la fiesta acabará contagiándome su entusiasmo. De momento, y sin darme cuenta, creo que acabo de aceptar que iré.

—¡Mira por dónde vas, niñata! —esa voz...

Me vuelvo al notar el contacto de un cuerpo contra el mío y veo pasar a mi lado a Eliza, con su falda de animadora. Sigo sin entender por qué lleva todo el día el uniforme, si no tiene entrenamientos. A su lado va Garret, tan guapo como siempre, con unos vaqueros desgastados que se ajustan perfectamente a sus caderas y una camiseta de los New York Knicks. Le pasa un brazo por los hombros a su chica y mira a todos con aire de suficiencia hasta que, de repente, vuelve la cabeza y se queda observándome. Me pongo nerviosa y estoy a punto de meter la cabeza dentro de mi taquilla, y porque no quepo de cuerpo entero, si no me pasaría el resto del día ahí encerrada.

—De verdad que sigo sin entenderlo —escucho a Sarah, de la que me había olvidado.

—No hay que darle muchas vueltas; chica guapa, chico guapo, la fórmula perfecta.

—No todo es ser guapa en esta vida. —Me toma de los hombros y sé que ahora vienen curvas—. Esa tía es una arpía y no le importa pisotear a quien sea para conseguir lo que le dé la gana. Si es la jefa de las animadoras es por la pasta que sus padres se dejan en el centro. Por mí se podría ir al cuerno y meterse por donde le quepan sus mierdas de coreografías.

Pongo mi mano en su boca porque ha ido subiendo el tono de voz y ya tenemos a la mitad del pasillo observándonos. Y seguro que saben de quién hablamos. Aunque sea una chica popular, Eliza no es del agrado de todo el mundo. Si le llevas la contraria, ya puedes olvidarte de pasar desapercibido, que ella se encargará de que llames la atención, aunque nunca para bien.

—Tira para clase, por tu bien, cállate y terminemos este fatídico día.

A dos cursos de dejar este infierno, solo me faltaba cavar mi tumba el primer día. No, definitivamente no. Tengo que seguir como hasta ahora, sin llamar la atención, y dejar de lado mis sentimientos por Garret. Porque, esa es otra, después de aquel beso, mejor dicho, después de «EL BESO», las puñeteras mariposas de mi estómago han decidido que cada vez que él esté cerca montarán una fiesta ahí dentro.

Las horas que quedan, para mi sorpresa, pasan sin ningún tipo de contratiempo. El padre de Sarah vendrá hoy a recogerla, así que nos

despedimos a la salida y decido volver a casa caminando; no me apetece nada subir al autobús sin mi amiga y que se siente a mi lado alguien que termine de arreglarme el día. Tengo unas ganas locas de tener ya mi coche. Mis padres prometieron regalármelo cuando cumpliera los dieciséis y aún sigo esperando. Menos mal que no soy impaciente; cuando menos lo espere, llegará.

Camino tranquila a esta hora del día en que todo el mundo corre de un lado a otro. Observo a gente trajeada mirando sus relojes, tal vez llegan tarde a una reunión al otro lado de la ciudad, y a madres tirando del bracito de sus hijos, deseando llegar a casa. Busco mis auriculares en el bolso para escuchar algo de música y aislarme del ruido, y justo cuando empieza a sonar una canción alguien los saca de mis oídos. Al volverme...

CAPÍTULO 5



Mierda, mierda y más mierda. Anda que no es grande la ciudad y tenía que aparecer él, aquí y ahora. Garret está a mi lado, jugando con el auricular en las manos y una sonrisa que me descoloca por completo. Tiene la respiración alterada y aprovecha para tomar unas bocanadas de aire. Su pecho sube y baja con cada inhalación y exhalación y yo me quedo hipnotizada con ese movimiento.

—Sí que andas rápido, chica.

Y ahora ¿qué le digo yo? Llevo evitándolo toda la maldita mañana desde la escena de los besos con su queridísima animadora, y ahora está aquí, a mi lado. Recuerdo las palabras de Sarah, cuando hace un rato me recordaba que soy una chica fuerte, así que decido no amilanarme, le arrebató el auricular de las manos y continúo mi camino sin dirigirle la palabra. Acelero el paso esperando que haya entendido que no me apetece nada tener una conversación con él. No me atrevo a mirar hacia atrás para comprobar si me sigue, pero, joder, hoy no piensa darse por vencido. Enseguida siento el roce de su mano. Está caminando a mi lado, con la mirada al frente, como si andar junto a mí fuera lo más normal del mundo. Como si toda la vida me hubiera acompañado a casa después de las clases.

Tengo un torbellino de sensaciones en el maldito estómago. Están las mariposas, aunque cada vez parecen más una manada de elefantes. Me gritan que me vuelva, atrape su cara entre mis manos y lo bese como si no hubiera un mañana. Me muero por volver a sentir sus labios sobre los míos, aunque sea solo una vez más. No, borra esos pensamientos y mándalo por donde amargan los pepinos.

—No sé qué narices pretendes, pero creo que vas en dirección contraria
—le digo tras pararme en seco.

—Creo que te debo una explicación.

—No me debes nada porque yo no te he pedido nada. —Enderezo mis hombros para no sentirme tan pequeña a su lado, porque con mi metro cincuenta y cinco me veo como un hobbit diminuto—. Te has divertido estos meses y me parece perfecto, hemos vuelto al instituto y sigues con tu vida, permíteme a mí seguir con la mía... —Tomo aire y lo observo: una sonrisa pícaro se dibuja en su cara.

—Si hasta es una fierecilla —dice al fin, rozando mi mejilla con su mano.

—No te atrevas. —Doy un paso hacia atrás para poner distancia entre ambos.

Se queda mirándome como si le hubiera echado una maldición y en sus ojos veo algo extraño, algo que no logro comprender, pero me importa poco, sobre todo desde que mi corazón se quedó hecho añicos en el suelo del aula y a él le dio igual, así que, ahora, que no me venga con tonterías. Observo que se ha quedado callado. Me mira, lo miro y cuando creo que al fin va a abrir la boca, se da la vuelta y regresa por el mismo camino que llegó. Lo veo alejarse: la postura de su espalda no es la que estoy acostumbrada a ver, sus hombros se diría que cargan con un gran peso y por su forma de andar parece más cansado. Su silueta se pierde entre la gente y pienso si no habré sido demasiado dura con él, pero es que no puedo demostrarle lo mucho que me ha afectado encontrármelo con Eliza. ¿Qué esperaba, que cuando me viera y me diera un beso de película se me olvidaría todo? No, definitivamente las películas románticas y las novelas que leo me están afectando más de lo que imaginaba.

Al fin llego a casa. Nada más entrar Ava viene corriendo hacia mí para enseñarme un dibujo que ha hecho en el cole.

—Mira, Laly —me encanta la manera en que pronuncia mi nombre—, somos los cinco. Papi, mami, Max, tú y yo.

Cojo el dibujo y lo miro detenidamente. Me gusta que haga esas tareas en el cole, sobre todo porque la mayoría de sus dibujos acaban colgados por toda la casa, sacándonos una sonrisa cada vez que pasamos a su lado.

Mi madre sale de la cocina secándose las manos con un trapo moteado de pequeños dibujos con forma de hortalizas. Se acerca hacia mí y me da un beso en la mejilla.

—Hola, mi niña. ¿Qué tal el primer día de clase?

—Como siempre, nada que destacar —miento.

—Tengo que comprar algo para la cena, hazte cargo de tus hermanos. — Miro hacia el salón buscando a Max—. Está en su habitación con la consola, creía que vendrías con él en el autobús.

—Paso, mamá, sabes que va a su bola y más desde que lo admitieron en el equipo de baloncesto.

Mi madre continúa por lo bajo mientras camina hacia la cocina. Se queja de que apenas tengamos relación, con lo unidos que hemos estado siempre. La verdad es que desde que entró en el instituto la relación entre mi hermano y yo se enfrió. Tenía claro que él se convertiría rápidamente en uno de los chicos populares y que era cuestión de poco tiempo que dejáramos de compartir tantas cosas. A veces echo de menos el primer año que compartimos, cuando apenas se relacionaba con nadie por miedo a ser rechazado, pero ¿cuánto duró eso?, ¿un par de semanas?

Me asomo a la puerta de su habitación y lo veo tirado en su cama, con un pantalón de chándal negro y una camiseta blanca que deja sus brazos al aire. Ha cambiado tanto en tan poco tiempo... Me saca una cabeza y desde que juega al baloncesto su musculatura también ha ido en aumento. Somos muy diferentes. Yo he salido a mi madre, de estatura baja, pelo castaño y ojos de color caramelo, poco pecho y curvas pronunciadas en la zona de las caderas. Y él, bueno, es idéntico a mi padre, alto, el pelo castaño bastante más claro que el mío y ojos de un azul muy intenso. Vaya, la noche y el día.

—¿No te cansas de mirarme? —dice sin despegar los ojos de la pantalla del televisor.

—Solo quería saber qué estabas haciendo.

Me doy la vuelta y me dirijo al salón para ver dónde anda mi hermana. Cómo no, está sentada frente a la tele viendo el canal de dibujos animados y con una de sus muñecas en las manos. Me siento a su lado y se acomoda en mi costado. Me encantan estos momentos que comparto con ella y, sobre todo, descubrir lo poco que se parece a mí. No quiero que se convierta en alguien como yo, que le cueste tanto hacer amigos. Mi móvil vibra en la parte trasera de mis pantalones y lo saco para leer el mensaje. Es de Sarah.

Sarah: ¿Tienes planes esta tarde?

Yo: Estoy de canguro...

Sarah: Tu hermano podría hacerse cargo de Ava, qué tío más flojo, de verdad.

Yo: Ya... Podrías venir aquí...

Sarah: He quedado con las animadoras, no creo que te haga mucha ilusión que aparezca por allí con ellas. Si consigues liberarte de tus obligaciones avísame y te digo dónde estoy.

Yo: Pues va a ser que no, creo que hasta mi plan es mejor, dibus y palomitas.

Sarah: Muermo.

Yo: Yo también te quiero.

Me levanto del sofá, ya que ahora se me han antojado esas palomitas, y cuando se lo digo a Ava una sonrisa se le dibuja en la cara. Sí, ella opina igual que yo, es el mejor plan para pasar la tarde.

Saco uno de los paquetes de palomitas del mueble y lo meto en el microondas mientras preparo un par de refrescos para nosotras. Si Max quiere algo, que se venga al salón a hacer un poco de vida social. Cuando las palomitas están listas las vuelco sobre un bol. Nada más verme entrar en el salón, Ava deja rápidamente su muñeca en un lado del sofá y se pone de pie para coger su precioso vaso rosa con estrellitas y casi arrebatarme las palomitas de las manos.

—Laly, tu móvil ha sonado. —Está sobre la mesa y veo que la pantalla sigue encendida.

Debe de ser Sarah, insistiendo para que nos veamos esta tarde. Las piernas me empiezan a temblar cuando veo el nombre de Garret en la pantalla. Creo que he sido lo bastante clara con él hace unas horas. Me debato entre borrar el mensaje y bloquear su contacto, pero mi vena cotilla hace acto de presencia y me siento en el sofá para leerlo.

Garret: Todo tiene una explicación. No me la has pedido, pero creo que debes saberla. No sé cuándo te la podré dar exactamente, pero créeme cuando te digo que estaba deseando que pasara el verano para volver a verte.

Releo el mensaje varias veces y no entiendo a qué viene esto ahora. Ha estado las dos últimas semanas del verano sin mandar ni uno solo, claro que yo a él también dejé de escribirle. Después me lo encuentro con Eliza otra vez, me avasalla en el camino a casa y ahora me dice que tenía ganas de verme... Definitivamente, me he colgado del chico equivocado.

¿Qué debería hacer ahora, contestarle o dejar correr el mensaje? La verdad es que el idiota que inventó la opción de saber si tus mensajes han sido leídos debería recibir una paliza. Tengo que hablar con Sarah para que me explique cómo se quita, ya que las tecnologías y yo no nos entendemos muy bien. Tengo dos opciones claras: no contestarle y esperar que se entere de que estoy ignorándolo o contestarle. Pero ¿qué le diría? Porque me muero de ganas de contarle que yo también tenía muchas ganas de verlo. ¿Por qué narices es todo tan difícil, con lo feliz que me sentía yo cuando terminé el

curso? No debí aceptar que mi amiga me preparara aquella fiesta de cumpleaños, y menos que Garret me besara.

Vuelvo a acomodarme en el sofá y escucho los pasos de Max acercándose. Se sienta en uno de los sillones con una lata de refresco y coge un puñado de palomitas del bol. El olor le ha hecho salir de su cueva, al menos algo es algo.

—¿Vas a ir a la fiesta del viernes? —suelta de repente.

—¿Y tú cómo sabes de esa fiesta? —digo, con el ceño fruncido.

—Porque asisto al mismo instituto que tú y me preocupo de saber lo que pasa a mi alrededor. —Se mete un puñado de palomitas en la boca e intenta coger el mando para cambiar de canal.

Soy más rápida que él y lo aparto alargando el pie. Resopla, pero vuelve a acomodar su espalda contra el sillón y me mira esperando que responda a su pregunta. Es solo dos años menor que yo, pero a su edad yo no pensaba en salir de fiesta. Cuando voy a contestarle la puerta de casa se abre y mi padre entra con cara de pocos amigos. Lleva la corbata aflojada, la camisa fuera de los pantalones y el cansancio marcado en la cara en forma de profundas ojeras. Últimamente trabaja demasiadas horas. Nos dedica una sonrisa a los tres, abandona su maletín sobre la mesa del comedor y deja caer el peso de su cuerpo en el sofá, al lado de Ava. Ella se sienta en su regazo.

—¿Todo bien? —le digo mientras me levanto, y él asiente—. ¿Una cerveza?

Me sonrío; sé que le gusta comprobar que nos preocupamos por él. Mi hermano aprovecha que me he levantado para coger el mando de la tele y poner los canales deportivos. Cómo no, busca hasta encontrar un partido de baloncesto que están repitiendo, aunque a Ava le da todo exactamente igual ahora mismo. Cuando está con papá, todo lo que ocurre a su alrededor deja de ser importante.

Al llegar a la cocina saco el móvil, que he traído conmigo, y le mando un mensaje a Sarah para decirle que mi padre ya está en casa y mi madre a punto de volver, que sigo sin ganas de ir con las animadoras, pero que me encantaría que viniera a casa, porque he de contarle una cosa. No tarda ni cinco segundos en decirme que viene corriendo. Necesito hablarle del mensaje que me ha enviado Garret y que me sugiera qué paso debo dar ahora.

CAPÍTULO 6



Son exactamente cinco minutos los que tarda Sarah en presentarse en la puerta de mi casa. Se ha tenido que encontrar con mi madre, ya que la está ayudando con las bolsas de la compra. Vienen riéndose de algo y, según deja las cosas en la cocina, se acerca a mí y saluda a mi padre y a mi hermana, ignorando a Max. Creo que mi mensaje ha tenido que sonar bastante mal, porque viene con la ropa de animadora; me da que la he sacado de uno de los ensayos. Para ella no es nada fácil ir enseñando el uniforme por toda la ciudad sin una razón de peso, y al parecer yo me he convertido hoy en una.

Entramos en mi habitación, después de prometerles a mis padres que se quedará a cenar, y me siento en la cama. Ella se queda frente a mí, con las manos apoyadas en las caderas y esa mirada suya que deja poco margen a la discusión.

—No vayas a ser tan idiota como para caer de nuevo, ese tío no se lo merece.

Saco el móvil de mi bolsillo trasero y lo desbloqueo para enseñarle el mensaje. Me muerdo el labio inferior con cada gesto que hace su cara al leerlo. Veo como teclea algo y sé que es la respuesta que yo no me he atrevido a escribir. Intento arrebatárselo de las manos inútilmente, así que no tengo más remedio que esperar a que se decida a darle al botón de enviar.

—Esto tenías que haberlo hecho desde el primer momento.

Busco el mensaje y me siento muy orgullosa de la amiga que tengo, por lo bien que me conoce y porque ha sabido poner freno a sus palabras en vez de mandarlo bien lejos y quedarse tan a gusto.

No estoy disponible para ningún tipo de explicación, fue bonito mientras duró. Ahora la vida ha vuelto a su rutina.

Me levanto de la cama y me abrazo a ella. Vale, soy de las que necesitan repartir abrazos y besos a todas horas, pero Sarah no es una niña a la que le gusten especialmente las muestras de afecto y ya me dio un abrazo esta mañana, así que me separa con delicadeza y un *no te aproveches de la situación*, mientras una media sonrisa se dibuja en su cara.

—No sé qué haría sin ti —digo mientras nos sentamos en mi cama, con las piernas cruzadas como si fuéramos indios.

—Pues lo mismo que hasta ahora, pero estarías más aburrída.

—Ya veo que tú no te aburres. —Señalo su uniforme, sabiendo que va a sacarla de sus casillas.

—No me lo recuerdes. Eliza está que trina, una de las chicas del equipo no sacó muy buenas notas el curso pasado y sus padres le han prohibido participar hasta que las mejore, así que estaremos al menos todo un semestre sin ella. Y la cabezota de Eliza se niega a realizar pruebas a nadie para sustituirla y pretende que ajustemos todas las coreografías.

—Pero eso es una locura. Los partidos empiezan en dos semanas y...

—Y ahí es donde entras tú —me corta. Sé por dónde va y no me hace ninguna gracia.

—No, no y no, me niego, ni se te ocurra siquiera pedírmelo.

—Pero te sabes todas las coreografías, me ayudas a ensayarlas, vas a todos los partidos, ¿qué más te da? —su voz intenta llegar al tono de súplica, pero se queda en el camino de *es más una orden que otra cosa* y sé que cuando se pone así poca cosa puedo hacer.

—Sabes que no sería capaz de bailar delante de nadie. —Intento buscar una excusa que me saque del compromiso.

—Eso tiene solución.

—No voy a estar bien con el uniforme. —Me acabo de dar cuenta de que he dado un paso en la dirección que ella quiere y esa sonrisa pícara suya vuelve a aparecer—. Además, Eliza no va a aceptarlo.

En el momento en que termino de decirlo sé que estoy perdida. Sarah coge su mochila de entrenamientos y cuando la abre sé de sobra lo que va a sacar. El uniforme de animadora, con su falda de tablas y su camiseta de tirantes rojo fuego intenso con las iniciales de nuestro instituto en el pecho y el dibujo de un lobo, la mascota del equipo.

—¿Cómo ha aceptado Eliza que sea yo?

—No ha aceptado, pero sabe que es la única solución para que el primer partido no sea un completo desastre.

Sé que acabo de meterme en terreno desconocido y la verdad es que, cuando me siento incapaz de controlar una situación, los nervios se apoderan de mí. Empiezo a balbucear palabras sin sentido y Sarah acaba riéndose de mí y de mis nervios. Luego me asegura que estoy más que preparada para superar este reto, que además me dará créditos extra para mi futuro, si todo sale bien. No sé si será cierto, pero ya no hay vuelta atrás.

Al rato, mi madre nos llama para cenar y le comenta a Sarah que ya le ha dicho a la suya que cenará con nosotros, incluso le ha pedido permiso para que se quede a dormir, así no tendrá que venir tarde a recogerla. Durante la cena les habla a mis padres sobre mi incierto futuro de animadora. Para mi sorpresa, a ellos les parece una muy buena noticia; como dicen ellos, así podré integrarme entre los compañeros del instituto. Por el contrario, Max me mira con cara de pocos amigos y sé que, por respeto a mis padres, se está aguantando la risa.

Cuando terminamos de cenar, nos retiramos a la habitación y le dejo uno de mis pijamas a Sarah para que pase la noche. Por la ropa no tenemos que preocuparnos; lleva de recambio en su mochila.

§§§§§§*

—Vamos, perezosa. —Destapo a mi amiga cuando yo estoy más que vestida para irnos al instituto. Nos llevará mi padre, que hoy va más tarde a trabajar.

Abre los ojos y me mira como si no supiera dónde se está despertando. Se incorpora en la cama, un bostezo enorme sale de su boca y su pelo parece un nido de pájaros. Aun así, sigue estando guapísima; no sé cómo lo hace.

—¿Qué haces así vestida?

Miro mi indumentaria. Como hoy tendremos Educación Física me he puesto unos pantalones de chándal, una de las camisetas de deporte del instituto y mis zapatillas deportivas. Observa y después dirige su mirada al escritorio, donde anoche dejamos los uniformes de animadora. Mierda, las animadoras se los ponen el día de Educación Física.

—Exacto, así que ya puedes ir cambiándote de ropa que, hasta nuevo aviso, eres una de las nuestras.

A regañadientes tomo la ropa y me meto en el baño a ponérmela. No me apetece nada verme con ella, y menos cuando siempre he protestado porque hubiera que llevarla en el instituto sin ninguna razón, en vez de usarla solo en los partidos. Pero, al parecer, yo no tengo voz ni voto en esto...

Me deshago de mi ropa deportiva y me coloco el dichoso uniforme. La falda es demasiado corta y la camiseta se adhiere exageradamente a mi cuerpo. Por más que intento estirla para que quede más holgada, la tarea se convierte en un imposible. Y qué decir de la falda: si intento que el largo cubra más corro el mismo peligro de enseñar el culo por la parte de arriba que por la de abajo. Refunfuño un par de veces más hasta que la puerta se abre y una sonriente Sarah me pasa unos culotes del mismo color de la falda. Al parecer he olvidado colocarme la parte más importante para no sentirme tan ridícula.

Le hago un gesto para que no se le ocurra decirme nada al verme vestida así y salgo al salón. Si no fuera porque mi madre me conoce bien, ahora mismo estaría haciéndonos una foto para immortalizar el momento, cosa que sé qué hará cuando menos lo espere. Max no parece que tenga ganas de reírse de mí esta vez, pues me mira de arriba abajo con esa mirada suya que conozco bastante bien, algo así entre la protección y la incredulidad.

Ha llegado el día en que mi mundo se pondrá patas arriba y mi vida acabará tal vez siendo carne de consejero o de un psicólogo unos años más tarde, cuando termine el instituto y decida enterrar el día de hoy en el lugar más hondo posible. Si no fuera por Sarah, aún estaría sentada en la parte trasera del coche de mi padre.

Nada más llegar al instituto, mi hermano ha salido como alma que lleva el diablo. ¿Será porque no le apetece nada que le vean conmigo o realmente tiene algo más importante que hacer? Sarah ha tirado de mí hasta que mis pies han tocado el pavimento de la entrada y no sé si soy yo o todo es imaginación mía, pero juro que allí hay más de cincuenta personas esperando para entrar, mirándome.

—Vamos, Haley. Esto es pan comido.

—Para ti, que estás más que acostumbrada...

Entramos y caminamos hacia nuestras taquillas para coger lo necesario para las primeras clases. Hasta después del almuerzo no tendré que demostrar mis nefastas dotes para el baile. De verdad que sigo sin entender por qué narices debo llevar todo el día el uniforme. ¡Si tenemos vestuarios para

cambiarnos! Por lo visto es una norma no escrita que alguna loca adicta al dichoso traje estableció un día, pensando en joderme a mí, estoy segura.

Pero lo peor de este día no será el uniforme, sino el primer cruce de miradas con Garret. Ha ocurrido nada más entrar en clase. Sus ojos se han clavado en mí y Eliza le ha cogido del mentón para que los apartara, dedicándome de paso esa mirada suya de total desprecio. No sé qué habrá hecho la loca de mi amiga para que me acepte ni como yo he acabado prestándome a hacerles este favor. Sarah ha intentado convencerme de que el favor me lo está haciendo ella a mí, pero no estoy tan segura.

Cuando todos hemos ocupado nuestro lugar en las mesas, el profesor de Historia entra en clase y deja un taco de folios sobre la primera de cada fila, con la orden de que sea repartido hacia atrás. El segundo día de clase y ya tenemos examen sorpresa. Justo cuando va a empezar a explicar de qué se trata, llaman a la puerta y entra un chico con una gorra de baloncesto calada hasta las orejas, una sudadera ancha y un pantalón a juego. Viste totalmente de negro y al llegar a la mesa del profesor le entrega un papel.

—Bienvenido a clase, señor...

—Bennett, Stiles Bennett.

CAPÍTULO 7



—Señor Bennett, ocupe una de las mesas vacías. —Todos nos hemos quedado mirando al nuevo y un murmullo se escucha de fondo—. Y, por favor, quítese la gorra en mis clases.

Al hacerlo descubre un pelo castaño oscuro, revuelto, que intenta peinar con los dedos en un movimiento inútil. Nadie del aula ha podido ver más que su perfil, pues se ha sentado en una de las mesas de delante sin dirigir la mirada a ninguno de los presentes.

El señor Taylor se acerca y deja uno de los exámenes sobre su mesa. Continúa con la explicación que dejó en el aire antes de que este chico misterioso irrumpiera en la clase. Nos dice varias veces que no es un examen sorpresa, sino una prueba de nivel, una excusa barata para poder catalogar a sus alumnos.

Entre clase y clase, como siempre, aprovechamos para salir al pasillo o movernos de nuestro sitio, pero yo, mientras siga vestida con este maldito uniforme, no pienso moverme de mi sitio. En uno de los descansos Sarah se acerca a hablar con Eliza y sé que es algo sobre mí, porque Eliza no deja de mirarme y hacer aspavientos con las manos. Si no fuera porque Garret está con ellas, bueno, más bien parece una extensión de Eliza porque no separa sus manos de ella, ya me hubiera acercado para dejarle claro que esto no es más que un favor que le hago a mi amiga y no al equipo de animadoras.

El nuevo no se ha movido ni una vez de su sitio. En cada descanso se ha dedicado a mirar su teléfono móvil e ignorar a todo el que se le ha acercado para entablar algún tipo de conversación. Parece un chico raro; desprende algo que no sé qué es, pero que llama bastante mi atención.

En la hora del almuerzo, voy con Sarah hasta el comedor y al ir a sentarme en nuestra mesa de siempre ella tira de mí hasta que acabo en la de

las animadoras. En sus risas y en los saludos que me dedican solo escucho falsedad. Si ya estaba incómoda vestida así, ahora, rodeada de ellas, me siento como una intrusa.

—Bueno, chicas, como os prometí, aquí os traigo una buena sustituta que nos ayudará a no hacer el ridículo en los próximos entrenamientos — Sarah se dirige al grupo mientras yo me llevo a la boca una porción de mi comida e intento no atragantarme al ver que todas me miran.

—¿Se sabe las coreografías? —Megan, una de las que siempre acompañan a Eliza, es la primera que habla.

—Mejor de lo que os podáis imaginar. —Mi amiga, como siempre, confía más en mí que yo misma.

—Eso está por ver. —Eliza se levanta de la mesa, dejando su bandeja prácticamente sin tocar.

Pasa su larga melena rubia hacia un lado y estira la espalda, para parecer más alta de lo que ya es, al pasar a mi lado. Da un pequeño golpe contra mi silla y el cubierto que tengo entre las manos resbala y golpea el plato; los restos de comida que quedan en él me salpican la cara y varias risas se elevan a mi alrededor. Uso la servilleta intentando no cabrearme por lo que acaba de hacer, sobre todo porque sé que en ese momento Garret, a mi espalda, está reprendiendo a Eliza por su jugarreta.

Decido irme antes de montar en cólera delante de todos. Suelo hacerlo para no llamar la atención. Y me despido con un simple movimiento de cabeza que solo algunas chicas corresponden.

—Nos vemos en el patio cuando empiece la clase. —Sarah sabe que necesito respirar muy hondo y unos momentos de soledad, porque estoy a solo un mal comentario mal intencionado de quitarme el uniforme y no aparecer en los ensayos.

Los pasillos están prácticamente vacíos en estos momentos; casi todos siguen en el comedor o han salido a aprovechar el buen tiempo que hace hoy. Me acerco a mi taquilla y al abrirla tengo ganas de meter la cabeza y esconderme dentro. ¿Y si buscara una excusa lo bastante creíble como para no tener que asistir a Educación Física? No entiendo como he aceptado participar en esto. Nunca me ha llamado la atención pertenecer a un grupo popular dentro del instituto, menos aún al de animadoras. Y no porque no me guste bailar, que me encanta, sino porque me siento mejor cuando paso desapercibida.

Cuando ya estoy más calmada, decido ir hacia el aula. El timbre que anuncia la próxima clase está a punto de sonar y si por algo me caracterizo es porque siempre soy puntual. Saco mi pequeña toalla de la taquilla y justo cuando la cierro y voy a comenzar a caminar choco contra alguien y caigo de culo al suelo.

—Lo siento, ha sido culpa mía. —Una mano se ofrece para ayudarme a levantarme.

Echo mi cabello hacia atrás; debo de parecer una loca ahora mismo, con todo el pelo derramado por delante de la cara. Acepto la mano, que con un suave tirón me ayuda a incorporarme. Como puedo arreglo mi pelo y lo coloco detrás de mis orejas, y entonces reparo en la persona que tengo delante de mí.

—Perdona, no te había visto. —Es el nuevo, otra vez con su gorra puesta, aunque ahora puedo ver mejor su rostro.

—Yo tampoco iba pendiente, así que estamos empatados.

Hace un gesto con la cabeza y me mira de arriba abajo observando mi indumentaria. Por unos segundos acabo de sentirme desnuda delante de este chico al que no conozco de nada, y justo cuando voy a presentarme sigue su camino y me deja ahí, en medio del pasillo, con cara de tonta y dando gracias a Dios de que nadie se haya dado cuenta del trompazo que acabo de darme. Dos días seguidos haciendo el ridículo son demasiados para mi inicio de curso.

Al final llego corriendo a la clase de Educación Física, y para colmo como menos me gusta, llamando la atención. El profesor Taylor, sí, nuestro profesor de Historia, es el mismo que nos hace dar vueltas y vueltas a la pista, y acaba de llamarme la atención delante de todos. Me señala al grupo de animadoras para que vaya a entrenar con ellas.

Eliza no tiene cara de muy buenos amigos y no me dirige ni media palabra. Sarah me pregunta con un gesto que dónde estaba. La verdad es que no me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo. Me coloco en la posición que me indican y como puedo sigo los pasos de la coreografía. Al principio voy un poco perdida, pues me he acostumbrado a bailarla con mi amiga y a las indicaciones que ella me da. Eliza grita un par de veces que me concentre; no sé por qué me está costando más de lo que imaginaba seguirles el ritmo.

Nos da un descanso de cinco minutos para refrescarnos y tomar un poco de agua. Al llegar a la fuente que hay en uno de los laterales de la pista,

alguien me toca el hombro y al volverme me encuentro otra vez con el chico nuevo.

—Creo que esto te ayudará a concentrarte.

Me tiende una goma del pelo del mismo color rojo de mi uniforme que acaba de quitarse de la muñeca. Antes de que pueda darle las gracias sus compañeros lo llaman y él sale corriendo hasta el centro de la pista. Lo observo, y entonces me doy cuenta de que lleva el uniforme de entrenamiento del equipo de baloncesto. Al llegar junto a ellos se vuelve y me dedica una sonrisa radiante, pero no puedo devolvérsela. A su lado está Garret, que nos observa a ambos y no tengo ninguna gana de que imagine cosas que no son.

El resto del entrenamiento es algo más tranquilo. Tal vez estoy empezando a entender las palabras que ladra Eliza, o es que me he recogido el pelo y puedo concentrarme más en marcar los movimientos que en retirarlo de mi cara.

Los chicos pasan a nuestro lado, cuchichean al acercarse a mí, y por primera vez me siento observada. Sé que es por el uniforme: cuando te lo pones es como si dijeras *hola, soy animadora y me gusta la fiesta*. Pero esta no soy yo.

El resto del día transcurre sin problemas; incluso creo que Eliza ya no me mira con esa cara suya de perdonavidas. No vamos a convertirnos en superamigas, pero lo cierto es que agradezco que no intente intimidarme.

Suena el timbre que anuncia el final del día y Sarah y yo nos dirigimos juntas a la parada del autobús.

—Sigo sin entender cómo has llegado tarde a una clase, por primera vez en tu vida. Dime si el uniforme lleva un gen destructivo, porque de ser así te liberaré de tus obligaciones ahora mismo.

—Solo se me pasó el tiempo más rápido de lo que esperaba —le digo, ya que esa ha sido la única razón.

—Y me puedes decir desde cuándo eres amiga del nuevo, que, por cierto, está como un tren.

—Sarah, por favor, solo piensas en lo mismo, ¿no puede ser una simple casualidad que hayamos chocado en el pasillo, y ya está?

—¿Es eso lo que ha pasado? —Intento negar con la cabeza, pero mi amiga me conoce lo bastante bien como para saber cuándo le miento—. ¿Y qué te ha dicho?

—Solo hemos chocado, él se ha disculpado y yo también. —Me observa esperando alguna explicación más que no le doy, porque simplemente no la

tengo.

—Y lo de la goma del pelo me dirás que también es una casualidad más en este día.

—Pues da la casualidad que sí.

Toco mi pelo y me doy cuenta de que aún sigo con la cola hecha, que no le he devuelto la goma y ni siquiera le he agradecido el favor.

—Al menos le habrás dado las gracias, ¿verdad? —Niego, y una sonrisa traviesa se dibuja en la cara de mi amiga—. Pues qué suerte vas a tener, ahí está tu oportunidad.

No me he dado cuenta de que el chico nuevo está a punto de pasar a nuestro lado. Pero Sarah, sí. Y con un movimiento nada sutil me empuja y choco contra él, de tal manera que me quedo con las manos apoyadas sobre su pecho, notando bajo mis dedos su musculatura y el movimiento acelerado de su respiración.

—Ho... hola otra vez. —Su mirada se cruza con la mía y ahora que no lleva puesta la gorra ya puedo fijarme en los rasgos de su cara.

Su pelo sigue revuelto de esa manera perfecta, los ojos son rasgados y de color azul, ¿o es el cielo, que se refleja en ellos?, la mirada intensa, penetrante. Sus labios finos esbozan una delicada sonrisa y unas llamativas pecas parecen estrellas moteando su cara.

De repente me doy cuenta de hasta dónde se han ido mis pensamientos mientras mis manos siguen sobre él. Me separo, tal vez más rápido de lo normal, haciendo evidente que llevo ya un rato mirándolo. A mi espalda, una risa tonta me recuerda que Sarah sigue ahí, participando del mayor ridículo que he hecho en mi vida.

—Haley, voy a buscar una cosa en mi taquilla, tú coge el autobús, creo que voy a tardar.

No me da tiempo a rebatir su huida. Sé de sobra lo que está haciendo. En apenas un minuto la he perdido de vista.

—Dos veces en un día, voy a pensar que esto no es una casualidad.

Stiles (por alguna razón que desconozco, recuerdo perfectamente su nombre) se está dirigiendo a mí.

—Veo que te ha servido.

Señala mi cola. Hago el intento de devolverle la goma para el pelo, pero me sujeta la muñeca para que no deshaga el recogido.

—Te sienta a ti mejor que a mí —se pasa los dedos por el pelo y una suave risa escapa de mi boca.

Me despido de él con un *hasta mañana*. Al llegar a la parada, veo salir el autobús y al idiota de mi hermano diciéndome adiós tras el cristal de la parte trasera. Saco mi dedo corazón y le dedico uno de mis mejores gestos. Mierda, ahora no sé dónde narices está Sarah y hoy no me apetece nada ir a casa andando; el maldito entrenamiento me ha dejado más cansada de lo que me imaginaba.

El ruido de una moto a mi espalda hace que me vuelva. Y me quedo con la boca abierta.

—Vamos, te llevo, tengo un casco de sobra.

Garret me ofrece un casco rosa, el que siempre lleva Eliza cuando va con él. Me doy la vuelta y lo ignoro, lo mismo que ha hecho él conmigo todo el día, aunque en parte es lógico después del mensaje que le envié anoche, aunque no fuera yo sino Sarah.

Camina a mi lado empujando la moto. Es grande y negra y parece muy pesada. No sé qué narices pretende haciendo esto, pero por suerte se me da bastante bien pasar de las personas que no me aportan nada. No habla, simplemente me acompaña en el trayecto, como el día anterior. Empiezo a sentirme un poco agobiada teniéndolo a mi lado, así que decido dejar de ignorarlo y soltar todo o, al menos, parte de lo que llevo dentro.

—De verdad, no te entiendo, no sé qué narices quieres de mí. Me besaste, porque estoy más que segura de que fuiste tú. No voy a negar que yo lo deseara, joder, creo que lo llevo escrito en la puta cara desde hace bastante tiempo. —No dice nada, solo me mira—. Ha sido un verano alucinante, no esperaba que cuando volviéramos te lanzaras a mis brazos, pero tampoco lo que has hecho, eso sí que no. Te has divertido, me parece muy bien, me has hecho daño, pero sabía que algo así podía ocurrir. Así que continúa con tu vida como si estos meses no hubieran pasado, porque es lo que yo voy a hacer.

—Haley...

—No, Garret, no quiero escuchar nada de lo que me tengas que decir, sigue tu camino, no hace falta que intentes disculparte y menos cuando no suenas sincero. Busca a Eliza, seguramente se esté preguntando dónde narices andas metido y no me apetece nada tener que ser yo quien se lo explique.

Entonces me doy cuenta de que se ha quedado a unos pasos de mí, con la cabeza baja. Por primera vez, en los años que lo conozco, veo tristeza en su

mirada. Pero me da igual; cuando alguien te importa haces lo imposible por no dañarlo y él no ha parado de herirme desde que ha comenzado el curso.

Al fin llego a casa. En el ascensor deshago la cola de mi pelo y me coloco la goma en la muñeca. Voy sumida en mis pensamientos cuando alguien me roza el hombro. Grito y braceo hasta golpear algo y un alarido que esta vez no me pertenece suena a mi espalda. Estaba tan ensimismada que no me he dado cuenta de que había alguien más en el ascensor.

CAPÍTULO 8



—Joder, perdona, no me había dado cuenta de que estabas ahí.

—No hace falta que lo jures. —Se ha llevado las manos a la nariz y un hilo de sangre corre entre sus dedos—. Desde luego, hoy no es mi día.

—Joder, Jackson, tienes sangre.

Se mira las manos y empieza a palidecer por momentos. Me acerco a él y lo ayudo a apoyarse sobre la pared del ascensor.

—No me digas que te da miedo la sangre.

—Si fuera miedo saldría corriendo, lo que pasa es que me da un asco atroz.

Busco en mi bolso un pañuelo que no encuentro y decido hacer una locura más en este día, qué más da... Me quito la falda, recordando que llevo un *minishort* debajo, y la utilizo para taponar la hemorragia. El color de su cara se ha transformado del blanco al rojo. Es lo que me faltaba; soy yo quien debería estar muerta de vergüenza y no él.

—Tu... tu falda...

—Algo tendremos que usar para detener esa sangre, ¿no? Además, tampoco creas que me importa tanto manchar este uniforme.

Las puertas del ascensor se abren cuando llegamos a nuestra planta. Dejo que Jackson se apoye en mí para salir. La puerta de mi casa está antes que la suya y él, a regañadientes, accede a entrar. Voy a la cocina a por un paquete de guisantes congelados y un paño húmedo para eliminar la sangre que le mancha la cara. Sobre la mesa hay una nota de mis padres, que han ido al parque con Ava. Max debe de estar con sus amigos a saber dónde.

Entro de nuevo en el salón, donde he dejado a Jack sentado en el sofá, y tengo que carraspear para que note mi presencia, ya que la escena no es de las más bonitas que me podría encontrar. Tiene mi falda entre las manos y la

mira como si nunca hubiera visto una, aunque siendo uno de los jugadores estrella del equipo estoy segura de que habrá visto unas cuantas, y en circunstancias diferentes.

Intenta disimular colocándose la diminuta prenda sobre la nariz mientras yo me hago un poco la tonta. Me siento a su lado y se la quito de las manos. Con el paño, elimino los restos de sangre de su cara; parece que la hemorragia ha cesado.

—Ponte esto si no quieres que se te hinche, voy a buscar alguna crema antiinflamatoria y a ponerme algo de ropa.

Su mirada vaga por mis piernas y ahora es a mí a quien le cambia el color de la cara. Si he de ser sincera conmigo misma, es la primera vez que un chico me mira de esa forma.

—Vale, yo seguiré aquí.

Me meto en mi habitación pensando en todo lo que ha pasado en este día. Creo que los astros se han alineado para que me lleve todos los golpes posibles, o para que yo los dé. Saco un pantalón del armario y me pongo una camiseta encima de la del uniforme. Busco en el baño la crema hidratante que suelo usar después de los entrenamientos, pero no la encuentro. Seguramente la habrá cogido Max. Miro en un cajón de su armario y efectivamente, allí está, junto a... no me lo puedo creer, una caja de condones. Joder con el niño, dos años más pequeño que yo y con una vida sexual más activa que la mía, que es completamente inexistente. Me tocará tener una conversación con él.

Salgo al salón y Jack apenas se ha movido. Tiene la cabeza entre las piernas y se ha quitado la camiseta, aunque no me percaté de este último detalle hasta que prácticamente estoy a su lado.

—Jackson, ¿estás mejor?

—Joder, Haley. Deberías pensar en apuntarte a lucha o algo así, tienes un buen golpe. —Me río ante su comentario y vuelvo a sentarme a su lado.

—Tal vez solo sea que eres un poco delicado.

—Solo soy delicado cuando la ocasión lo requiere. —Me mira a los ojos y aparta un mechón de pelo de mi cara.

Inconscientemente enderezo la espalda para poner algo más de distancia entre ambos. Él no dice nada.

—Deja que vea cómo tienes la nariz.

Retira la bolsa congelada de su cara y veo que ha dejado de sangrar; al final, el golpe no ha sido tan duro como parecía.

—No duele. —Se pasa el paño por la nariz para comprobar por sí mismo que todo está correcto—. Voy a irme a casa, tengo la ropa llena de sangre. ¿Quieres que me lleve tu falda para que la lave mi madre?

—No te preocupes, además soy yo quien debería lavarte la camiseta — está justo entre los dos y la tomo entre mis manos—, ha sido culpa mía.

Al final cada uno se queda con su prenda y nos despedimos en la puerta de mi apartamento. Le pido disculpas una y mil veces más, aunque él insiste en que, si me hubiera saludado al entrar, nada de esto hubiera pasado.

—Ya está, Haley, además ha merecido la pena, hacía mucho que no pasábamos un tiempo juntos. Nos vemos en el instituto.

Se va dejándome con la sensación de que me he perdido algo. Vuelvo al salón, cojo la falda que aún sigue sobre el sofá y guardo los guisantes en su sitio. El resto de la tarde no voy a salir de la habitación, porque estoy segura de que lo próximo que haga hoy acabará pasándome factura el resto de mi vida.

§§§§§§§§*

Otro día más de instituto y unas ganas locas de que acabe. Al entrar en clase veo a mis compañeras del equipo de animadoras con su uniforme puesto, incluso a Sarah. Todas me miran y sé que es porque vuelvo a llevar mi ropa cómoda.

—¿Y tú uniforme? —Eliza se acerca a mí con cara de pocos amigos, pero en estos momentos no tengo muchas ganas de discutir, así que continúo hasta mi mesa—. Te he dicho algo.

—Lavándose, ¿te vale la respuesta? —Me vuelvo y la encaro, porque no tengo ninguna gana de que una arpía como ella venga a joderme el día de buena mañana, y menos con Garret a su espalda, callado.

—La culpa es mía. —Jackson se coloca detrás de mí y pone una mano sobre mi hombro—. Ayer tuvimos un accidente.

Eliza se da la vuelta de manera altiva. Aunque parezca que he ganado esta batalla, sé que el suyo es solo un movimiento calculado para buscarme en otra ocasión. Me vuelvo para darle las gracias a Jack, aunque no las necesitaba. Abro mucho los ojos al ver el aparatoso vendaje que tiene sobre su nariz y levanto la mano para tocarlo.

—¿No dijiste que no te dolía? —Me sujeta la muñeca antes de que la acerque demasiado.

—Y no me duele, pero te recuerdo que tengo una madre con conocimientos de enfermería y demasiado protectora, además de un padre que no quiere que me pierda ningún partido de esta temporada.

La puerta del aula se cierra con un portazo y el profesor nos invita a todos a tomar asiento. Sarah me pide disculpas por no haberme dicho lo del uniforme y le prometo que lo hablaremos en el descanso, pero sé de sobra que esta es otra estrategia de las tuyas y que me falta bastante información sobre el favor que le estoy haciendo.

Durante toda la mañana se las apaña para escaquearse entre clase y clase, pero a la hora del almuerzo no tiene escapatoria. Al fin tendré la respuesta que necesito.

—Vamos, Sarah —la voz de Eliza evita que le haga la pregunta a mi amiga—. Tenemos que ensayar, el partido de dentro de dos semanas es el inaugural y se pedirá máxima concentración.

Pasa por mi lado ignorándome completamente y ya sé todo lo que hay detrás: la maldita fiesta donde las animadoras acaban siendo el centro de atención. Con lo bien que vivía yo en mi burbuja, sin enterarme de nada y pasando desapercibida.

—Esta me la pagas. —Sarah me dedica una mirada de disculpa y saca un uniforme de repuesto de su taquilla.

—Ve a cambiarte, después me explicarás por qué Jackson sabe lo que ha pasado con el tuyo.

Vaya, ahora resulta que la que oculta información soy yo.

El ensayo sale mejor de lo que esperaba; apenas me cuesta acompasar mis pasos a los de mis compañeras y, aunque Eliza ha seguido ignorándome, el resto me han dado la enhorabuena. Incluso el público que se ha congregado en las gradas del campo ha empezado a aplaudirnos al terminar.

Nos despedimos y regreso a clase sin apenas cruzar palabras con mi amiga. No soy rencorosa, pero me molesta que no me lo haya contado todo, y más aun conociéndome y sabiendo que finalmente aceptaré bailar con ellas. Ella sabe lo que opino de los bailes y las fiestas que se organizan en el instituto: me parecen lo más ridículo del planeta, un manifiesto de hormonas y testosterona que no consigo entender.

Al entrar veo que Sarah aún no ha llegado. El chico nuevo está solo, en el mismo sitio de ayer, y, sin pedirle permiso, me siento a su lado. Se queda

mirándome y le dedico una sonrisa que ha debido de ser inconveniente, pues vuelve su cara al frente y me ignora. Parece que este curso será de pena. Mi amiga entra en clase, simplemente toca mi hombro al pasar a mi lado y ocupa nuestro sitio habitual. Justo unos segundos después, llega el profesor. Durante toda la hora dejo que las palabras entren en mi cabeza sin prestarles atención. Unas horas más y el día, al fin, habrá terminado.

—¿Cuánto más piensas ignorarme hoy? —me pregunta cuando estoy guardando mis cosas en la taquilla, dispuesta a volver a casa, por fin.

—Aún estoy pensando en la gravedad del asunto, así que no sé si unas horas o lo que resta del curso. —Cierro la puerta y ella me mira con ojitos de pena.

—¿Seguro? No me lo creo, no podrías estar un día entero sin hablar conmigo, nos necesitamos tanto como el aire; además, quiero saber qué tal es el nuevo.

—Sarah...

—Venga, no seas así, si en el fondo hoy te has divertido, dime que no y te prometo que no volverás a bailar más con las animadoras...

Y ya no hace falta que nos digamos nada; me agarra del brazo y salimos del instituto. Le cuento que nunca antes en mi vida había conocido a alguien tan callado. Si no fuera porque me dirigió la palabra ayer, juraría que es mudo. Lo que no le digo a Sarah es que tiene un algo que no sé lo que es, pero que me intriga. Justo en ese momento pasa por nuestro lado y se queda mirándonos. Tierra, trágame, porque creo que acaba de escuchar toda la parte de la conversación referida a él.

CAPÍTULO 9



La semana, aunque parezca mentira, ha sido de lo más normal del mundo y al parecer todo ha vuelto a la rutina. Garret y Eliza siguen como si no lo hubieran dejado durante los meses de verano. Sarah, cómo no, a mi lado, y esta vez sé que lo hace para que no la deje tirada con lo de las animadoras, pero cuando yo me comprometo con algo, lo termino. Lo de mi hermano es otro cantar; no sé qué narices le pasa por la cabeza, pero está de un pasotismo total. Démosle una tregua, acaban de empezar las clases.

—Hola, Haley.

—¿Qué tal, Jackson? —Estoy dejando las cosas en mi taquilla para dirigirme a un nuevo ensayo con las animadoras.

—El día que me llames Jack, como todo el mundo, me harás el hombre más feliz de la tierra.

—¿Qué es lo que quieres, Jackson?

Una mueca divertida se dibuja en su cara.

—Solo recordarte que mañana iremos a tomarnos algo, y como ahora estás con las animadoras...

—Ni se te ocurra terminar esa frase o no llegarás a ser un hombre en tu vida, o tal vez tu nariz vuelva a tornarse oscura... —Coloca las manos ocultando su entrepierna, pero ambos sabemos que es una broma, de las que llevamos gastándonos desde que tenemos uso de razón.

—Nos vemos allí.

Se da la vuelta y me deja con la palabra en la boca. Sé que todo esto vuelve a ser cosa de Sarah, que la quiero un montón, sí, pero tiene que entender que sé pensar por mí misma y tomar mis propias decisiones.

Llego a la zona donde entrenamos y ya están todas preparadas. Me coloco al lado de mi amiga y ensayamos por enésima vez la rutina. Veo el

entusiasmo de Sarah en su cara y sé que esto solo lo hago por ella, así que decido no decirle nada sobre lo de mañana; tal vez me venga bien desconectar. Al fin y al cabo, tengo dieciséis años y he de empezar a vivir un poco más la vida.

Fin de semana al fin. La primera semana ha sido de subidas y bajadas, aunque tampoco puedo quejarme mucho. ¿Qué estoy llamando la atención? Sí. ¿Me gusta? No, pero en el fondo hay algo que me hace sonreír cuando camino por los pasillos y la gente me saluda cuando antes ni siquiera se dignaban a disculparse si se chocaban conmigo, a no ser que Sarah fuera a mi lado. Es algo totalmente nuevo para mí y he de adaptarme, porque Eliza sigue en sus trece y no quiere organizar audiciones para nuevas animadoras. Dice que el equipo está cerrado. Además, ha dejado de gritarme y de quejarse sobre cómo hago las cosas; digamos que se ha instalado una calma entre las dos y yo cada vez me siento más cómoda con el baile.

Max está comiendo en casa de un amigo y se quedará a dormir allí. No les ha dicho a mis padres que esta noche hay una fiesta, pero yo no me chupo el dedo. Sarah insistió en que hiciera lo mismo y así mis padres no me pondrían hora para volver, pero me negué. Con lo que no contaba, como siempre, era con que ella se adelantaría a proponérselo. Y aquí está, metida en mi habitación, rebuscando en mi armario y llenando una maleta de ropa. Almorzaremos en mi casa y después nos iremos a la suya. Su padre se ha marchado el fin de semana y tiene toda la casa para ella.

—Ese no, Sarah.

Mi amiga sostiene en sus manos un minúsculo top de color naranja que ella misma me regaló y que sigue con la etiqueta puesta.

—Al menos tienes que estrenarlo.

Ya no hay más que hablar, porque sé que va a acabar haciendo lo que le dé la gana, de la misma manera que está metiendo ropa como si me fuera para una semana en vez de una sola noche.

Por supuesto, mis padres me recuerdan una y otra vez que, aunque sea una chica mayor, debo responsabilizarme de mis actos. Sé que lo hacen por mi bien, pero me siguen tratando como a una niña pequeña. Nunca los he visto darle la charla a Maxwell como a mí; si ellos supieran las cosas que hace y lo que esconde en los cajones de su escritorio, ahora mismo no estaría en casa de un amigo para pasar la noche.

—Tienes que dejar de hacer esto. —Sarah me mira con cara extrañada mientras coloca la ropa sobre su cama.

—Solo estoy preparando las cosas.

—No me refiero solo a la ropa, Sarah, me refiero a todo. —Se sienta sobre la cama y cruza sus manos bajo el pecho, esperando a que me explique —. No lo entiendes, ¿verdad?

Niega con la cabeza y decido sentarme a su lado, porque estoy casi a punto de estallar y no me apetece hacerlo, menos aún con ella, pero necesito hacerle comprender que ya no estamos en primaria, que sé tomar mis propias decisiones.

—Sarah, sabes que eres mi mejor amiga y que aprecio todo lo que haces por mí, muchas cosas que he vivido habrían sido imposibles sin ti a mi lado, pero ¿no crees que va siendo hora de que cometa mis propios errores? — Tomo aire para mirarla y ver su reacción, ninguna—. Es todo: las animadoras, ir esta noche a tu casa, la mesa en que debemos sentarnos en el comedor o en casa... Todo lo decides por mí.

Se acerca y me toma las manos. Sonríe y sé que no está mosqueada. Llevo bastante tiempo queriendo decirle esto, pero lo he ido posponiendo y dejando que las cosas siguieran igual, todo por miedo a que se lo tomara mal.

—Esto es lo que llevo años esperando, Haley. Quiero que saques ese genio que sé que guardas dentro, que de una vez me plantes cara y me digas que no. Sé que he cometido errores al organizar tus planes sin consultártelo, pero, dime, ¿estarías aquí de no haberte unido al equipo de animadoras? — Me coge de la mano y me lleva hasta el espejo grande que tiene en su cuarto; me recoge el pelo hacia un lado—. Mírate, esa sonrisa es de felicidad, la que tienes ahora mismo ahí dentro porque estás haciendo algo que te gusta. A veces nos cuesta dar un paso hacia lo que queremos, y esto es lo que tú quieres. Te gusta que la gente te conozca, no digo que desees ser popular, pero sí no pasar desapercibida cuando andas por los pasillos.

Miro mi imagen reflejada en el espejo y he de admitir que tiene razón. Le sostengo la mirada a través de nuestro reflejo y dejo que me abrace y me dé un beso en la mejilla.

—Tal vez debería preguntarte más a menudo si te apetece hacer ciertas cosas, pero te falta ese valor para lanzarte a lo desconocido. Solo has besado a dos chicos en tu vida; el primero no cuenta, porque el jardín de infancia era un hervidero de mocos, y el otro es un impresentable que no se merece que lo nombremos. Tus padres te prometieron que tendrías un coche a los dieciséis y han pasado tres meses y ni has preguntado por tu regalo de cumpleaños. No te atreves a plantarle cara a Max. ¿Te das cuenta de lo que te digo?

—Joder, Sarah. Soy una idiota, ¿verdad?

—Nada de eso, eres demasiado buena, eso es lo que pasa, así que hazte un favor y mira toda la ropa que he traído. Decide qué ponerte, demuéstreme que sabes llevar las riendas de tu vida y yo te aseguro que la próxima vez te preguntaré antes de tomar una decisión por ti.

Le doy un beso, cojo la mochila de ropa que llenó en mi casa y me meto en el baño.

Llegamos a la zona donde hemos quedado con los compañeros del instituto. Algunos han ido a comer en el McDonald's que hay cerca y otros, nosotras incluidas, decidimos llegar más tarde. No sé a dónde me llevan, pero probablemente acabaremos en una cafetería o en un bar para adolescentes, porque en cualquier otro nos pedirían el carnet para entrar.

Nos reunimos con Jackson. Con él están Garret y varios chicos más del equipo de baloncesto, además de las animadoras y, como es lógico, Eliza. Saludo a Jack y Garret se acerca para darme dos besos. Se lo permito porque no me apetece nada que nadie sepa lo que ha pasado este verano, esos besos robados en la discoteca de los que estoy deseando olvidarme, aunque aún sienta el sabor de sus labios en mi boca cuando cierro los ojos antes de dormir.

—Vamos, nos esperan. —Jackson se coloca a mi lado y, para sorpresa de todos, me agarra de la mano.

Miro a Sarah y me guiña un ojo. La cara de Garret, por el contrario, es todo un misterio. Una mueca dura se ha instalado en su mandíbula, ha ignorado a Eliza cuando se acercado a él y ahora camina unos pasos por delante de nosotros.

La situación es un poco extraña, pero yo me he prometido empezar a tomar mis propias decisiones y a vivir un poco más la vida. Quiero aprovechar la oportunidad y explorar a esta nueva Haley que empiezo a sentir que soy. Tal vez sea un buen momento para experimentar cosas nuevas.

Llegamos a la puerta de un local en el que hacen cola más chicos y chicas, unos cuantos de nuestro instituto. Con algunos he cruzado unas cuantas palabras en clase, pero tampoco se podría decir que son más que conocidos. Jackson sigue agarrando mi mano y al mirarlo me dedica una tierna sonrisa, que yo le devuelvo.

—Vamos a divertirnos, esta es una noche para chicos de nuestra edad, así que no tendremos problemas para entrar.

La noche está siendo más divertida de lo que cabría esperar. Todos están resultando muy simpáticos, incluso Eliza. Hemos hablado sobre las coreografías, le he propuesto incluir ciertos pasos en el próximo ensayo y parece que le han convencido mis ideas. Sarah sonrío cada vez que me mira; sé que se alegra por mí, y yo más aún de haber sacado lo que me guardaba dentro.

No hay alcohol, lo cual agradezco, pero eso no quita para que me haya tomado algún que otro cóctel. La vejiga está dándome señales de que necesita vaciarse, así que le digo al grupo que voy un momento al baño y me pierdo entre la multitud que baila en la pista. En el camino alguien tira de mí. No me da tiempo a reaccionar cuando me arrinconan contra una pared y sujetan mis manos a cada lado de mi cuerpo, sin permitir que me mueva.

Esta zona está bastante oscura, pero sé de sobra quién es la persona que tengo delante. Se cubre la cabeza con la capucha de una sudadera, pero su olor es inconfundible para mí.

—Garret, no sé a lo que juegas, pero necesito ir al baño.

—No sin que antes hablemos. No puedes mandarme al carajo con un mensaje y quedarte tan a gusto. —Acerca aún más su rostro al mío y puedo percibir su intensa mirada azul—. Me debes una explicación que me crea.

—No tengo nada que decirte.

Como puedo, consigo que me suelte las manos y escapo lo más rápido que soy capaz de ese rincón. Cuando salgo fuera del local tengo la respiración acelerada y por primera vez desde que conozco a Garret he sentido algo diferente a ese amor que despertó en mí durante tanto tiempo.

La música se cuele a través de la puerta. Miro a mi alrededor: hay algunas parejas besándose en un rincón oscuro. Alzo mi mirada y una preciosa luna llena alumbra el cielo.

—Es una maravilla mirarla —alguien habla a mi espalda—. Es una pena que desde aquí no se puedan ver las estrellas.

Me doy la vuelta para ver quién habla. Es el chico tímido, Stiles. Al momento me viene a la cabeza la conversación que tuve con Sarah cuando él pasó por mi lado y doy gracias a Dios por que sea de noche, así no podrá ver el rubor que se ha instalado en mis mejillas. Trago saliva para poder contestarle.

—Sí, es una pena. A veces me pregunto cómo se verían si todas las luces de la ciudad se apagarán.

Él sonríe bajo la luz de esa gran luna. Tiene un pequeño hoyuelo en la mejilla. Eleva las cejas y me tiende la mano. Al ver que no reacciono, acaba tomándose él la mía y entrelazamos nuestros dedos.

—Vamos, creo que te puede gustar. —Se queda esperando a que yo dé el próximo paso, pero yo no me muevo del sitio, así que continúa hablando—. Confía en mí, sé que te va a gustar.

Y sin saber por qué, siento que de verdad puedo confiar en él y dejo que me guíe hasta la parte trasera del local.

Unas escaleras de emergencia aparecen ante nosotros y de un salto las atrapa hasta que se deslizan hasta el suelo. Me hace un gesto para que suba por ellas. Al llegar al final nos encontramos en lo alto del edificio. Vuelve a tomar mi mano y dejo que me lleve hasta casi el borde de este. Dos butacas de playa aparecen ante nosotros.

—Vaya, veo que subes muy a menudo aquí —le digo cuando me invita a que tome asiento en una de ellas.

No dice nada y se sienta a mi lado, mirando al cielo. Hago lo mismo y me quedo embobada al contemplar la preciosa estampa que tengo ante mí. La luna en lo más alto, la misma cantidad de luces, pero la ciudad mucho más hermosa vista desde esta perspectiva, con el puente de Brooklyn bajo la preciosa esfera brillante.

Un mensaje suena en mi teléfono y cuando lo miro veo que se trata de Sarah. Está preocupada porque no me encuentra, y al ver la hora me doy cuenta de que se ha hecho bastante tarde. Sé que no tenemos hora de recogida porque nos quedaremos en su casa, pero somos conscientes de que, si queremos repetir, debemos ser responsables.

—Tengo que irme.

Me levanto y él lo hace conmigo. No ha hablado desde que subimos, pero vuelve a entrelazar sus dedos con los míos y recorremos el camino a la inversa hasta volver al frente del edificio. Escucho a Sarah gritar mi nombre y venir hacia nosotros. Stiles se acerca a mí y deposita un beso en mi mejilla justo antes de que mi amiga llegue. Después se aleja.

—¿A qué ha venido eso? —dice Sarah.

—No tengo ni idea.

CAPÍTULO 10



Me quedo mirando como Stiles se aleja de nosotras después de esa despedida tan rara y dulce a la vez. Me paso los dedos por la mejilla, justo donde él acaba de besarme. Solo hemos estado juntos un rato y he sentido que de verdad podía confiar. Ni siquiera me preguntó por qué estaba nerviosa y se lo agradezco, porque tampoco sabría explicar lo que ha pasado.

—Chicas, ¿dónde andabais? —Jack se acerca hasta nosotras; se ha cruzado con Stiles y han chocado los puños.

—Nos vamos a ir a casa ya —responde Sarah por las dos.

Jackson también quiere irse y se ofrece a acompañarnos. Entramos un momento, solo para despedirnos del resto de los compañeros, y veo a mi hermano, al fondo de la sala, hablando con Garret. Sarah me pregunta si no voy a despedirme de él y no sé a cuál de los dos se refiere, pero niego con la cabeza; en estos momentos no me apetece enfrentarme a ninguno.

Decidimos coger un taxi, aunque no estamos lejos. Así Jackson se quedará más tranquilo. Lo dejaremos a él primero y después nosotras recorreremos a pie los pocos metros que separan un edificio del otro.

—Cuéntame qué ha pasado.

Sarah, como siempre, intenta sacar de mí toda la información posible en una noche que ha sido bastante extraña. Ya estamos en casa, nos hemos cambiado de ropa y ahora nos desmaquillamos frente al espejo.

—Pues... la verdad es que he disfrutado mucho esta noche, he sentido que puedo ser yo misma sin ningún tipo de complejo.

—Sabes a lo que me refiero. —Se pasa el algodón por los ojos para retirar los restos de sombra—. Jackson, Stiles...

—Sarah..., Jackson y yo nos conocemos desde pequeños, solo hay amistad. —Hace una mueca extraña con la cara, pero no quiero darle más

importancia de la que tiene—. En cuanto a Stiles, ha sido amable.

—¿Qué ha pasado para que tenga que serlo? —se vuelve hacia mí y espera mi respuesta.

—Simplemente me ha visto salir de la discoteca y se ha comportado como un compañero más. Nada del otro mundo, no veas cosas donde no las hay.

Me miro al espejo y compruebo que tengo la cara completamente limpia. Para mí esta conversación ya ha terminado y creo que Sarah lo capta cuando salgo del baño sin decir nada más. No quiero contarle que la actitud de Garret me asustó, porque algo me dice que no se lo va a creer; todos lo ven como un chico bueno. Tal vez lo sea, pero por un instante yo he dejado de verlo así. Quizás por lo que ha pasado este verano y nada más empezar el curso, me he quitado esa venda de los ojos.

Dicen que cuando alguien deja de gustarte ya no te parece tan guapo como cuando solo tenías ojos para él, incluso su actitud empieza a antojársete diferente. Puede que sea eso lo que me está pasando con Garret, tal vez solo era el típico enamoramiento tonto de instituto y tras haber tenido algo con él... Mejor no pensaré más. Está con Eliza y eso nunca cambiará, son la típica pareja que, sin importar los altibajos que haya habido en su relación, acabarán teniendo un futuro juntos y serán los eternos reyes del instituto.

Me meto en la cama que el padre de Sarah dejó preparada para mí antes de irse y me acurruco entre las mantas. Mi amiga entra en el cuarto y me desea buenas noches. Sabe que cuando no me apetece hablar de algo es mejor dejar pasar el tiempo, pero esta vez tengo claro que lo que ha ocurrido en la discoteca con Garret lo guardaré solo para mí. Nadie creería que me ha acorralado en una esquina para pedirme explicaciones, y menos cuando realmente no ha pasado nada.

Por la mañana, como siempre que duermo con Sarah, soy la primera que se levanta. O eso creo, porque para mi sorpresa la encuentro en la cocina preparando el desayuno. Ha dispuesto un par de cuencos con cereales, zumos y leche con cacao. Me sonrío y sé que no está mosqueada porque anoche no le diera más información.

—¿Qué me he perdido para que ya estés levantada?

—Ayer se me olvidó decirte que tenía planes para hoy. Siento avisarte así, pero es que si no me doy prisa llegaré tarde. Estás en tu casa, yo me tomo el desayuno y me voy, sabes dónde lo tienes todo, ¿vale?

Se bebe la leche a toda velocidad y abandona la cocina. No es ni siquiera normal que salga tan pronto un domingo. Pero recuerdo que anoche me dio una tregua y no volvió a preguntarme qué más había pasado, así que debo devolvérsela y quedarme callada. Lo que no haré es quedarme sola en una casa que no es mía. Por tanto, me tomo algo rápido y me meto en el cuarto para vestirme. Si lo hago como de costumbre, estaré preparada antes que ella.

No me equivoco; diez minutos después ya estoy con la mochila en el hombro y despidiéndome de mi amiga. Mañana cada una irá por su lado al instituto. Si quiere, ya me contará allí lo que ha hecho.

—¡Que no se te olvide el uniforme! —me grita como despedida mientras bajo las escaleras.

Y así es como transcurre mi domingo. Sarah haciendo planes de los que no tengo información ninguna y yo descubriendo varias cosas importantes. Que ya no siento lo mismo por Garret, y no digo que no me guste, solo que me he dado cuenta de que no serviría de nada intentar cambiar las cosas. Por mucho que se empeñe en que debemos darnos una excusa mejor, está con Eliza. Punto final.

Jackson me ha demostrado que sigue estando ahí. A pesar de que con los años nuestra relación se ha enfriado, sobre todo desde que yo decidí pasar más desapercibida y él ocupó un lugar importante en el equipo de baloncesto. Le agradezco que ayer estuviera conmigo a pesar de que haya pasado tanto de él, solo por seguir en la sombra y no llamar la atención.

También me gustó la actitud del chico nuevo. Sin que le pidiera nada, él se ofreció a ayudarme a desconectar después de salir corriendo de la discoteca.

Después de salir de la casa de Sarah, decido aprovechar que mi hermano aún no ha vuelto y que mis padres están en el parque con Ava, disfrutando del buen tiempo, para ponerme al día con las asignaturas. Aunque acabamos de empezar el curso, tengo que organizarme ya mismo. Pertenezco al equipo de animadoras y no podré dedicarles las mismas horas a los estudios. Necesitaré plantearme un horario de trabajo para seguir sacando tan buenas notas como hasta ahora.

Mientras organizo mi tiempo me doy cuenta de que mi vida, desde que acabara el curso pasado, ha dado un giro inesperado, pero intentaré aprovechar todos los beneficios de esos cambios. Tal vez es lo que necesito para sacar a esa Haley que Sarah dice que anda escondida, a la espera de

comerse el mundo. No sé si tiene razón, pero no tengo nada que perder y quiero intentarlo.

CAPÍTULO 11



Mierda, mierda y más mierda. Me he quedado dormida y al llegar a la parada del autobús lo he visto alejarse. El gracioso de mi hermano me dice adiós desde la parte trasera. Voy a llegar tarde, mis padres se han ido a trabajar y no hay nadie a quien pueda pedirle que me acerque a clase. Encima, y para rematar un lunes que ya pinta más negro que gris, llevo puesto el maldito uniforme de animadora.

No me queda otra que caminar hasta el instituto; odio llegar tarde y encima cuando no tengo excusa. Mi madre me ha llamado varias veces esta mañana e incluso he apagado las miles de alertas que le pongo al teléfono, pero anoche me costó bastante quedarme dormida. Para martirizarme yo solita, me dediqué a leer todos los mensajes que Garret y yo nos mandamos. Sí, sé que dije que los eliminaría, pero aunque el fin no ha sido el que me hubiera gustado, el recuerdo es alegre. Aunque tendría que haber pensado desde el principio que si los leía acabaría sintiéndome una estúpida por no haberme dado cuenta de las señales. Salvo en el primero de todos, donde decía que se le haría un verano duro porque deseaba verme otra vez, en el resto no había nada a lo que poderme agarrar en aquel momento. Un *cómo estás*, un *tengo ganas de salir de aquí* y poco más. Ningún interés por lo que podría pasar cuando volviéramos a vernos después de los meses de verano. Tendría que haberlo imaginado.

Me coloco los auriculares para recorrer la distancia que separa mi casa del instituto y empiezo a tararear las canciones de mi biblioteca. Un minuto después un coche se coloca a mi lado, circulando a la misma velocidad que yo. No me atrevo a mirar, pero entonces él hace sonar el claxon y ya no me queda más remedio que volverme hacia el idiota que tiene ganas de joderme más este lunes.

—Tranquila, fierecilla. Llevo un rato llamándote. Anda, sube al coche.

—Prefiero ir andando. —Garret saca parte de su cuerpo por la ventanilla y niega con la cabeza.

—Sé que prefieres que no te lleve, pero tu sentido de la responsabilidad es más fuerte y no vamos a discutir. Si no subes, llegarás tarde a clase y te sentirás mal durante lo que queda de semestre.

Odio que las personas que me rodean me conozcan tan bien, sobre todo porque esa es una de las cosas que he intentado evitar en estos años. Resoplo y rodeo el coche para montarme por el lado del copiloto. Si mis padres hubieran cumplido su promesa, ahora mismo no estaría en el todoterreno de Garret.

Me mira con esa preciosa sonrisa suya que hace que me derrita por dentro y me dé cuenta de que los sentimientos siguen ahí. Por mucho que quiera negarlo, el amor no se olvida en un abrir y cerrar de ojos. La música suena baja a través de los altavoces y veo la oportunidad de evitar entablar una conversación con él. Subo el volumen y dejo que la última canción de Bruno Mars llene el silencio que había comenzado a instalarse entre los dos, ya que no estoy dispuesta a responder ninguna de sus preguntas.

Garret estaciona el coche en los aparcamientos del instituto y se baja. Yo tomo mis cosas y salgo disparada de su vehículo, deseando poner distancia, pero él es más rápido que yo y acabamos entrando juntos, codo con codo; solo le ha faltado pasarme el brazo por encima de los hombros para marcar territorio. Más de la mitad del instituto se ha quedado mirándonos al vernos aparecer, y los que no lo han hecho es porque aún están llegando o ya entraron en clase. Sé que hoy se hablará de nuestra llegada, y que eso me costará un enfrentamiento con Eliza.

Garret se queda en el pasillo hablando con unos compañeros del equipo y finalmente llego al aula sola. Entro y saludo a Sarah, que me señala con las manos el que siempre ha sido mi sitio para decirme que está ocupado. Una de las animadoras se ha sentado a su lado, creo que es Kelly (suelo quedarme con los nombres, pero cuando alguien no me importa mucho no pierdo el tiempo en memorizar información que considero irrelevante). Busco un hueco y mi mirada se cruza con la de Jackson, que me hace un gesto para que me siente a su lado. Camino hacia él y ocupo la silla vacía.

—Creo que hace una eternidad que no compartíamos una clase —dice mientras saco lo necesario.

—No seas exagerado, tampoco creo que haga tanto.

—¿Segura?, porque creo que más de lo que imaginas.

El profesor entra y con él, el resto de los compañeros que esperaban afuera. Garret pasa por mi lado para llegar a su mesa y no sé si ha sido de manera fortuita, pero ha rozado mi mano, que reposa sobre la mesa, con la suya. Estoy segura de que mis mejillas se han teñido de rojo, sobre todo por la mirada extraña que me ha dedicado Jack.

—El curso acaba de empezar, así que tenemos que dejar clara una cosa y sé que os va a gustar. Todos los alumnos de esta clase tienen mi asignatura aprobada con un diez. —Golpes contra las mesas, vítores, silbidos y gritos de alegría inundan el aula—. Tranquilos, chicos, que hay un pero. —Y de la misma manera en que nos hemos animado, se hace el silencio—. El diez lo tenéis, ahora solo debéis conservarlo. Haréis un trabajo explicando dónde os veis dentro de diez años. No es tan fácil como parece, así que yo no empezaría a sonreír. Trabajaréis en parejas.

Automáticamente miro hacia Sarah. En los años que llevamos siendo amigas hemos compartido horas y horas de estudio, por lo que hasta en eso nos compenetramos bastante bien. Ella también me mira, y así sé que le hace la misma ilusión que a mí.

—Me gustan los cambios que veo en clase hoy. Parece que el destino me sonríe, así que vuestro compañero de proyecto durante el próximo mes será la persona que ahora mismo comparte vuestra mesa. En la mía hay unas pequeñas guías que podréis usar para saber cómo plantear el trabajo. Cuando termine la clase, coged una por cada equipo. Y ahora que sabéis lo que toca, abrid los libros y haced las tareas que están anotadas en la pizarra.

Me quedo mirando a Jackson y me siento triste, sobre todo al darme cuenta de que Sarah está feliz, abrazada a la animadora sentada a su lado.

—No va a ser tan malo, lo mismo consigo que me vuelvas a llamar Jack, como en los viejos tiempos.

—Ni lo sueñes, Jackson.

Abro el libro y me pongo a hacer las tareas, ignorando a mi compañero y el haberme quedado dormida esta mañana. Si no fuera por eso, ahora mismo estaría con Sarah, hablando de cómo hacer el trabajo y deseando que llegue el momento para pasar muchas más horas juntas. Sin embargo, mi destino es estudiar con Jackson, saber de su vida y compartir la mía con él.

—¿Quedamos esta tarde para ir preparando el trabajo? —Retira un poco mi libro para que le preste atención.

—En mi casa, después de las clases —respondo sin levantar la vista.

La mañana pasa sin más contratiempos. Para mi sorpresa, nadie me pregunta por qué esta mañana he llegado al instituto con Garret, ni siquiera Sarah durante el almuerzo. Ni Eliza, de la que esperaba algún comentario mordaz; al contrario, ha seguido siendo amable conmigo, igual que el fin de semana durante la fiesta.

Salgo la primera del ensayo de las animadoras, decidida a no perder de nuevo el autobús y deseando llegar a casa; cuanto antes me ponga a preparar el trabajo antes terminaré y de esa manera solo pasaré el tiempo justo con Jackson.

En mi habitación, con varios libros abiertos sobre la cama, busco información sobre lo que quiero estudiar en la guía que nos ha dado el profesor. Se supone que debo escribir cómo será mi vida si consigo cumplir mis sueños y expectativas de futuro. Pero me estoy dando cuenta de que ni siquiera sé qué me gustaría estudiar si consigo llegar a la universidad. ¡Como para plantearme a qué me voy a dedicar cuando tenga veintiséis!

—Cariño, Jack está aquí. —Mi madre asoma la cabeza por la puerta—. No me habías dicho que teníais que estudiar y en un rato llegan varias compañeras de clase de tu hermana, así que coge lo que necesites, que os vais a su casa.

Estoy a punto de protestar cuando ella me señala con el dedo.

—Ya he pedido unas pizzas para que cenéis allí, así que levántate y sal, que está esperándote en la puerta.

Meto varios de los libros en la maleta que tengo en la silla y me coloco el moño que me hice tras salir del baño. Voy hacia la puerta y me lo encuentro allí, con una sonrisa de oreja a oreja. No sé si ha tenido algo que ver con esto, pero estudiar en mi casa no me parecía tan mala idea como tener que meterme en su cuarto, el cual hace años que no piso.

—Te prometo que no ha sido idea mía —me enseña la maleta que tiene colgada a la espalda, para que compruebe que venía dispuesto a trabajar aquí —, pero cuando tu madre me ha dicho que iba a tener varias niñas en casa le he comentado que estaba solo y le ha parecido bien.

—Vamos a hacer el trabajo.

—Nadie ha dicho lo contrario.

Me deja espacio para salir de casa y recorrer el pasillo hacia la suya. Definitivamente, no vuelvo a levantarme tarde ni un día más.

CAPÍTULO 12



Cuando entramos en casa de Jackson, me quedo de pie en el salón sin atreverme a seguirlo hasta su cuarto. Han pasado dos años desde la última vez que estuve allí y solo de pensar en pisarlo de nuevo se me ponen los pelos de punta. Miro alrededor y veo que todo sigue igual: una decoración minimalista, se nota que sus padres se dedican a la decoración de interiores.

—¿No vienes? —Asoma la cabeza por el pasillo y me dedica una de sus genuinas sonrisas—. Tenemos trabajo.

—¿Por qué no trabajamos en el salón? —Intento que no se me noten las pocas ganas que tengo de ir a su dormitorio, pero a Jack es difícil engañarlo.

Se acerca hasta mí y sé que por mucho que insista no va a dar su brazo a torcer, pero tengo que intentarlo como sea. Se coloca a mi lado, pasa su brazo por mis hombros y me empuja con delicadeza para que me mueva hacia la dirección que no quiero tomar.

—Jackson, de verdad, aquí tenemos más espacio.

—Pero no está mi ordenador y seguro que habrá que buscar información. Conociéndote, seguro que no sabes ni lo que vas a hacer mañana, ¿cómo vamos a saber dónde estarás dentro de diez años?

Decido hacer de tripas corazón y permito que me guíe hacia ese sitio donde tan poco me apetece volver a entrar. Una vez que estoy en la puerta me quedo observando lo que me rodea. En dos años su habitación ha cambiado mucho. Antes era una extensión de la casa, misma decoración, mismos colores. Ahora ya no, las paredes están cubiertas por pósteres de equipos de baloncesto y grupos de música y en un tablón de madera hay fotos de muchísimas personas, ¿será una de ellas la de...? No, mejor no pensar en eso.

Una vez dentro del cuarto, me quita la mochila del hombro y la coloca sobre la cama, hace lo mismo con la suya y me invita a que me siente sobre la

colcha. Ya no tiene una cama individual, ahora es una de matrimonio, donde dos cuerpos pueden tumbarse cómodamente. El colchón ocupa el centro de la habitación, justo debajo de la ventana; a un lado tiene el escritorio y en el contrario el armario.

—Bueno, empecemos, ¿no?

Se sienta frente a mí con las piernas cruzadas, como si fuera un indio, y empieza a sacar cosas de su mochila. Yo sigo sentada al borde de la cama y he entrelazado mis manos porque no sé dónde ponerlas; me están empezando a sudar. Me juré que no volvería a entrar aquí.

—Si no sacas las cosas que necesitamos, no creo que avancemos. —Lo miro y veo que él está ya preparado, esperando a que yo reaccione—. ¿Qué pasa, Haley?

—Creo que no debería estar aquí... Yo... esto...

—Yo he olvidado lo que pasó.

—Pues a mí me es imposible. —Una sonrisa pícaro se dibuja en su cara y me entran ganas de borrarla de un buen tortazo.

—Sé que fue bastante raro, pero no tuve la culpa. Entraste en la habitación sin siquiera llamar a la puerta, era algo que podía pasar.

—Pero tú estabas... ¡joder! ¡Tus padres estaban en el salón!

—Dilo, ¿qué estaba haciendo?

Me ruborizo solo de pensar en la imagen de Jackson, recostado en su cama, con tan solo la luz de su mesita de noche encendida. Lo primero que vi fue su cara, en una mueca contenida. Mis ojos bajaron por su pecho desnudo hasta encontrarse con su mano. La tenía allí mismo, sujetando sus partes.

—Estaba haciendo algo fisiológico, los hombres tenemos nuestras necesidades y en aquella época yo estaba empezando a conocer mi cuerpo. Joder, era solo una paja y parece que he matado a alguien. Desde aquel día dejaste de llamarme Jack, incluso te has distanciado de mí. Sé que ya no paso tanto tiempo contigo, tal vez porque estoy en el equipo de baloncesto, y en el instituto cada uno va por su lado, pero piensa de quién es la culpa, porque creo que mía, no.

Me quedo callada, pensando en lo que acaba de decirme. Sé que tiene razón, ya han pasado dos años de aquello y aunque no era mi mejor amigo, porque ese lugar lo ocupa Sarah, podíamos hablar de muchas cosas, pasar tiempo juntos. Lo miro a los ojos: quizás haya perdido dos años de amistad tontamente.

—Lo siento, de verdad, no sé qué me ocurre, pero es que verte así...

—No pasa nada, de verdad. Vamos a hacer una cosa, empecemos a trabajar y no pensemos en aquel día.

Tomo aire e intento hacer lo que me pide. Cojo mis cuadernos y bolígrafos. Observo los que él ha colocado sobre la cama y un libro me llama la atención. Lo tomo en mis manos y empiezo a ojearlo. Es de medicina deportiva; nunca pensé que le interesara. Siempre imaginé que quería dedicarse al deporte profesionalmente, lleva la palabra *triunfador* grabada en la frente.

—¿Y esto? —le digo, mostrándole el libro.

—Un plan B. Quiero jugar en las ligas mayores, eso lo tengo claro, pero nunca se sabe cómo pueden acabar las cosas y prefiero estudiar algo que no me desvincule de este mundo.

—Lograrás todo lo que te propongas, siempre lo has hecho.

Su mirada se torna un poco turbia y creo que he pisado terreno pantanoso, pero ahora que, poco a poco, la tensión entre los dos ha ido disminuyendo, no quiero hacerle un tercer grado a base de preguntas. Además, ya no sé si recuperaremos la misma confianza de antes; en dos años han sucedido muchas cosas.

—Y tú, ¿qué has decidido? —Mira entre mis cuadernos buscando una respuesta.

—Sigo queriendo hacer algo relacionado con los animales, sabes que son mi pasión. Veterinaria es una buena opción.

—Creía que tu pasión era cantar. —Me ruborizo al ver que se acuerda de lo que hablábamos cuando tan solo éramos unos niños.

—Imposible, eso nunca va a pasar. Ya ni siquiera lo hago bajo la ducha, ¿cómo iba a cantar delante de nadie?

—Pues parece que estás perdiendo el miedo escénico; si no, no estarías en el equipo de las animadoras.

—Empecemos a trabajar, que se nos hace tarde y seguro que cuando lleguen las pizzas no querrás continuar.

Tengo que cortar esta conversación. No me gusta el camino que está tomando, no me apetece hablar de mí y menos que él sepa tanto de mi vida. He conseguido pasar desapercibida durante mucho tiempo y el estar con las animadoras no va a hacer que eso cambie. Una cosa es bailar entre chicas y que apenas se note mi presencia, otra muy distinta es cantar.

Jackson entiende que no quiera hablar del tema, o eso parece, pues ha empezado a tomar apuntes.

Apenas cruzamos palabras durante el tiempo que estamos trabajando y agradezco que, tal como dijo mi madre, al fin suene el timbre y aparezca el repartidor. Jack va a recoger las pizzas y regresa con dos cajas. Hay una pizza pepperoni y otra de carne. Estamos más tranquilos y la conversación resulta más amena. Me cuenta cosas de sus entrenamientos, me habla de lo emocionado que está esta temporada, porque el entrenador ha conseguido que varios ojeadores vengan a los partidos; el del próximo sábado será muy importante para todos.

Me he comido varias porciones de pizza y estoy llena, lo cual agradece Jack, que ahora come sin remordimientos ni temor por dejarme sin nada.

—Estoy hasta arriba —anuncia después de tragarse el último trozo.

—No me extraña, no has dejado ni las migas.

Sin darnos cuenta hemos acabado sentados uno al lado del otro comiendo y compartiendo anécdotas de estos dos años en los que apenas hemos hablado.

—Tengo que alimentarme bien, los entrenamientos son muy duros y me consumen, y este cuerpo hay que mantenerlo en forma.

Le golpeo el brazo, él agarra mi muñeca y me atrae hacia sí. Le permito que me acurruque sobre su hombro y nos dejamos caer sobre la cama. La verdad es que echaba de menos días así con él. En otros tiempos solíamos pasar buenos ratos juntos y reírnos sin importarnos nada.

—Te quedas, ¿verdad? Por los viejos tiempos. Pongamos algo en la tele. Tu madre sabe que estás aquí, cuando quieras volver a casa solo tienes que cruzar el pasillo.

—Por los viejos tiempos.

Se levanta de la cama y sale de su cuarto a toda velocidad. Le escucho trastear en el salón y oigo cerrarse la puerta de la casa. ¿Adónde ha ido? Mientras vuelve recojo las cajas de las pizzas y organizo un poco las redacciones que hemos dejado a medias. Ya tengo el guion de lo que será la suya y él tiene el mío. Doy una vuelta por su habitación y me quedo frente el panel donde están las fotos. Hay una del equipo completo y del último partido que ganaron, el que los hizo campeones de la liga de institutos. Otra de las animadoras, otra de su familia, otra con Garret. La observo con cierta perplejidad. Hay algo extraño: ambos miran hacia delante, pero ninguno lo hace a la cámara, es como si observaran a alguien situado justo detrás del fotógrafo. Me encantan aquellas en las que sale haciendo muecas. En una de ellas está junto a las animadoras, haciendo el tonto. Me parece ver otra foto

detrás. Retiro la que me molesta y me sorprendo al encontrar una nuestra de hace mucho tiempo, cuando aún íbamos al colegio. Es la única imagen mía que hay en el tablón y me pregunto por qué está oculta.

Escucho de nuevo la puerta y dejo la fotografía donde estaba. A toda prisa, ocupo el mismo lugar de antes. Justo a tiempo, ya que acaba de entrar en la habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

—Toma. —Me lanza una bolsa y veo mi pijama dentro—. Le he dicho a tu madre que vamos a ver una peli y dice que no tengas prisa.

Asiento, porque la verdad es que me gusta la idea de quedarme. ¡Pensar que no quería ni entrar en la habitación y ahora vamos a compartir una peli y palomitas! Sí, palomitas también, porque en la otra mano trae un paquete enorme.

Se sienta a mi lado y coloca el paquete de palomitas sobre sus piernas. Coge el mando de la tele de la mesita de noche y pone Netflix. Me mira y me sonrío y yo siento que es el Jack de siempre, que solo mi vergüenza ha sido la responsable de que nos distanciáramos.

—Jack, lo siento. —Una enorme sonrisa se dibuja en su cara, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Ahora sí, Haley, ahora sí pareces tú.

Dejo que pase su brazo sobre mis hombros, como antes, y me acomodo en su pecho. Su respiración me relaja, el latido de su corazón es un ritmo suave y mis ojos comienzan a cerrarse. Después de mucho tiempo, me siento bien. Jack es un buen chico y un gran amigo.

CAPÍTULO 13



¿Cómo se puede cambiar tanto de la noche a la mañana? No lo sé, pero siento que ha sucedido, y para bien. Me he despertado en la cama de Jack, como cuando éramos pequeños, pero no hay nada indecoroso en ello, todo lo contrario. Me tenía entre sus brazos y cuando he abierto los ojos ahí estaba esa sonrisa suya que siempre me ha dedicado y tanto echaba de menos, sin siquiera darme cuenta.

He ido a mi casa y he desayunado con mi hermano, que tenía cara de pocos amigos y ninguna gana de hablar. Jack me ha dicho que me recogería para ir en su coche y que a partir de ahora me olvide del bus escolar, que tenemos que recuperar el tiempo perdido. Me gusta mucho la idea.

Así que vamos en el coche escuchando música; me agrada saber que seguimos manteniendo los mismos gustos y que podemos decirnos tantas cosas sin hablarnos. Parece que hoy será un gran día.

—Ya estamos, Hal. A por ello.

Salgo del coche y lo rodeo hasta encontrarme frente a él. Lleva esa gorra de baloncesto que tan bien le sienta y sé que sabe lo que voy a hacer. Era algo que formaba parte de nosotros y ahora que parece que todo vuelve a ser como antes, quiero recuperar las viejas costumbres. Salto y enrosco mis piernas en su cintura. Él deja escapar una carcajada, me aprieta contra su cuerpo y giramos.

—¿Sabes que estamos en el instituto? —dice, entre risas.

Me bajo de sus brazos y escondo la cabeza en su pecho. Mierda, si quería seguir pasando inadvertida lo que me quedaba de curso, yo solita me lo estoy poniendo bastante difícil.

—Vamos, no pasa nada, somos amigos y quien diga algo de ti se las tendrá que ver conmigo.

Varias personas se han quedado observando la escena que he montado. Entramos en el edificio y cada uno se dirige a su taquilla a dejar las cosas y recoger las que nos hacen falta para las clases. No voy a permitir que nada ni nadie me borre la sonrisa que llevo en la cara.

Al entrar en el aula me sorprende volver a ver a Sarah sentada junto a Kelly; nos miramos y nos sonreímos. Tiene que estar con ella unos días, me repito en mi mente, están haciendo un trabajo juntas y deben conocerse mejor. Miro la mesa que compartí ayer con Jack y está vacía, por lo que decido sentarme allí y ver si él decide ocuparla conmigo.

—Y parecía una mosquita muerta —la voz de Eliza llega hasta mis oídos—. Bueno, ella solita se lo está buscando.

—No le des más vueltas —le contesta Garret.

—¿Vas a ponerte de su parte? Porque espero que no —Eliza suena irritada.

Aunque estoy mirando al frente, intento concentrarme en la conversación que mantienen a mi espalda. Sin embargo, Jack aparece por la puerta de clase en ese momento y me dedica una estupenda sonrisa que me hace olvidar lo que ocurre a mi alrededor.

—Anoche te dejaste esto —saca una de mis gomas del pelo y se la quito rápidamente de las manos—. Estaba entre las sábanas, la vi esta mañana al hacer la cama.

Tomo su mano para que se siente rápido a mi lado. Lo que me hace falta ahora es que la gente sepa que hemos dormido juntos. Ambos sabemos que no ha pasado nada, pero no quiero tener que dar explicaciones a nadie.

—¿No podías esperar a dármela después? O decir otra cosa. —Miro a mi alrededor y mis ojos se cruzan con los de Eliza y Garret. Sé de sobra que lo han escuchado todo—. ¡Mierda!

—Tranquila, Hal. No hace falta ponerse así.

—Claro, porque tú serás un machote y a mí... a mí me dirán de todo —susurro las palabras para evitar que puedan seguir nuestra conversación.

—Ya te lo he dicho antes, eres mi amiga y no voy a dejar que nadie diga nada malo de ti. Lo he hecho siempre y no voy a dejar de hacerlo ahora.

Voy a preguntarle a qué se refiere, pero en ese momento entra el profesor y nos manda a todos callar y ocupar nuestro sitio. Cada vez que intento preguntarle a Jack a qué se ha referido con «lo he hecho siempre» me hace un gesto para que guarde silencio; ya hablaremos después.

Una vez que termina la clase, Jack se levanta y me pide que le espere. Garret, Eliza y Kelly van tras de él y Sarah se queda sola en su mesa. Decido aprovechar para hablar con ella.

—Hola, Sarah. ¿Dónde has estado estos días? No he sabido nada de ti. —Observa como me siento a su lado y algo en su mirada ha cambiado.

—Ya veo que tú con Jack... ¿Habéis hecho las paces sobre eso que no podías contarme? —noto ironía en su voz y no me gusta nada.

—Hacemos el trabajo juntos y lo que nos pasó fueron cosas de críos, nos ha venido bien lo del trabajo.

—¿Solo el trabajo?

Al parecer Sarah también ha escuchado el comentario de Jack sobre mi goma del pelo, pero no me importa. Simplemente me está molestando el tono que usa para hablarme; nunca me ha hablado así y no entiendo a qué viene.

—Sarah, nos conocemos los tres desde pequeños, sabes que sus padres y los míos son muy buenos amigos, no es la primera vez que pasamos la noche juntos —intento explicarle lo que ha sucedido, es a la única a la que me atrevo a decirle las cosas.

—Tú lo has dicho, no es la primera vez.

—¿Qué estás insinuando, Sarah? —Me podía esperar este comentario de cualquiera, pero no de ella.

—Ya hablaremos, Kelly está ahí.

Me levanto de la mesa y veo a Jackson esperándome en la suya. Tengo que apretar los labios para contener el sollozo que está a punto de escapar de lo más hondo de mi pecho. No hubiera imaginado algo así de mi mejor amiga. Llego a la mesa y, cuando estoy sentándome, una lágrima resbala por mi mejilla. No, ahora no. Cojo mi maleta y el cuaderno y salgo a toda velocidad de la clase. Escucho al profesor preguntar qué me pasa, pero no respondo, necesito salir de ahí y pensar qué puede haber cambiado entre Sarah y yo para que me haya tratado de esa manera.

Corro por el pasillo sin importarme quién está mirándome ni los comentarios que hacen a mi alrededor; quiero irme y esconderme, pero algo bloquea mi paso y unas manos me agarran por los hombros, evitando que choque contra la persona que tengo delante.

—¿Qué te pasa, Haley? —lo pregunta la persona a la que menos me apetece contárselo—. ¿Por qué lloras?

Pasa sus manos por mis mejillas para secar las lágrimas que no dejan de correr. Siento que no debería hacer esto, pero dejo que me rodee con sus

brazos y acaricie mi espalda. Es una sensación tan placentera que por momentos olvido lo ocurrido. Su olor traspasa todo mi cuerpo, el latido de su corazón me calma, esto solo podía hacerlo él.

—Vamos, salgamos de aquí.

Sigue manteniéndome entre sus brazos y abandonamos el edificio. Lo rodeamos y caminamos hasta el campo de baloncesto. Subimos hasta las gradas. No ha dicho nada, y yo me siento tan bien entre sus brazos que no quiero que esta sensación acabe.

—Siéntate. —Lo hago sobre unos ladrillos de obra que hay colocados debajo de las gradas, como si fueran un banco de piedra—. Puedes contarme lo que sea.

—No, Garret, no es tan fácil.

—Sé que no me he comportado como debería, sé que he sido un cabrón y no tengo excusas, pero créeme cuando te digo que me gustas de verdad. Lo que pasa es que no resulta fácil.

—No quiero hablar de eso ahora —levanto la mirada y me lo encuentro en esa postura desenfadada que tanto me gusta, apoyado en uno de los pilares de la grada.

—Pues dime qué te pasa.

—No quiero hablar de nada contigo —alzo la voz y aprovecho que no esperaba mi reacción para levantarme del improvisado banco y marcharme.

Doy varios pasos pensando que, por una vez, alguien me hace caso y deja que me desahogue sola, pero no, este no es el día. Garret toma mi mano y me obliga a darme la vuelta y mirarlo de frente. Me mira a los ojos: el azul de su mirada se ha oscurecido, se pasa la lengua por los labios y antes de que me dé cuenta los une con los míos y me sujeta la cara para que no pueda separarme de él. Pero no quiero hacerlo; dejo que me bese, dejo que saboree mi boca, porque de esta manera yo hago lo mismo con la suya. Rodeo su cuello con mis brazos y dejo que introduzca su lengua hasta que mil mariposas estallan en mi interior.

—Dios, tenía tantas ganas de volver a hacer esto.

Sus palabras hacen que vuelva a la realidad y en ese preciso momento la imagen de Eliza se dibuja en mi cabeza. No puedo hacer esto, no puedo besar a Garret, está mal, por mucho que esté enamorada de él hasta dolerme. Me separo y doy un paso hacia atrás para poner distancia entre nosotros, pero él no quiere que eso pase, porque intenta atraerme de nuevo hacia su cuerpo. Pongo mi mano en su pecho para impedirlo.

—Garret, no.

—Haley, ambos queremos, tú me gustas.

—¿Y Eliza? —Él niega con la cabeza, como si yo supiera qué es lo que pasa.

Se queda callado y me suelta. Sé que esta vez no va a impedírmelo, así que aprovecho y me voy de allí. Si tenía la cabeza hecha un lío por lo de Sarah, ahora sí que no sé lo que tengo que hacer. Miro la hora en mi móvil. La clase está a punto de terminar y lo próximo que toca es un ensayo con las animadoras. Hoy decidí no traerme el uniforme puesto, porque sigo sin sentirme a gusto con él, así que camino hasta la taquilla para cogerlo y ponérmelo en el baño.

Me meto en uno de los cubículos y en ese momento entra alguien riéndose. Sé que es de mala educación escuchar las conversaciones de los demás, pero esa risa la reconocería en cualquier parte: Eliza.

—¿De verdad os creéis que esa se ha acostado con Jackson? Porque yo no —es la voz de Kelly; al parecer son tres las chicas que han entrado.

—Pues es lo que él ha insinuado. Si no lo ha hecho, dime qué es lo que busca —le contesta Eliza.

—Popularidad —el pulso se me para y tengo que ponerme las manos en la boca para retener el grito que está a punto de escapar de mi garganta—, siempre ha sido así; si no, decidme qué es lo que buscaba de mí, porque le ha resultado muy fácil una vez dentro del equipo.

—Pero fuiste tú quien la recomendó, Sarah, y ahora no podemos echarla, el primer partido es este viernes y es muy buena.

Empiezo a marearme. Las oigo salir del baño y me siento sobre el váter. No he podido oír lo que acabo de oír. No de Sarah, ella nunca opinaría eso de mí, tiene que haber algo detrás que se me escapa. Termino de vestirme porque, aunque ahora mismo quisiera huir, no puedo dejarlas tiradas; he de asistir al ensayo, aunque ya no por ellas, sino porque me he comprometido a hacerlo.

El ensayo es extraño. Eliza se comporta conmigo como si no hubiera pasado nada, Sarah solo me dirige la palabra para decirme los fallos que he tenido, de una forma nada amable. Cuando terminamos vamos a almorzar y no sé dónde sentarme, porque la que para mí sigue siendo mi mejor amiga, hasta que sepa el porqué de sus comentarios, lo ha hecho al lado de las animadoras y no me apetece dedicarme a sonreír a comentarios falsos. Elijo

una de las mesas del final, una que está vacía, aunque no por mucho tiempo, pues Jack llega y se sienta a mi lado.

—No dejes que los comentarios te amarguen el día.

—Veo que sabes de sobra lo que pasa —le replico.

—El instituto no es tan grande como parece y sé que en parte ha sido culpa mía, lo siento.

—Pues yo sí que lo siento, porque me temo que estoy rodeada de hipócritas. —Miro al frente y veo que Garret se ha sentado entre Sarah y Eliza y ríe con ellas.

—Comamos y terminemos las clases que nos quedan, después te llevaré a casa.

Y hago exactamente lo que me dice. Comparto las clases junto a Jack e intento ignorar todo lo que pasa a mi alrededor. El que parecía que iba a ser un gran día se ha transformado en el anuncio de que va a ser el peor año de mi vida.

CAPÍTULO 14



Llego a casa y mis padres están el salón viendo dibujos animados con Ava. En otro momento me quedaría un rato con ellos, porque me encanta disfrutar de estos momentos tontos del día, pero hoy no estoy con muchos ánimos y tampoco me apetece contestar a preguntas para las que ni yo misma tengo respuesta.

Mi hermana viene corriendo hacia mí para que la coja en brazos. Tiene esa sonrisa tan bonita en la cara y un olor a niña pequeña que hace que con solo mirarla todo alrededor quede en un segundo plano.

—Hola, Laly. Hoy no vamos al parque, papá está malito.

Lo miro y me doy cuenta de que unas ojeras ensombrecen sus ojos. Su mirada es triste y cuando escucha a mi hermana decir que se encuentra mal fuerza una sonrisa. Me acerco a él, dejo a mi hermana sobre sus rodillas y deposito un beso en su frente. No tiene fiebre, pero me preocupa su aspecto demacrado.

—¿Ha pasado algo, papá?

—Nada por lo que preocuparse, mucho trabajo, nada más.

No me quedo tranquila con su respuesta, miro a mi madre y su mirada me deja algo más relajada, ya que sería incapaz de mentirme.

—Pues intenta descansar un poco. Yo me voy a mi dormitorio, tengo muchas tareas que hacer. Si me necesitáis, avisadme.

Entro en la cocina a por un refresco. Una vez en mi habitación, dejo las cosas sobre la cama y me pongo ropa cómoda. No me he quitado siquiera el uniforme de animadora después de los ensayos, pero la verdad es que no tenía ganas de meterme en el baño y volver a vivir otra escena como la pasada.

Saco el *pendrive* que me dio Jack esta mañana. Hay un resumen de lo que espera que sea su vida dentro de diez años y espero a que el ordenador se encienda para ponerme a trabajar en ello.

Cuando nos despedimos en la puerta de mi casa, Jack me preguntó si quedaríamos hoy para seguir trabajando y tuve que inventar una excusa. Debería preguntarle muchas cosas, pero no hoy. Antes he de aclarar mis ideas y escoger bien las preguntas para conseguir las respuestas que realmente necesito.

—Vaya, Haley. No me esperaba eso de ti. —Max está apoyado en la puerta de la habitación; lleva solo unos pantalones de chándal que descansan en sus caderas, el pecho desnudo y va descalzo.

—¿Qué quieres, enano? —digo, cabreada por la intromisión.

—Saber si es verdad lo que se dice por ahí. —Entra sin que lo haya invitado y me acerco a él para que no avance más.

—Si me dices de qué se trata, podré decirte algo.

—Solo sé que has llegado dos días con dos chicos distintos, la gente habla y quiero saber si es verdad.

—Me da igual lo que la gente diga, ambos se ofrecieron a llevarme —elevation la voz, cada vez más mosqueada por lo que está insinuando.

—No tienes por qué pagar conmigo tus enfados. —Se da la vuelta para abandonar la habitación, pero antes de hacerlo vuelve a mirarme—. Eres mi hermana y no me gustaría tener que partirle la cara a nadie.

Debo analizar toda la situación. No sé qué demonios ha pasado hoy para que todo se haya ido a la mierda. Joder, si llego a saber que todo esto ocurriría por arreglar mi amistad con Jackson me hubiera quedado como estaba. Solo hay una persona que puede darme alguna respuesta. Saco el teléfono de mi mochila y busco su nombre en la agenda. La tengo en las preferencias, así que voy a la marcación rápida y dejo que los tonos de llamada suenen a través del auricular. Es extraño que Sarah no conteste a la primera, lo que ha pasado no es normal, pero la conozco bastante bien como para saber que es de las personas que dan la cara.

Tras intentarlo varias veces más, dejo el móvil sobre el escritorio y decido concentrarme en la redacción. Cuanto antes la tenga preparada, mejor. Disfruto con ella porque compruebo que Jackson sigue siendo el mismo de siempre, pero ha evolucionado y madurado y me encanta leerlo. En el momento en que voy a repasar lo que llevo escrito, mi móvil vibra sobre la mesa y la pantalla se ilumina. Sarah acaba de mandarme un mensaje.

Sarah: No era el momento de hablar, si quieres me paso por tu casa.

Le contesto que sí y me dice que llegará en cinco minutos. Aviso a mis padres, para que cuando llegue pase directamente a mi habitación. Mi hermano se ha asomado a la puerta para ver qué estoy haciendo. Se ha cambiado de ropa; seguramente irá a dar una vuelta con sus amigos.

Sarah llega y se queda en la puerta, como esperando que la invite a pasar. Le hago un gesto con la mano golpeando el colchón para que se siente a mi lado y lo hace, aunque deja bastante distancia entre las dos; incluso coloca su bolso en medio.

—¿Qué es lo que pasa, Sarah?

Está nerviosa, lo sé; cuando se pone nerviosa no deja de tocarse la alianza de casada de su madre, que lleva desde que ella falleció.

—No sé a qué vino tu actitud esta mañana, pero sabes que puedes confiar en mí —continúo. No quiero decirle que la escuché en el baño, porque prefiero que sea ella la que se atreva a contármelo y me explique las razones de que hablara así de mí. No deseo perderla, no puedo perderla, es la única persona que me entiende.

—La clase iba a empezar y no podía decirle a Kelly que se cambiara de mesa. Todo el tiempo que pasemos juntas nos ayudará a que el proyecto salga lo mejor posible.

—Sabes que no me refiero a eso. Parece que te molesta que me vuelva a llevar bien con Jack.

—Lo llamas otra vez Jack —afirma, no pregunta—. Te ha venido genial ser animadora, ¿verdad?

—Sabes que lo estoy haciendo como un favor para el equipo. Si mi conciencia me dejara ya no pertenecería a él, no me gusta ser el centro de atención y lo sabes. —Me muerdo el labio para aguantar un poco más antes de decir todo lo que sé.

—Claro, no quieres llamar la atención, por eso un día apareces con Garret y otro con Jack —ha elevado el tono de voz y sé que al fin voy a saber qué le pasa—. Nunca te has relacionado con ninguno de ellos y mírate ahora, tonteando con ambos. Dime qué es lo que quieres. ¿Popularidad? Porque no es eso lo que vas a conseguir.

—¡No quiero eso! Es algo con lo que pueden quedarse Eliza y las demás, pero que esas palabras salgan de tu boca me duele, Sarah. Dime de verdad qué es lo que te preocupa.

En ese momento Max abre la puerta y se asoma.

—Se os escucha desde mi habitación, y seguramente papá y mamá también os estén oyendo. No están acostumbrados a escucharos pelear y no creo que os haga gracia que aparezcan.

Sarah se endereza y se recoloca el pelo. Me fijo en que sus mejillas se encienden y vuelve a jugar con la alianza de su dedo. Max se ha vestido y peinado, pero no se ha ido y empiezo a darme cuenta de que aquí hay algo más.

—Bajaremos el volumen, pero hazme el favor de irte y no meterte donde no te llaman.

Me hace un gesto obsceno con la mano y lo ignoro; se despide de Sarah y ella le sonrío. Necesito que arreglemos lo nuestro antes de preguntarle qué narices acaba de pasar, porque estoy segura de que me estoy perdiendo algo importante.

—Sarah, eres mi mejor amiga y eso no lo va a cambiar nada ni nadie. Sabes que me gusta ser sincera y quiero que sepas que os escuché a Eliza, a Kelly y a ti cuando hablabais en el baño. —Su mirada se enturbia y sé que está a punto de llorar—. Sé que no sientes lo que dijiste, porque si fuera de otra manera, ahora no estarías aquí.

—¿Aún soy tu amiga? —Una lágrima resbala por su rostro.

—La mejor. —Me acerco a ella y la abrazo.

—¿Y Jack?

—Él también es un buen amigo, pero no como tú. Solo a ti te puedo contar las cosas que me pasan, cómo me siento, qué necesito, porque solo tú sabes qué decirme.

—Perdóname... Yo... sentía que ahora que volvías a estar bien con Jack, acabaría en un segundo plano.

La abrazo más fuerte y le prometo que eso nunca va a pasar. Y pensar las vueltas que le he dado al asunto... Creo que de ser al revés, de haber estado yo en su lugar, me hubiera sentido incluso peor que ella. Odio esta faceta de inseguridad suya y comprobar que esta vez me he llevado la peor parte, pero tengo claro que lucharé siempre porque nuestra amistad no se pierda.

—Y cambiando de tema, ¿qué ha sido eso que ha pasado con mi hermano?

—Nada...

—No puedes engañarme, si fuera así ahora mismo no estaríamos aquí.

Duda, se levanta de la cama y camina hasta la puerta. Abre y comprueba que no hay nadie en el pasillo. Entonces se sienta de nuevo a mi lado; esta vez no hay obstáculos entre ambas. Está nerviosa por lo que tiene que contarme. No sé lo que será, pero empieza a contagiarme sus nervios.

—Prométeme que no te vas a mosquear. —Unimos nuestros meñiques en una promesa, como siempre hemos hecho—. Mis planes del domingo eran con tu hermano.

Me quedo sin palabras. Pensaba que solo se gustaban o algo por el estilo, pero de ahí a que hayan quedado... Esto es algo que me supera. Me levanto de la cama y empiezo a dar vueltas por mi cuarto. Tengo ganas de ir a buscar a mi hermano y traerlo de los pelos para saber qué narices ha pasado entre los dos. Sarah se levanta y me detiene.

—Haley, tranquila, no ha pasado nada.

—Ahora me dirás que no es lo que parece. —Se hace el silencio y Sarah vuelve a ponerse colorada—. Sarah, por favor, que es mi hermano pequeño.

—Solo un año —replica.

—Vale, yo no soy quién para meterme en nada de su vida ni de la tuya, pero hazme el favor de tener las cosas muy claras antes de hacer nada y...

—De contarle solo lo necesario.

Me encanta que me conozca tan bien; por algo es la única persona que puede acceder al puesto de mejor amiga. Ambas sabemos que tanto nuestra pelea como el asunto que se trae con Max tienen que quedarse en segundo plano, por ahora. Charlamos un poco más y le explico que el enfado entre Jackson y yo fue solo por un malentendido. Me entran ganas de explicarle lo que ha ocurrido con Garret, pero no quiero ponerla en el aprieto de que lo sepa cuando pasa cierto tiempo con Eliza, aunque la confianza que tiene en ella sea la justa. Una cosa son los besos que nos dimos cuando ellos no estaban juntos. Ahora es muy distinto, porque ahora sí lo están.

Nos despedimos hasta mañana y acabo prometiéndole que cuando salgamos del instituto iremos a su casa. Por lo visto necesito probarme el uniforme de gala para el partido del fin de semana y algo para la fiesta de después. Mi ropa sigue sin ser la adecuada. Me encanta que todo haya quedado en un malentendido.

§§§§§§§§*

Acaba un día más de clase. Si se ha hablado de mí, yo he pasado de todo. He ido al instituto con Jackson y las clases han sido bastante amenas. Finalmente he llevado puesto el uniforme para no tener que meterme en el baño a cambiarme de ropa. Las risas de Jack durante todo el viaje han sido ensordecedoras; continúa insistiendo en lo extraño que le parece que haya aceptado «semejante trabajo». No entiende que es un favor, pero me da igual; sé que en el fondo le gusta verme así, que de esta manera coincidimos más veces en el día y no es tan malo para su popularidad que lo vean hablando conmigo mientras lleve puesto el uniforme.

En el almuerzo, Sarah se ha sentado conmigo y hemos estado muy cómodas; Kelly ha pasado por nuestro lado y no ha dicho nada. Eliza, en cambio, me ha felicitado por el último ensayo, incluso me ha dado las gracias por la sugerencia que he hecho sobre un paso que se veía demasiado brusco. Sarah no ha soltado prenda sobre mi hermano y eso es buena señal, porque significa que si ha pasado algo no habrá sido nada malo. Jackson ha insistido en llevarnos a ambas a casa de Sarah al acabar las clases; solo nos tocará esperar a que termine su entrenamiento.

Cuando el timbre anuncia el fin de la última clase, los chicos del equipo salen a toda velocidad; el entrenador debe explicarles algo de la táctica que usarán en el partido. A mí, la verdad, nunca me ha llamado mucho la atención el baloncesto, pero me encanta oír a los chicos hablar con ese entusiasmo. Ponen la misma cara que yo cuando escucho una nueva canción en la radio o mi madre me trae un disco que le ha prestado algún compañero de trabajo.

—Dime en qué estabas pensando —la voz de Sarah me saca de mi trance—. Tenía que ser bastante interesante, por la cara que estabas poniendo.

—En música —me sincero. Quiero que sepa que le he perdonado lo de la escena del baño y que confío en ella.

—Deberías cantar más a menudo, lo haces muy bien.

Recojo la mesa y le propongo ir a ver entrenar a los chicos mientras esperamos a que Jack termine. Sarah respeta que no siga hablando del tema. Sabe que lo de cantar es un asunto tabú. La música ha pasado a la historia en mi vida excepto cuando me ducho, ya solo me concentro en sacar buenas notas, obtener el máximo de créditos y conseguir una buena recomendación para la universidad. El día que me toque elegir una, necesito que sea la mejor.

Nos sentamos en las gradas con un par de refrescos de la máquina dispensadora del comedor. Los chicos corren alrededor de la pista. Garret va gastando bromas a varios y a la cabeza del grupo están mi hermano y

Jackson. Max suele poner poco interés en las cosas, pero con el baloncesto parece haber encontrado algo que de verdad le importa. Al final del pelotón corre el chico nuevo, y justo cuando me quedo mirándolo vuelve la vista hacia nosotras y hace un gesto con la mano para saludarnos.

—El nuevo es muy raro —comenta Sarah.

Le doy la razón. Es cierto que no parece muy normal, pero hay algo en él que me hace pensar que puedo confiar. Sin darme cuenta, he empezado a compararlo con Jackson y Garret. No sé qué demonios está pasando, pero estoy deseando que esta semana acabe, que el partido pase y poder dejar el equipo de animadoras para volver a mi vida de siempre.

CAPÍTULO 15



Siento que mi vida está a punto de dar un giro de ciento ochenta grados. Apostaba a que este año sería tranquilo: Sarah y yo compartiendo pupitre en clase, ella con las animadoras y yo a lo mío, pero nada se parece a lo que esperaba. De repente me he visto formando parte de un grupo del que siempre intenté mantenerme alejada. He besado al chico que me vuelve loca, mi primer beso correspondido. Tal vez me hice demasiadas ilusiones y me monté ese tipo de películas en el que los protagonistas acaban siendo felices y comiendo perdices, pero la realidad tiene forma de muro y me he golpeado contra él. Dicen que si hay algo en la vida que no quieres que te pase, es mejor que ni lo pienses. Y aquí estoy ahora, sentada en las gradas del campo de baloncesto, viendo correr a los chicos, esperando a que Jackson nos lleve a casa de Sarah.

—¿Crees que pasará algo si dejo el equipo cuando pase el partido?

Mi amiga me mira sorprendida. Ha estado hablándome mientras divagaba y mi frase debe de ser lo que menos esperaba oír.

—¿Quieres hacerlo?

—No se trata de si quiero o no, es que debo hacerlo. Ese puesto no es para mí y me va a traer más quebraderos de cabeza que otra cosa. No voy a negar que me gusta bailar y que hay momentos en que me siento muy bien haciéndolo, pero toda la responsabilidad que conlleva no va conmigo.

—Vamos a ver, Haley. Estás en el equipo porque lo vales, no pienses que yo he tenido nada que ver. Di tu nombre porque te sabías las coreografías, tú sola te has ganado el puesto. —Se acerca a mí y sujeta mis manos—. Sé que dije palabras que te costará olvidar; yo sé que no quieres popularidad. De la misma manera entiendo que te cueste estar cerca de Eliza, sobre todo por su relación con Garret. Las demás chicas no tienen

personalidad, solo van a hacer lo que su capitana les diga y ya sabes que ella te quiere en el equipo.

Sopeso sus palabras. Solo llevo una semana y el primer partido es el más importante. Eliza se está portando demasiado bien y la verdad es que, conociéndola, no puedo bajar la guardia. El resto de las chicas no me importan. Sarah continúa.

—He sido una imbécil, porque en vez de aprovechar esto y pasar más tiempo contigo casi meto la pata y pierdo a mi mejor amiga. Así que no me gustaría que dejaras el equipo, aunque si es lo que sientes que debes hacer tendrás todo mi apoyo. Solo voy a pedirte una cosa: no tomes tu decisión hasta después del baile, por favor.

Asiento y me abraza. Sé que sus palabras son sinceras; aún me cuesta un poco confiar en ella como antes de que todo esto pasara, pero los años que hace que la conozco me dan experiencia de sobra como para saber cuándo habla con el corazón.

Decidimos ver los entrenamientos y me sorprende al darme cuenta de que apenas he seguido al equipo, incluso podría decirse que no entiendo casi nada de baloncesto. Cuando Max y mi padre se ponen a ver un partido en la tele soy de las que se levantan para hacer cualquier cosa con tal de no participar en una conversación que no entiendo para que acaben metiéndose conmigo. Sarah me explica varias cosas, pero se me escapa cuándo han de correr y para qué sirven las bases, así que me quedo observando e intento aprender todo lo que puedo.

Los chicos terminan y después de una charla con el entrenador se retiran a los vestuarios. Mi amiga y yo decidimos acercarnos a la salida para esperar a Jack. Al llegar sale mi hermano. Una sonrisa burlona se le dibuja en la cara cuando su mirada se cruza con la de Sarah. Ella se ruboriza y baja la cabeza para que yo no pueda verla, pero ya es demasiado tarde. Me hago la tonta y digo que me he dejado algo en las gradas para darles un poco de intimidación. Me va a costar asimilar lo que está pasando entre estos dos, pero tampoco soy quién para meterme donde no me llaman. Me alejo y disimulo buscando algo cuando una bola de papel me da en la cabeza. Me vuelvo para ver quién ha sido el idiota que la ha tirado y allí, de pie, delante de mí, está Garret con su fabulosa sonrisa, como si horas antes no hubiera pasado nada bajo estas gradas.

—¿Te ha gustado el entrenamiento? —dice mientras me agacho a recoger la bola de papel.

—No ha estado mal, pero veo que te vas quedando atrás durante los ejercicios. —Ha podido sonar malintencionado, pero así ha sido, y si puedo sacarlo de sus casillas pienso hacerlo.

—Tal vez es que me gusta esa posición. Teniéndolos delante puedo observar los puntos débiles de cada uno.

Me da la sensación de que está hablando de otra cosa y no de los entrenamientos, pero me niego a averiguarlo. Me dispongo a bajar de las gradas cuando él da un par de pasos hacia mí y me obstaculiza el camino. Intento pasar por un lado, pero vuelve a moverse, de manera que no puedo bajar. Pongo las manos en jarras sobre las caderas y golpeo el suelo con el pie, nerviosa.

—Haley, tenemos que hablar.

—No, Garret. Tú y yo no tenemos nada que decirnos. Cada vez que vuelves a eso las cosas empeoran. Estás con Eliza y me parece genial; en el fondo sabes que formáis la pareja perfecta y que yo solo soy un capricho.

—Te equivocas, eres más que eso; si no, dime, ¿por qué quiero besarte siempre?

—Porque estás acostumbrado a conseguir lo que quieres y un *no* se convierte en un reto para ti, pero yo me niego a ser eso. Me encantó la fiesta, me encantó compartir los mensajes contigo este verano, pero todo ha quedado atrás. Deberías darte cuenta de que ya tienes lo que necesitas.

Me mira y, como en la última fiesta, veo algo en su mirada que no me gusta. Doy un paso atrás para intentar poner distancia entre ambos, pero mis piernas golpean contra el asiento y acabo cayendo de culo en él. Garret aprovecha mi tonta caída para acercarse aún más y sujetar mis mejillas entre sus manos. El pulso se me acelera, pero esta vez no es por la pasión sino todo lo contrario. Como puedo pongo mis manos sobre su pecho para que le cueste más acortar la distancia que nos separa. Sé que con solo acercar su boca a la mía acabaré respondiendo a su beso, porque, aunque no sea lo que más me apetece ahora mismo, una vez que lo tengo cerca el mundo se detiene a mi alrededor y solo existe él.

—¿Interrumpo algo? —la voz de Jack suena a espaldas de Garret.

Garret me guiña un ojo: sé qué es lo que quiere, que no diga nada de lo que acaba de pasar.

—Pues no, no tienes nada en el ojo.

Me suelta la cara, no sin antes rozar mis labios con su pulgar, y se va como si no hubiera pasado nada. Jackson se sienta a mi lado. Espera que le

cuenta la escena, pero que ahora nos llevemos bien no significa que quiera hacerle partícipe de todo lo que me ocurre; yo tampoco sé lo que él hace o deja de hacer.

—¿Y Sarah? —le pregunto.

Mi amiga no ha venido con él y miro hacia la puerta por la que aún están saliendo algunos chicos. Ni ella ni Max están allí. Me pongo de pie, dispuesta a ir a buscarla.

—Se ha ido con Max y los chicos a tomar algo —me informa Jackson.

—¿Por qué no has ido tú?

—Me comprometí a llevarte a casa.

—Era a casa de Sarah, pero si ahora ella no está, te libero de tu promesa. Puedes ir con los demás, yo me voy a casa. —Jackson me agarra de la mano para que lo siga.

—Ni hablar, tú te vienes conmigo. Estarán allí todos los del equipo y las animadoras, tenemos que hablar de la fiesta de después del partido. —Intento zafarme de su mano, porque lo que menos me apetece ahora es estar con ellos—. No puedes negarte, sabes que soy todo un caballero y cumplo todas mis promesas, y esta se la he hecho a Sarah.

Veinte minutos después aparcamos la camioneta frente a la cafetería donde quedan siempre. Nunca he estado aquí, aunque Sarah ha intentado que la acompañe en muchas ocasiones. Miro mi atuendo y antes de que me dé tiempo a replicar, Jackson toma mi cara para que vea que dentro del local todas las chicas llevan puesto el uniforme de animadora. Esta vez no llamaré la atención, aunque sé de sobra que en cuanto me asome por la puerta todas las miradas se clavarán en mí.

Jackson, como viene siendo costumbre, toma mi mano y me guía hasta el grupo. Me siento junto a Sarah, que está diciendo algo sobre la decoración del gimnasio para el día de la fiesta, y al rato Jack me ofrece un vaso de café, un moca, con bastante chocolate por encima. Le dedico una amplia sonrisa al darme cuenta de que me conoce mejor de lo que esperaba después de dos años sin apenas relación.

—Y vosotros ¿desde cuándo estáis juntos?

Eliza nos mira a los dos y a continuación todo el grupo también lo hace. Me bloqueo ante la pregunta y me pongo nerviosa. Las palabras no salen de mi boca y dejo que sea Jack quien los saque del error, o al menos eso espero.

—Somos amigos desde siempre, pero...

—Desde hace dos días —termino la frase sin pensar.

Jack me mira con los ojos como platos, a Garret se le atraganta el sorbo de café y Eliza le da unos golpecitos en la espalda. Sarah aguanta una risita. Sabe que no soy de soltar estas cosas así como así, por lo que espero que se haya percatado de que acabo de marcarme un farol de los grandes.

—Pues me alegro un montón —dice uno de los compañeros —, hacéis muy buena pareja.

Se escuchan varios murmullos, pero Eliza se vuelve a encargar de llevar la voz cantante y llevar la conversación a su terreno, donde ella es la protagonista. Jack se acerca a mi oído.

—Me tienes que explicar algo, ¿no crees?

Lo miro y sé de sobra que, con el color que tendrá ahora mismo mi cara, no va a pedirme explicaciones. Sarah charla con mi hermano, que se ha hecho el tonto, cosa que agradezco. Estamos allí una media hora más hasta que Jack y yo, con tan solo una mirada, decidimos que ha llegado el momento de marcharnos.

En el camino hasta casa ninguno ha dicho nada y es mejor así. Dejamos el coche en el aparcamiento y subimos en el ascensor. Me pego a la pared del fondo y es él quien pulsa el botón de nuestro piso, pero a mitad del recorrido vuelve a pulsar y el ascensor se detiene entre dos plantas.

—¿Qué haces? —Intento darle al botón para que el ascensor se mueva, pero Jack obstaculiza el panel con su cuerpo.

—Esa pregunta debería hacerla yo. —Cruza sus manos sobre el pecho y noto que está cabreado conmigo.

—Lo siento, vale. No pretendía decir eso, me ha salido solo.

—Sabes que tú y yo no tenemos nada, ¿verdad?

Me quedo en silencio. La he vuelto a liar, ahora que volvía a tenerlo como amigo he metido la pata hasta el fondo y peor va a ser cuando todos los del café sepan que he mentido, que Jack solo se ha callado para no hacerme quedar como la mayor gilipollas del mundo entero.

—Vale, veo que eso lo tienes claro —continúa—, pero por alguna razón que se me escapa creo que para ti es importante que la gente piense que estamos juntos. A mí no me va a ser difícil interpretar el papel. —Lo miro y lo dejo hablar—. Por si aún no te has dado cuenta, me gustas, pero no me atrevía a decirte nada y menos después de lo que pasó. Esto va a ser más duro para mí que para ti, así que juguemos, eres mi amiga y si así vas a encontrarte mejor, pues seamos pareja.

—No tienes que hacer esto...

—Pero quiero hacerlo.

—Tendremos que pasar más tiempo juntos.

—Perfecto.

—Tendremos que disimular que somos una pareja de verdad.

—No hay problema.

—Tendrás que besarme, para que la gente se lo crea.

—Empecemos ahora.

Da un paso hacia mí y deajo que acorte la distancia. El corazón se me acelera y sin darme cuenta he acabado contra la pared del ascensor de nuevo. Jack ha apoyado su frente contra la mía, ha puesto una mano a cada lado de mi cabeza, ha acertado completamente el espacio entre ambos. Noto su aliento sobre mi rostro y sé lo que está a punto de pasar. Cierro los ojos, entreabro la boca y noto sus labios posarse sobre los míos. Son suaves. Me besa sin prisas, esperando que sea quien dé el siguiente paso. Solo tengo a Garret para compararlo y es tan distinto que no sé qué decir, pero para mí resulta una sorpresa; pego mi cuerpo al de él para sentirlo más, no es que no me guste, apoyo mis brazos sobre su pecho para notar el contacto de su piel y él responde con ardor. Me gusta, pero hay algo que falta.

El beso termina y tras separarnos observo que una amplia sonrisa cubre el rostro de mi amigo. Intento disimular como puedo mi sensación; lo único que puedo hacer es devolverle la sonrisa y darle la mano. Sé que esto puede hacernos mucho daño, pero es lo único que se me ocurre para alejar a Garret de mi lado. Necesito que entienda que, por muy capaz que se crea de conseguir lo que le dé la gana, esta vez no se saldrá con la suya. Lo único que sé es que ambos vamos a sufrir. Pero ¿cómo le digo a Jack que lo nuestro no va a funcionar porque no siento nada por él?

CAPÍTULO 16



Al despedirnos en la puerta de mi piso Jack me da un delicado beso en la mejilla; parece que entiende que esto es un juego y que las muestras de afecto solo deben ser en público.

Entro en casa y todo está en silencio. Max no habrá llegado aún y mis padres deben de estar en el parque con Ava. Cuando llego al salón veo un cuerpo tumbado en el sofá y un grito escapa de mi garganta.

—¡Joder, papá! No te esperaba ahí.

—Perdona, cariño. Estaba tan cansado que no he querido ni que la luz entrara en casa. ¿Dónde estabas?

Se incorpora y me sorprende que aún lleve puesto su traje de chaqueta. Se ha deshecho de la corbata, que reposa sobre la mesa. Su cara, como él mismo me ha anunciado, refleja el cansancio en forma de unas grandes ojeras.

Me acerco y me siento a su lado, lo ayudo a tumbarse de nuevo, con su cabeza sobre mis piernas, y comienzo a masajearle el cuero cabelludo.

—He ido a tomar algo con los compañeros, ¿estás mejor?

—Me alegro mucho de que hagas amigos, ya era hora de que salieras de esa burbuja en la que sueles esconderte.

Cierra los ojos y se relaja mientras paso los dedos por su pelo; es bastante más claro que el mío, un castaño casi rubio, y lo lleva con un corte moderno: tengo un padre joven que sigue la moda.

Nos quedamos un rato más así, hasta que me doy cuenta de que su respiración es más suave. Se ha quedado dormido. No ha respondido a mi pregunta y no puedo más que pensar que algo me oculta. Últimamente llega bastante cansado del trabajo y también se marcha más temprano; antes solía esperarnos para llevarnos al instituto, pero este año ni siquiera hemos hablado

de ello. Directamente nos entregó nuestro pase del autobús escolar y poco más.

Me relajo junto a mi padre; el día ha sido bastante largo. Entre todo lo que ha pasado en el instituto y mi no relación con Jack no hay espacio en mi mente para enfrentarme a los problemas de mi padre y su trabajo.

—Así me gusta, hermanita.

La voz de Max me despierta; abro los ojos y mi padre ya no está. Escucho ruido en la cocina. Mis padres deben de estar preparando la cena, lo que significa que he dormido más de lo que suelo permitirme.

Giro mi cabeza hasta toparme con Max. Como de costumbre, va medio desnudo, da igual el tiempo que haga. Podría empezar a nevar y él seguiría sin camiseta.

—¿Qué quieres?

Se sienta a mi lado y deja caer mi teléfono entre ambos. Sé que no ha podido ver nada, porque no tiene mi clave. Lo observo con cara de pocos amigos y antes de que pueda decir algo salta, a la defensiva.

—Tranquila, hermanita. No lo he mirado, solo te han llamado un par de veces y mamá me ha pedido que contestara por ti; al parecer, que tú decidas dormir a horas que no son normales no es un problema.

Desbloqueo con rapidez el teléfono y voy directamente a las últimas llamadas. Hay dos de Jackson y una de Garret, además de otra más de un número que desconozco. Espero una respuesta de Max. Cómo no, sé que me pedirá algo a cambio de decirme lo que quiero.

—Desembucha. —Le señalo con el dedo de forma amenazante.

—Si no lo hago, ¿irás con el cuento a mamá?

Aprieto las manos por no golpearle el pecho con todas mis fuerzas. Ya no es el niño que solía hacerme rabiar con tanta facilidad, pero sigue siendo demasiado infantil cuando se lo propone.

Pienso en alguna estrategia para conseguir que me diga de una vez qué es lo que querían Jack y Garret y, sobre todo, a quién corresponde ese número desconocido. Enseguida tengo la solución en la punta de la lengua. Espero no arrepentirme de usar esta arma.

—No creo que a Sarah le guste esta faceta de ti...

Se pone casi tan blanco como la pintura de la pared, se levanta del sofá y temo que he ido demasiado lejos, pero para mi sorpresa se vuelve a sentar y coloca los pies sobre la mesa. Si mi padre entrara en estos momentos se

llevaría una buena regañina. Toma aire; está pensando la manera de devolvérmela, pero ahora soy yo quien tiene la sartén cogida por el mango.

—Jack solo quería que supieras que ha dejado su redacción en tu correo.

Vale, sé de sobra que no se lo ha inventado, porque dudo que en los ratos que pasa con Sarah se dediquen a hablar de lo que hacen en clase. Lo miro esperando que me hable de las otras llamadas.

—Garret solo ha dicho que mañana podrá decirte lo que quería hacer por teléfono.

Pues si es lo que pretende, lo lleva claro, porque aunque estoy siendo un poco, o muy egoísta, no pienso separarme de Jackson en todo el día si con ello consigo alejar a Garret de mi lado. Y no es porque no me guste, sino que no soporto su ataque constante y que yo solo pueda estar cuando él quiere. Tiene a Eliza, ¿qué quiere de mí?

—Y el otro número era de... —digo, para que continúe.

Max se sienta recto en el sofá y baja los pies de la mesa, no sé si porque Ava acaba de pasar corriendo para ir al baño o porque esta llamada es más importante de lo que creía.

—No tengo ni idea. Descolgué y solo se escuchaba música de fondo y una respiración. Creo que tienes un acosador, hermanita.

Dicho esto, se levanta y me deja de nuevo sola en el salón. Ava vuelve y se acurruca a mi lado. Cada día está más grande y más guapa. Ojalá sea una chica inteligente y sepa poner a todo el mundo en su lugar, que no deje que nadie le tome el pelo.

Un poco más tarde entran mis padres y empiezan a dejar platos sobre la mesa. La cena está servida. Después de un par de gritos, Max decide volver a otorgarnos el privilegio de su presencia y, para mi sorpresa, ha decidido que una camiseta de los Red Sox es lo mejor para envolver sus nuevos músculos.

Cenamos en armonía y risas con las anécdotas que nos cuenta Ava sobre su colegio. Una de sus amigas ha acabado con plastilina en el pelo y dos horas más tarde ha regresado con sus preciosas coletas más cortas. Ella dice que a partir de ahora se niega a jugar con la dichosa plastilina «del demonio». Por hablar así se ha llevado una reprimenda de mamá mientras los demás no podíamos aguantar las carcajadas.

Max se va a su cuarto y nuestros padres aprovechan para pedirle que se lleve a Ava al suyo. Está a punto de quedarse dormida sobre los restos de su cena. A regañadientes, la coge en brazos y sale del salón haciéndole

pedorretas en la barriga. Aunque de vez en cuando se comporte como un idiota, con Ava le es imposible; siente pasión por ella, igual que todos.

—Papá, ¿estás más descansado? —digo, recordando cómo me lo encontré cuando llegué a casa.

—Sí, cariño. Ya sabes que tus masajes siempre me renuevan las fuerzas.

Mi madre lo mira, como indicándole que hable. Él coge su vaso de agua de la mesa y apura hasta la última gota. Luego se levanta, se dirige hacia la puerta y coge su maletín. Una sonrisa se dibuja en la cara de mi madre.

—Sabes que últimamente papá tiene unos horarios bastante raros y no puede ocuparse de vosotros como le gustaría —alarga una mano hasta enlazar sus dedos con los de mi padre—, pero todo nos parece poco para vosotros.

Mi padre saca unas llaves y las deja delante de mí. Al principio me parecen las de su coche, pero enseguida me doy cuenta de que hay un llavero con forma de lobo enganchado en un extremo.

—Sé que os estáis arreglando bien para ir a clase, pero te prometimos un coche por tu cumpleaños y, aunque con un poco de retraso...

Me levanto de la mesa y voy hacia ellos para darles un fuerte abrazo. Llevo esperando este día desde que cumplí los dieciséis y obtuve mi permiso de conducir. No voy a dedicarme a viajar por todo el mundo, aunque tampoco lo descarto, pero sentir que tengo mi propio medio de transporte, que no dependeré de nadie para desplazarme, es tan gratificante que rápidamente cojo a mi padre de la mano y tiro de él para que me lleve a ver mi coche. Y me da igual si la pintura es horrenda o si tiene cajas de botellines en vez de asientos.

Ellos sonríen y mi padre me pide que recojamos la mesa mientras mamá avisa a Max de que vamos a salir un momento. Tengo tales nervios que no sé si voy a vomitar o a gritar.

Cuando al fin salimos de casa, papá le da al botón del ascensor que lleva al garaje y estoy impaciente por llegar a la que está a punto de convertirse en mi plaza de aparcamiento. Cuando las puertas se abren miro a todos lados, en busca de algún coche que no haya visto nunca, pero o soy muy torpe o no distingo nada nuevo allí. Están el monovolumen de mis padres, el utilitario de Jack y el de los suyos, los supercoches de nuestros vecinos y... Al avanzar unos pasos, detrás de una columna, un guardabarros plateado destaca sobre todos los demás. Miro a mi madre y ella asiente con la cabeza.

Tal vez no es lo que esperaba como primer vehículo, pero una flamante *pick up* de color azul marino es ahora mi mejor amiga. La pintura ha pasado

mejor vida; sin embargo, al entrar descubro que la tapicería está prácticamente nueva y el olor que desprende es fresco.

Mi padre abre la puerta y se sienta a mi lado. Se nota que está encantado con verme disfrutar.

—Es de un compañero de trabajo —me explica mientras observo todos los detalles—; la tenía guardada en la granja de sus padres. Hemos tardado más en dártela porque queríamos que todo estuviera perfecto. Tal vez no sea el coche de tus sueños, pero es fiable, fuerte y estable.

Sé que mi padre se preocupa, ante todo, por mi seguridad. Me acerco y lo estrecho entre mis brazos, aunque él se adelanta y, antes de que pueda rodearlo por completo, me estrecha entre los suyos hasta casi dejarme sin respiración.

—Me he permitido poner el llavero, creo que te encantan esos animales y además, ahora que eres animadora y el lobo es la mascota de tu instituto, será un gran símbolo.

—Es perfecto, papá.

Volvemos a casa. Con lo nerviosa que estoy, esta noche me va a costar coger el sueño. Le mando un par de mensajes a Sarah, diciéndole que tengo algo que contarle, pero por alguna razón no le llegan. Le envío otro a Jackson. Mañana no voy a dejar que me lleve al instituto, seré yo quien lo lleve a él. Le digo simplemente que lo espero en el garaje a la misma hora en la que habíamos quedado que me recogería en casa. Quiero darle una sorpresa. Si se lo digo ahora es capaz de presentarse aquí. Solo ha de cruzar un pasillo.

Me despierto con energías renovadas. Ya avisamos anoche a Max de que a partir de ahora seré la encargada de traerle a casa. Le oí resoplar y decir que pronto tendrá el suyo. Tiene razón, solo ha de esperar un año más para conseguirlo.

Desayunamos y le meto prisa a mi hermano, pues pretendo que antes de que llegue Jack ya esté sentado en la parte trasera de mi *pick up*. Parece sorprendido cuando se acomoda en el asiento y deja caer todo el peso de su cuerpo sobre el respaldo. La tapicería, antes de cuero, es ahora una tela gris oscura mucho más favorecedora. Menos mal. La piel en los coches es algo que no va conmigo.

Veo salir a Jack del ascensor y sacar las llaves de su bolsillo mientras camina hasta su coche. Arranco el motor del mío y el rugido hace que se

vuelva hasta encontrarse con mi mirada. Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro y se dirige hacia la ventanilla de mi lado.

—¿Y esta carroza, princesa? —sus palabras son tan tiernas que no me sorprende cuando se inclina hacia mí y me da un suave beso en los labios.

Mi hermano carraspea a nuestra espalda. Así que, al fin y al cabo, este beso ha sido solo una parte de nuestro juego. Da la vuelta y se sienta a mi lado. Choca el puño con Max, un saludo que veo hacer normalmente a los del equipo de baloncesto.

Al principio me resulta extraño conducir un coche tan grande, pero Jack se encarga de guiarme para que esté tranquila y la verdad es que lo consigue. Aparcamos en la plaza que él suele ocupar y todo el mundo se queda mirándonos. Ya no sé si es por el coche o porque ha corrido la voz de que *estamos juntos*. Jackson rodea la *pick up* hasta ponerse a mi lado, toma mi mochila junto a la suya y se las cuelga al hombro. Con el otro brazo rodea los míos y caminamos hacia el interior, sabiendo que muchos ojos nos observan.

—Que empiece el juego —susurra en mi oído—. Ahora somos la novedad en el instituto.

Y sin comerlo ni beberlo, me acabo de convertir sin ayuda de nadie en el centro de atención.

CAPÍTULO 17



Mi hermano pasa a toda velocidad por mi lado. Nosotros, en cambio, parece que nos recreamos en el camino. Miro a Jack y sé que está disfrutando con esta novedad. Ayer me lo dejó claro, yo le gusto y tengo la sensación de que esto es algo más que un juego para él, pero ahora mismo no me quiero preocupar por eso. Quiero llegar a clase, sentarme en mi pupitre y enterrar la cabeza en los libros hasta la hora de irnos de nuevo.

Llegamos a nuestras taquillas y, nada más cerrar la mía, tengo a Sarah a mi lado. Mira a Jackson y me mira a mí, varias veces, y noto como su boca se va abriendo más a cada giro de cabeza que da.

—Te van a entrar moscas. —Jack le da un golpe en la barbilla.

Sarah le dice algo que ni siquiera llego a entender, porque cuando quiero darme cuenta está tirando de mi muñeca hasta que me mete en el baño. Creo que en estos primeros días de instituto he pisado estos baños más veces que en todos los años que llevo viniendo.

Mi amiga comprueba que no hay nadie en ninguno de los cubículos, vuelve a la puerta y apoya la espalda sobre ella para que nadie pueda entrar. Se me escapa una risa tonta por lo cómico de la situación. Esta sí es la Sarah que yo conozco: impulsiva, nerviosa y un poco cotilla. Me mira y levanta su índice, señalándome, intentando articular el sinfín de palabras que ha debido de acumular en su cabeza.

—Vamos, suéltalo ya —digo para intentar ayudarla.

—Tú... tú... —balbucea y toma aire; ahí vienen las preguntas—. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? Y, sobre todo, ¿por qué yo no tenía ni puñetera idea de nada? ¡Se supone que somos las mejores amigas y estas cosas se cuentan!

Me quedo pensando en sus palabras y de manera automática me viene a la cabeza la imagen de ayer en el café, mientras ella estaba sentada junto a Max. Recuerdo también que me confesó que el domingo anterior había hecho planes, aunque entonces no me lo dijo. Y su repentino cambio de actitud delante de las animadoras. ¿Y de verdad soy yo la que oculta información? Yo sí he sido siempre sincera con ella, qué demonios. Había pensado contarle que lo mío con Jack es una farsa, que no hay nada entre nosotros, pero he perdido la confianza que tenía en ella. Ya no es la misma, me siento como si nuestra amistad no fuera la de siempre, y por primera vez desde que la conozco voy a decirle una mentira o, tal vez, para no sentirme tan mal, le ocultaré parte de la verdad.

—Es que no hay nada que contar, solo llevamos dos días y estamos conociéndonos.

—No me lo creo —dice, irritada—. Que me digas que estás conociendo a alguien que ves a diario e incluso con el que has dormido en la misma cama, como que no me lo creo. Además, ¿desde cuándo te has olvidado de Garret?

Sus palabras me martillean en la cabeza; a veces olvido que me conoce mejor que nadie, pero si quiero que este teatro que Jack y yo hemos montado funcione nadie debe saber nada, incluso ella debe estar excluida. Así que haré lo único que creo que puede librarme de darle más explicaciones.

—Nadie ha dicho que me haya olvidado de Garret. Sabes lo que he sentido por él, joder, lo que sigo sintiendo, pero no pienso quedarme estancada en el pasado. Le gusto a Jackson, ¿por qué no puedo intentarlo con él?

Sarah me mira a los ojos con intensidad; creo que hay algo que se me escapa. Finalmente me hace un gesto con la cabeza y se acerca para abrazarme. Hacía tiempo que no sentía sus brazos rodeándome y después de lo que ha pasado entre las dos siento que este abrazo es lo más sincero que podría demostrarme.

—No quiero que te hagan daño, Haley. Sé que últimamente no he estado ahí como antes, pero te prometo que cuando me necesites, estaré. —Seca unas lágrimas que resbalan por mi rostro; sé que le he mentado, pero aun así no puedo desvelarle aún todo lo que hay detrás—. Te propongo una cosa. Me da igual Kelly hoy, quiero que tú te sientes a mi lado.

Salimos de los baños, justo cuando los últimos alumnos corren por los pasillos para llegar a clase antes que los profesores. Y nosotras, por los pelos,

conseguimos lo mismo. El pupitre que ocupa Jack está esperándome, pero al verme llegar de la mano de Sarah se levanta y se dirige a la parte de atrás de la clase, con el resto de los compañeros de equipo que comparten esta misma asignatura. Así nos deja el sitio a las dos.

Sarah se acerca a la mesa y me parece ver que le está pidiendo disculpas a Kelly por este contratiempo, o algo parecido; solo sé que la dichosa animadora me mira con cara de pocos amigos y tira de uno de los jugadores que está hablando con Garret hasta que lo sienta a su lado.

Las clases, por primera vez, son como siempre han sido: comparto mis apuntes con Sarah, nos reímos de mil y una tonterías, incluso cuando los del equipo se dedican a tirar pelotitas de papel con el tubo de sus bolígrafos y se quedan pegadas en la pizarra tras pasar sobre la cabeza del profesor, que no se entera de nada.

Al fin, el timbre anuncia el descanso para el almuerzo y Jack se acerca hasta nosotras. Trae una preciosa sonrisa y sé que está esperando que le haga alguna señal para saber qué hacer.

—¿Vamos a comer?

—No hay mejor compañía que la tuya. —Me tiende la mano para ayudarme a levantarme de mi asiento.

Miro a mi amiga, que hace el gesto de meterse los dedos en la boca y vomitar. Sí, tal vez ha sonado un poco empalagoso, pero la verdad es que me encanta cómo me trata Jack. Yo que pensaba que era un musculitos sin cerebro... En solo dos días me ha demostrado lo muy equivocada que estaba.

—Venga, Sarah, comamos algo.

Mi amiga recoge sus cosas y se coloca a nuestro lado mientras cubrimos la distancia que nos lleva hasta el comedor. Varias personas cuchichean a nuestro paso. Jack ha vuelto a hacer lo mismo que cuando bajamos de mi coche: ha rodeado mis hombros con su brazo y se niega a que cargue con nada de peso. Creo que se ha escapado de un libro de época o algo así, porque los caballeros ya no existen.

—Hay algo que tengo que decirte —le anuncio entusiasmada a Sarah—. Ya he recibido mi regalo de cumpleaños.

—¡No!

—¡Sí!

Y como si tuviéramos un muelle en el culo, ambas nos levantamos de nuestros asientos para abrazarnos y empezar a dar saltos. Vale, lo sé, he dicho muchas veces que no me gusta llamar la atención, que me encanta pasar

desapercibida, pero hace meses que espero tener mi coche, y además ya estoy siendo el centro de atención por razones más obvias: soy la actual... llamémoslo novia de Jack; un poco más de popularidad tampoco me va a hacer daño.

Sarah me pregunta qué coche es, y cuando le digo que una maravillosa *pick up* me dará la independencia a partir de ahora, se pone loca de contenta.

—Tampoco es para tanto —la voz de Max suena a mi espalda y él me arrebató a mi amiga de mis brazos—, el año que viene tendré un coche mejor y podré llevarte a donde te apetezca.

Para mi asombro, y creo que para el de la mayor parte de las personas que están ahora en el comedor, Max coge a Sarah por la cintura hasta que sus cuerpos están totalmente unidos y le da un beso de esos de película. Os juro que si a mí me besaran así acabaría levantando el pie de forma tonta e inclinando parte de mi espalda hacia atrás para poder disfrutarlo al máximo.

Cuando termina de besarla, mi amiga está roja como un tomate y Max sale de allí con una sonrisa de oreja a oreja. No sé lo que se trae entre manos, pero conociéndolo, intuyo que esto no es un capricho pasajero y que Sarah le gusta de verdad.

Decido no opinar, pues al fin y al cabo yo también estoy ocultando información. Jack se levanta y se despide de mí con un suave beso en los labios, nada de lo que acaba de recibir Sarah, y un pellizco de envidia se instala en mi pecho aunque no puedo pedirle más, sobre todo cuando está haciendo esto por mí sin exigir ningún tipo de explicación. Se marcha al entrenamiento que han programado. La próxima clase se ha suspendido, por lo que tendré un rato para estar con Sarah.

—Chicas, nos vamos. —Eliza se coloca a nuestro lado—. Hay que aprovechar y ensayar un poco más; todo tiene que estar perfecto para el partido.

Se aleja de nosotras, seguida por las demás animadoras, y mis planes acaban en el mismo sitio que el resto de la comida de mi bandeja, en la basura. Sarah se levanta y se alisa la falda. Menos mal que le hice caso y hasta nuevo aviso este uniforme va a ser mi indumentaria.

Estamos en el gimnasio y hemos colocado unas colchonetas en el suelo. Eliza quiere probar un paso nuevo bastante arriesgado; no sé cómo se atreve a tan pocos días del partido. Pretende hacer una pirámide al final del número; ella se colocará en lo más alto y meneará unos pompones que nunca hemos usado y de los que mejor ni hablar, porque no tengo ni idea de cómo

menearlos. Me ha gritado unas cuantas veces porque dice que los míos no van al compás. Su actitud amigable se ha evaporado de la noche a la mañana y creo que mi falsa relación con Jack tiene algo que ver. No le voy a dar el gusto de que me vea enojada; seguiré comportándome como una animadora más hasta que pueda decirles adiós sin sentirme una mala persona.

—¡Pero qué mierda es esta! —grita a mi espalda cuando mis brazos están empezando a tambalearse a causa de la presión y los nervios.

En otro momento me hubiera vuelto y me habría quedado muy a gusto diciéndole las cosas que pienso de ella y de sus malditos pasos. Tomo todo el aire que mis pulmones son capaces de abarcar y me muerdo la lengua. Solo dos días más y toda esta tortura habrá terminado, me repito una y otra vez como un mantra, para poder cumplir la promesa que le hice a Sarah, pero cada día tengo más claro que este no es mi sitio.

Salimos sudorosas del gimnasio con la hora pegada para llegar a la siguiente clase. Sarah camina a mi lado recitando no sé qué malditos números para que a mí me queden claras las posiciones de subida y de sujeción; no entiendo cómo siendo de las más bajitas del grupo han decidido que he de colocarme en una de las posiciones de base.

Necesito un respiro, así que me paro en una de las máquinas dispensadoras para comprar una botella de agua. Sarah se ha adelantado para asegurarse de que nuestro pupitre no va a ser ocupado por nadie. Busco monedas en el interior de mi monedero; ni siquiera nos ha dado tiempo a ir a la taquilla a por la maldita tarjeta para las máquinas.

—Joder, no tengo ni una mísera moneda. —Golpeo con la mano el dichoso aparato y alguien pasa la suya por debajo de mi brazo hasta introducir su tarjeta.

Me vuelvo y me encuentro de frente con Garret. Su estupenda sonrisa y sus ojos azules me traspasan el alma. Viene sudado y agotado por el entrenamiento; al parecer no es el único al que han exigido más. Marca la combinación y una refrescante botella de agua cae en la cesta de recogida. Se agacha y la recoge. La abre y, cuando creo que se la va a llevar a los labios, me la ofrece. Me he quedado hipnotizada con cada uno de sus movimientos.

—¿Sabes qué? —dice mientras tomo un sorbo de agua—. Cuando te enojas me gustas más.

¿Conocéis las bocas de incendio de la calle? ¿Cuándo sufren un accidente y empiezan a expulsar agua por todas partes? Pues yo me acabo de convertir en una de ellas. El agua se me va por otro lado al escucharle y la

expulso hasta por los ojos. Garret, asustado, porque me debo estar poniendo roja como un tomate y el aire no llega a mis pulmones, me da suaves golpecitos en la espalda hasta que, poco a poco, empiezo a notar como el oxígeno vuelve a mi cuerpo.

—Tranquila, fierecilla. —Me percató de que aún tengo la botella de agua en la mano y la levanto en alto hasta derramar todo el contenido sobre su cabeza.

Unas risas llegan hasta nosotros y ambos nos volvemos para ver quién es, pero cuando lo hacemos ya está entrando en clase sin que hayamos podido averiguarlo. Garret se seca la cara y meneaba la cabeza haciendo que las gotas de agua se disparen en todas las direcciones y me salpiqueen de arriba abajo. Nos miramos y no decimos nada más. Él se aleja de mí y entra en clase. Yo me quedo de pie, junto a la máquina, y pensando en quién se habrá reído así de lo que nos ha ocurrido, qué parte de la conversación habrá escuchado. Yo no he dicho nada, pero Garret...

CAPÍTULO 18



Me paso las clases que quedan mirando alrededor, por si alguien se delata y consigo averiguar quién es la persona que nos ha visto juntos en el pasillo. Llevaba ropa de deporte, aunque ese dato no es muy concluyente teniendo en cuenta que casi todos veníamos de entrenar. Las chicas quedan descartadas; unas venimos al instituto con la falda de animadoras y el resto no usan ropa deportiva. Creo que la risa es la única pista que tengo.

—No te amargues por Eliza, sabes que tiene días. —Sarah me da un toque en el hombro.

La miro con cara de no entender lo que me dice; la verdad es que estoy perdida en mis pensamientos y en las palabras que me ha dedicado Garret. No es la primera vez que me dice que le gusto, pero, si es sincero, ¿por qué narices sigue con Eliza?

—No le des más vueltas, lo estabas haciendo genial, solo es envidia porque Jack se ha fijado en ti.

—Pero ella está con Garret.

—Eso no quita que no quiera que todos los tíos de este instituto estén loquitos por ella, y de la noche a la mañana te has convertido en su rival.

—¡Yo no he pedido esto! —levanto la voz, mierda, esto no es lo que quería.

El profesor nos llama la atención y permanecemos calladas hasta que el timbre anuncia el fin de las clases. Sarah me anuncia que debemos ir a su casa; aún no me ha dado el uniforme de gala, como ellas lo llaman.

Cuando Jack se acerca a nuestra mesa le cuento los planes. Él puede apañarse para que cualquier compañero lo lleve a casa o coger el bus. No quiero dejarlo tirado, pero Sarah lleva todo el día preocupándose por mí, intentando que las cosas vuelvan a ser como antes. A la salida busco a mi

hermano, que también iba a venir en mi coche, pero mi amiga ya le ha mandado un mensaje avisándole del cambio de planes, así que ya no tenemos que preocuparnos por nada más. Podemos irnos.

El padre de Sarah no está en casa. Trabaja muchas horas desde que la madre falleció, hace ya cinco años. A veces se pasa días enteros sin verlo. Sé que le gustaría tenerlo más cerca. Cuando Sarah habla de su nueva situación familiar, la tristeza le inunda la mirada. Tras morir su madre a causa de una extraña enfermedad se tiró casi un mes sin salir de casa, llorando cada noche. Un día cambió el chip y se convirtió en la chica que es ahora. Se apuntó al equipo de animadoras y dibujó una sonrisa en su cara que no se ha apagado desde entonces. No he vuelto a verla triste ni mosqueada, ni a ver aquellas lágrimas en sus ojos.

—¿Quieres tomar algo? —Entramos en la cocina y saca un par de latas de refresco de la nevera—. Vamos a mi cuarto, tengo una sorpresa para ti.

Cojo la lata y la sigo hasta su habitación. Me encanta venir aquí. Me siento como en mi propia casa. El cuarto de Sarah es muy acogedor, las paredes están pintadas de color rosa palo y unas cortinas de un rosa más llamativo decoran las ventanas. Es como estar en una nube de algodón de azúcar. Sí, el rosa, en todas las tonalidades que existen, es su color preferido.

Dejamos las cosas sobre su escritorio y me pide que me siente en la cama mientras se pierde en su vestidor. Su casa, a pesar de tener una habitación menos que la mía, es como dos veces más grande. Mientras yo dispongo de un diminuto armario que está medio vacío, ella tiene un enorme vestidor al que le falta espacio.

Varios minutos más tarde entra de nuevo cargada con dos bolsas de ropa y las deja a mi lado. Mi boca se abre en un círculo perfecto y las palabras no logran salir. Un precioso uniforme, exactamente como el que ahora mismo llevo pero con lentejuelas que decoran las iniciales HSB, se materializa ante mis ojos. Pero eso no es todo: en la espalda está el lobo que representa a nuestro equipo bordado con hilos superbrillantes y mi nombre decorándolo alrededor. Lo tomo en mis manos y me emociono al ver que Sarah se ha preocupado por cada detalle.

Saca la falda de la bolsa y es perfecta. Con esta no he de usar los pequeños *shorts* que llevo a diario, porque lleva unos cosidos en su interior, pero el detalle que más me llama la atención es que en la zona trasera, también en los diminutos *shorts*, las iniciales de nuestro instituto están bordadas con esos hilos tan llamativos.

—Tía, esto es la hostia.

—Bueno, pero la sorpresa no ha acabado. —Me pasa la otra bolsa y las manos empiezan a temblarme mientras bajo poco a poco la cremallera hasta descubrir un vestido negro de gasa semitransparente, con cuello de barco y manga larga. Corto, muy corto, y precioso. Lo toco y el tacto es tan agradable que estoy deseando probármelo. Estos son los detalles de Sarah que tanto me gustan.

Dejo el vestido sobre la cama, para no arrugarlo, y me lanzo a sus brazos. Ella me devuelve el abrazo. Sé por su risa que está igual de emocionada que yo.

—No puedes regalarme esto —digo, tomando de nuevo el vestido en mis manos.

—Puedo y lo he hecho. Es la primera fiesta del instituto a la que vas a asistir ¡y encima con novio! Porque te lo ha pedido, ¿no?

Jack no lo ha hecho, así que niego con la cabeza. Sarah se levanta a toda velocidad de la cama y empieza a rebuscar en el interior de mi mochila. No hago ni el intento de levantarme para evitar que siga buscando, porque sé que no servirá de nada.

Cuando al fin ha encontrado lo que quería, mi móvil, se sienta a mi lado y me lo pone en las manos. Antes de que me diga lo que quiere que haga, ya estoy negándome en rotundo. No pienso llamarlo y ser yo la que le pida que me acompañe al baile. Ambos estaremos allí, yo como animadora y él jugando su primer partido de la temporada, así que no hace falta.

—Vas a mandarle un mensaje. —Sigo meneando la cabeza con una clara negativa—. Escúchame y después podrás darme las explicaciones de por qué no quieres hacerlo.

Me quedo mirándola porque, como de costumbre, no me da otra opción, pero tengo un as guardado en la manga, así que la dejo explicarse.

—Le vas a enviar un mensaje y le vas a preguntar qué va a llevar puesto a la fiesta, dando por sentado que vais juntos. Mientras esperas su respuesta, vas a ponerte este maravilloso vestido y yo te haré una foto. Según lo que responda veremos qué hacer con ella.

—¿Tú no eras la que me decía que debía aprender a tomar mis propias decisiones? —le reprocho, al fin.

—En esto no voy a dejar que la tomes, porque no quiero que pierdas la oportunidad de disfrutar de la que puede ser una de las mejores noches de tu

vida. Tienes que ir con Jack a esa fiesta, tienes que demostrarle a todo el mundo lo que vales y no voy a parar hasta que lo hagas.

Y, efectivamente, no para. Diez minutos más tarde ha conseguido que envíe ese mensaje. Finalmente he comprendido que debemos ir juntos, aunque sea la farsa más gorda de mi vida, porque si aparecemos en la fiesta por separado la gente se dará cuenta de que no somos novios.

Después Sarah me ayuda a ponerme el vestido y me deja unos preciosos zapatos con tiras negras y un tacón demasiado fino y alto. Me da la sensación de que si me caigo de estos zapatos acabaré abriéndome la cabeza o rompiéndome algún hueso.

Cuando me está recogiendo el pelo, un mensaje suena en mi teléfono y ambas damos un salto para cogerlo, pero mi amiga es más rápida que yo y se pone a dar saltos de alegría sin dejarme ver la respuesta. Cuando al fin puedo quitarle el móvil entiendo su euforia.

Jack: Mi mejor sonrisa porque tú irás de mi brazo.

Sarah termina de arreglarme el pelo a toda velocidad y sin permitirme siquiera que me mire al espejo me toma una foto con el teléfono y sé que antes de que le diga que no se le ocurra enviársela su dedo estará pulsando el dichoso botón.

Nos sentamos juntas de nuevo en la cama y ponemos el móvil entre ambas. No nos da tiempo siquiera a soltarlo cuando el mensaje está iluminando la pantalla. Ahora estoy nerviosa porque, aunque Jack no me gusta, siempre sienta bien que a una la piropeen.

Jack: Tener que esperar va a ser una tortura. Espero estar a la altura de tanta belleza.

—Haley, este tío esta loquito por ti, no lo dejes escapar.

Las palabras de Sarah me acaban de poner el vello de punta. Si es verdad lo que dice no quiero seguir con el juego de que es mi novio, no quiero hacerle daño. Necesito hablar con él y explicarle por qué se me ocurrió la tontería de decir que estábamos juntos.

Me levanto de la cama y empiezo a cambiarme de ropa. A Sarah le digo que se ha hecho demasiado tarde y necesito volver a casa, con la excusa de que es mi primer día con el coche nuevo y me da miedo conducir de noche.

Otra mentira más, pero son necesarias si no quiero que nadie se entere del gran teatro que estamos representando Jack y yo.

Recojo las cosas y me despido de mi amiga. Una vez sola en mi coche, llamo a Jack, pero no me contesta. Seguramente esté en su casa, así que decido ir allí para hablar con él. Tengo que parar esto antes de que se me vaya de las manos.

CAPÍTULO 19



La verdad es que me gusta conducir mientras los rayos del sol se pierden por el horizonte. Ahora mismo quiero que esta sensación de perseguir al sol, aunque sea a través de los edificios de la ciudad, se repita cada día.

Aparco en mi nueva plaza. Mis padres se las han ingeniado para que sea amplia y no tenga que maniobrar mucho. Recojo del asiento trasero el vestido y los zapatos que me ha regalado Sarah. Gracias a ella no tendré que gastar nada de mis ahorros en buscar unos a dos días de la fiesta.

Miro mi móvil y compruebo que Jackson no ha visto ni mis llamadas ni el mensaje en el que le decía que me pasaría por su casa. No sé qué estará haciendo, pero necesito hablar con él y voy a intentarlo.

Llego a la planta donde están nuestras viviendas y me dirijo al final del pasillo. Llamo a la puerta y su madre me abre con una sonrisa de oreja a oreja. Es una mujer preciosa, con un largo cabello de color ceniza y un cuerpo sumamente cuidado. Se nota que se preocupa por su imagen.

—Hola, Sarah —dice, invitándome a entrar—. ¿Necesita algo tu madre?

—No, solo venía buscando a Jackson. ¿Podría decirle que saliera un momento, por favor?

La sonrisa hace que se marquen dos preciosos hoyuelos en sus mejillas. Jack tiene a quién parecerse.

—No está, cielo. Esta noche se queda en casa de Garret.

Solo escuchar ese nombre hace que hasta las piernas me tiemblen. La madre de Jack ha debido de notarlo, porque me ha sujetado por el codo para ayudarme a mantener el equilibrio.

Me despido de ella intentando disimular mi nerviosismo y mientras camino por el pasillo hasta llegar a casa mil imágenes se me vienen a la cabeza. ¿Será capaz Garret de contarle que nos hemos liado? No, no lo creo,

él tiene mucho más que perder que yo. Venga, no seas tonta, qué va a perder él, un chico popular que lo tiene todo. Seguramente se rían de lo que pasó y de mí.

Entro en casa y mis padres están sentados en el sofá. Me dicen que hay unos sándwiches en la cocina por si quiero cenar. Les hago un gesto con la cabeza para responderles que no me apetece nada, que prefiero ir directamente a mi habitación. Me piden que no haga ruido, Ava ya está acostada y Max en su cuarto con un compañero, seguramente uno de esos friquis de su grupo de informática avanzada.

Me meto en mi habitación y cierro la puerta tras de mí. Al menos mis padres, cuando ven que está cerrada, respetan mi intimidad. Me deshago del uniforme de animadora y lo meto en la cesta de la ropa sucia. Estoy deseando que pase el fin de semana para recuperar mi rutina y seguir siendo esa chica que a nadie le importa, pero antes necesito hablar con Jack, si es que quiere seguir siendo amigo mío después de lo que Garret le haya podido contar.

Enciendo el ordenador para intentar avanzar en el texto de la redacción, pero no consigo concentrarme y decido buscar un libro en mi estantería; creo que he podido leer cada uno de ellos al menos dos veces. Paso los dedos por los lomos, leyendo los títulos. No me decido; una historia romántica no es algo que me venga muy bien en estos momentos, para qué si yo nunca voy a tener mi historia con final feliz. Jamás estaré con Garret, aunque durante los meses de verano llegara a pensar lo contrario.

Finalmente tomo uno que me gustó mucho y me tumbo en la cama. Al abrirlo, encuentro entre las páginas una foto de Sarah y mía de hace algunos años. Estamos las dos sonriendo en el parque, con este mismo libro entre las manos, pues ella me lo regaló entonces, y cuando imprimí la foto supe que iba a ser el mejor marcapáginas.

El sueño empieza a atraparme y lo sé por las dos veces que el libro se ha resbalado de mis manos y me ha golpeado la cara. Coloco la foto en la última página leída y entro en el baño, que comparto con Max. Tiene dos puertas, una comunica con su cuarto y la otra con el mío. Pongo el pestillo para que no pueda abrir mientras me pongo el pijama, me lavo los dientes y cepillo mi pelo para ir a dormir.

Alguien habla en voz baja al otro lado de la puerta y puedo distinguir perfectamente a mi hermano, pero no al chico que está con él... hasta que se ríe. El corazón se me congela; no puede ser, yo he escuchado esa risa antes, justo en el momento en que derramaba una botella de agua sobre la cabeza de

Garret. No está con uno de sus amigos friquis, sino con un compañero del equipo de baloncesto.

Tengo que saber quién es. Recojo todo lo que he dejado por en medio y salgo del baño. No puedo irrumpir en su habitación desde el baño, pero sí llamar a la puerta con cualquier excusa, no sé cuál, pero alguna se me ocurrirá.

Miro mi atuendo: no soy de pijamas al uso. Aún no hace frío, aunque septiembre termina y las temperaturas bajarán de un día para otro, sin avisar. Llevo unos *shorts* negros y una camiseta de manga corta blanca con el nombre de One Direction en el pecho. Vale, tengo que reconocerlo, me encantaba este grupo y lo pasé fatal el día que anunciaron que se separaban. He recogido mi pelo en una coleta y metido mis pies en unas zapatillas de estar por casa que deberían pasar a mejor vida, pero son iguales que las de mi hermana y eso es algo más que nos une.

Me paro delante de la puerta y apenas se escucha nada; las risas han aflojado, así que doy unos golpecitos para que me abran. Max asoma su cabeza. Su cara es de pocos amigos, así que tengo que pensar rápido.

Hace tan solo un par de años podía mirar por encima de él y ver el interior de su cuarto aunque el hueco de la puerta fuera pequeño, pero ahora me saca una cabeza y el ancho de su espalda se ha duplicado, así que es imposible.

—¿Qué quieres? —dice, sujetándola para que no se abra.

—Solo necesito saber si quieres que mañana te lleve al instituto. —Me mira de arriba abajo y un gesto de desaprobación se dibuja en su rostro cuando lee el texto de mi camiseta.

—No.

Y no dice nada más, cierra en mis narices y me deja plantada en el pasillo. Me entran ganas de abrir y decirle dos cosas bien claras a este cretino, pero entonces me rebajaría a su nivel. Así que vuelvo a mi habitación peor que antes, sin saber quién narices está allí dentro y mosqueada con mi hermano por ser un gilipollas.

Voy directa a mi cama cuando veo que la pantalla de mi teléfono está encendida. Hay una llamada perdida de Jack y un mensaje.

Jack: No podía hablar y ahora ya tampoco, mañana nos vemos en el instituto, no hace falta que me lleves. ¿Todo bien?

O no le ha dicho nada o está esperando a que yo le dé una explicación, pero no va a ser por mensaje, encontraré el modo de hacerlo entre clase y clase. Estoy empezando a pensar que tal vez debería ignorar mi vocación por los animales y elegir arte dramático; iría mejor con la vida que llevo ahora mismo, cargada de mentiras y estados de ánimos inventados.

Haley: Solo quería saber cómo iba todo. Mañana nos vemos en clase. Un beso.

No tarda ni un minuto en contestar. Al menos me quedaré con lo último que ha dicho.

Jack: Descansa, preciosa, otro beso más grande para ti.

Me meto entre las sábanas mientras pienso que hace tan solo unos minutos estaba a punto de quedarme dormida con un libro entre las manos y ahora soy incapaz de coger el sueño.

§§§§§§*

No sé cuántas veces he visto pasar los minutos del reloj de mi mesilla de noche hasta que finalmente me he quedado dormida, pero cuando suena la alarma y es hora de ponerse en marcha para ir al instituto sé que he dormido muy poco.

Intento entrar en el baño, pero la puerta está cerrada por el otro lado y escucho un atragantado «ocupado». Tiene que ser el amigo de mi hermano cepillándose los dientes. Mierda, ¿es que no voy a escuchar su voz con claridad o qué? Los astros se han alineado para que me resulte imposible saber quién es.

Salgo hacia la cocina en busca de un café. No es el desayuno que tomo cada día, pero hoy la cafeína va a ser una gran aliada. Mi madre pone cara rara mientras me sirvo de la cafetera. Está intentando que Ava se termine su tostada y el cacao mientras le prepara la mochila para el colegio. Paso junto a mi hermana y le revuelvo el pelo con las manos. Ella se queja; no quiere que sus horquillas con forma de corazón se muevan de su sitio.

—¿Cómo va el coche? —me pregunta mi madre mientras cojo una pieza de fruta de la cesta que hay sobre la encimera—. ¿Se ha portado bien?

—Va genial, creí que costaría más, por lo grande que es, pero la verdad es que ha sido más fácil de lo que esperaba.

Hablamos un rato más, hasta que Max aparece en la cocina y coge un par de zumos de la nevera. Miro hacia el salón: tal vez pueda ver al chico que ha pasado la noche en la habitación de al lado, y entonces escucho el ruido de la puerta del apartamento al cerrarse.

—¿Ya se ha ido tu amigo?

—Sí, ya nos vamos, tenemos un entrenamiento a primera hora y queremos llegar antes.

Se despide de nosotras y me vuelvo a frustrar, ya que aún no me he cambiado de ropa y no podré llegar a tiempo para descubrir al dueño de esa risa. La curiosidad me está matando, la verdad.

Me visto con el uniforme limpio que guardo en el armario y pido a mi madre que me lave el otro para tenerlo listo mañana. Les doy un beso y me voy a buscar mi coche. Tengo que encontrar algo en que ocupar mi mente durante el trayecto a clase, así que he decidido ponerle nombre a la *pick up*. Es la cosa más tonta del mundo, pero así soy yo.

Llego al instituto más cabreada aún y creo que varias personas me lo notan cuando pasan por mi lado, porque intentan saludarme y mi cara les hace dar un paso atrás. Solo pienso en Garret y Jackson y en las cosas que se habrán dicho. Me dirijo a mi taquilla y guardo las cosas con mal genio. Hoy tengo el ánimo al nivel de las alcantarillas, por los suelos.

Unas manos me tapan los ojos. Intento quitármelas de encima y le agarro un dedo a la persona que ha osado tocarme las narices hasta que escucho un alarido.

—Joder, Haley. Y parecía que no tenías fuerza. —Me vuelvo y es Jack.

Pobre, un día de estos acabaré por hacerle daño de verdad; primero la nariz y ahora un dedo, pero es que mi padre, que se preocupa bastante por mí, hizo que tomara clases de defensa personal cuando, como dijo, dejé de ser su niña pequeña. Si por él fuera, el bote de pimienta iría colgando de mi cuello en vez de escondido en uno de los bolsillos de mi mochila.

—Perdóname. —Le pongo carita de pena, para que sepa que lo digo de corazón.

—No te preocupes, ha sido culpa mía. —Se acerca hasta que nuestras bocas están a pocos centímetros—. Ahora voy a besarte.

Y no me da tiempo a reaccionar cuando sus labios ya están sobre los míos. Pasa una mano por mi cintura uniendo nuestros cuerpos. Sí,

definitivamente Jack me gusta, pero hay algo que falta y son las malditas mariposas en el estómago. Le devuelvo el beso entreabriendo un poco la boca, para darle más realismo, y él aprovecha para introducir su lengua. El calor me inunda. Es placentero, pero sigue sin llenarme.

Alguien carraspea a espaldas de Jack y noto que le golpean el hombro. Él se separa de mí y el corazón se me paraliza al ver quién acaba de interrumpirnos. Es él, Garret, y la mirada que me dedica no es de las más amables. Definitivamente debo parar esto antes de que se lie más de lo que ya está.

CAPÍTULO 20



—Vaya, vaya, parejita. —Nos mira y temo lo que pueda decir—. Siento romper este momento tan romántico, pero tu novio debe prepararse para el entrenamiento.

Se dirige a mí en todo momento, aunque esté mirando a Jack, que ahora se acerca y me da un nuevo, pero menos intenso, beso en los labios. Se despide y se marcha a los vestuarios dejándome a solas con Garret.

Garret me mira a los ojos, ladea la sonrisa y da un paso cuando ve que Jack no está ya en el pasillo. Doy un paso hacia atrás hasta que mi espalda choca contra las taquillas. Garret levanta su mano y la pasa por mi mejilla, toma un mechón de pelo que me roza la cara y lo coloca detrás de mi oreja de forma delicada. El corazón se me desboca por su cercanía, pero eso no evita que tenga los pies en el suelo y sepa que, aunque me muera por volver a tener algo con él, es imposible; entre ambos nunca habrá nada porque siempre estará Eliza en la ecuación.

—Eres toda una caja de sorpresas. Nunca imaginé que usaras a Jack para ponerme celoso.

No, mierda, eso es lo que menos pretendía con toda esta farsa. Lo que deseo es que se aleje de mí, no que piense que aún sigo enamorada de él.

Me quedo sin palabras; no sé qué demonios responderle y lo único que se me pasa por la cabeza es que necesito hablar con Jack. Él no se merece que lo trate así y menos aún tener algún problema con Garret. Siempre han sido buenos amigos.

Me separo de él y sé de sobra lo que tengo que hacer. Garret se ríe a mi espalda y lo escucho decir «lo sabía» una y otra vez. Tomo la goma del pelo de mi muñeca y me hago una cola mientras camino hacia el vestuario de los chicos, pero justo cuando estoy llegando los veo salir con sus equipamientos

para el entrenamiento. Miro la hora en mi teléfono móvil: he de darme prisa, las animadoras también vamos a ensayar. Eliza ha decidido que la pirámide debe ir sí o sí en el número del partido de este sábado y cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien la haga cambiar de idea.

A veces pienso que o soy muy idiota o es que de verdad no me doy cuenta de lo que sucede a mi alrededor. Justo en una esquina del pasillo me encuentro con una escena y no sé qué pensar. Sarah, mi amiga, MI MEJOR AMIGA, dándose el lote con MI HERMANO. Claro que tonta no soy y sabía de sobra del tonto que se traían entre manos, pero de ahí a que se besen delante de todos... Acaba de quedarme claro que soy la última en enterarse de todo. Tengo que pasar por su lado para llegar al gimnasio, pero me siento incómoda, como si invadiera la intimidad de esta nueva pareja. Ambos se devoran con ansia, sin importarles que los compañeros aplaudan al pasar, ajenos a su alrededor.

Al fin se despiden con un último beso y cada uno sigue su camino. Mi hermano me guiña un ojo; tampoco esperaba que me dijera nada. Me sigue faltando tener esa confianza que hemos tenido siempre y creo que su relación con Sarah puede ser uno de los motivos.

El sonido del timbre del instituto me anuncia que al final llego tarde al ensayo, así que me lanzo a correr con el temor de caerme, aunque no me vería nadie, porque los pasillos se han quedado vacíos, y la vergüenza no sería tan grande.

Llego asfixiada a la puerta del gimnasio y casi choco con la persona que hay allí. Me inclino hacia delante, apoyo las manos sobre mis rodillas e intento recuperar el aire que les falta a mis pulmones. El sudor me recorre la espalda y odio no haberme traído una muda para quitarme el maldito uniforme después del ensayo. Ahora me tocará estar el resto del día incómoda con la sensación de oler a sudor.

—Si ya has terminado...

La voz de Eliza hace que me incorpore a toda velocidad, tanto que me mareo y he de buscar un apoyo, que acaba siendo ella. Me mira con cara de pocos amigos y me regaña.

—Llegas tarde.

Intento disculparme, pero aún me falta aire para que las palabras salgan de mi boca.

—Vamos a ver, Haley, tenemos que hablar y quiero que las cosas te queden claras.

Maldita sea, me va a tocar escuchar un sermón de alguien a quien detesto con toda mi alma y encima sé que me lo merezco. Tomo una bocanada grande de aire y asiento esperando que siga con su discurso. Continúa diciéndome con su mirada que yo tampoco le caigo muy bien. Al menos es mutuo, pero miedo me da lo que pueda decirme, pues todo el mundo sabe de sobra que Eliza no es alguien que se ande por las ramas. Si le caes bien, tendrás una vida plena y satisfactoria en el instituto; si ni siquiera sabe quién eres, como me ocurría antes, no hará falta que te preocupes de nada salvo de seguir pasando desapercibida. Pero si eres persona *non grata* para ella, témela, duda de sus intenciones, huye mientras puedas. Y para mí ya es tarde.

—No me opuse a que formaras parte de las animadoras porque Sarah insistió mucho. Me aseguró que eras muy buena. En mi opinión, te defiendes. La otra razón es que Max es uno de los jugadores del equipo y una promesa, además del novio de Sarah, pero hay algo que no tienes y es la confianza que necesito para que valgas para este número.

Abro la boca para decirle cuatro verdades, pero sé que ahora mismo no me traerá nada bueno, así que la vuelvo a cerrar y lo único que hago es seguir con mi cara de *me importa una mierda lo que me estás diciendo*.

—No me mires así, en un ejercicio como el que estamos preparando hay varias escalas de confianza. Yo ocupo la más alta, soy la jerarquía, la que decide qué hacer o no. Justo debajo de mí están las personas en quienes más confío, las que sé que ayudarán a que mi equilibrio sea perfecto. Un puesto más abajo, aquellas a las que respeto por su trabajo y dedicación y, por último, estás tú. —Me están entrando unas ganas enormes de darle un buen guantazo, pero con toda la confianza del mundo, para ayudarla a tragarse sus palabras—. No debería de extrañarte; de la noche a la mañana has ganado una popularidad que no te mereces y encima ahora, para intentar subir escalones, te lías con Jack, pero a mí no me engañas. Ahora, entra ahí dentro y esta conversación quedará entre tú y yo, y espero que no repliques mis decisiones a partir de ahora, porque nunca llegarás al punto alto, no está a tu alcance.

Dicho aquello se vuelve dando tal golpe a su melena que casi me salta un ojo. Me acabo de quedar totalmente bloqueada, porque tenía claro que no era de su agrado, pero hasta el punto de menospreciarme de esa manera... no podía imaginarlo. Nunca hemos tenido ningún tipo de relación, ni un simple cruce de palabras. Como ella misma ha dicho, yo estoy en una escala inferior; mi intención nunca fue destacar y menos aún ser la novia de un tipo popular,

joder, es que no lo soy, solo es una gilipollez que salió de mi boca. Cada día me arrepiento más de haber aceptado la propuesta de Sarah.

Me paso las manos por la cara, respiro profundamente y entro en el gimnasio como si esta maldita conversación ni siquiera hubiera tenido lugar. Todas me miran y Eliza me grita que me ponga en posición, que ya han perdido demasiado tiempo por mi culpa. Agacho la cabeza y paso por el lado de mi amiga, que me sujeta del brazo.

—¿Ha pasado algo?

Pienso en sí debería contarle lo que me ha dicho Eliza fuera, pero si en algo le doy la razón es en que hay varios niveles de confianza, y ahora dudo si Sarah sigue ocupando el más alto. Desde que empezó el curso las cosas han cambiado; siento como si ya no pudiera contarle todo lo que me pasa, así que simplemente le digo un no y continúo mi camino. Me coloco en el suelo, con las manos y las rodillas apoyadas en las colchonetas, esperando a que el siguiente nivel de confianza me pisotee un poco más.

El entrenamiento no ha ido tan mal, aunque la manera de hablar de Eliza ha sido bastante despreciativa; seguramente todas lo hayan notado, aunque ninguna ha dicho nada, y no seré yo quien lo haga. Ya he tomado mi decisión. Una vez que el partido acabe, el equipo de animadoras se convertirá en pasado para mí. Solo me queda hablar con Jackson y terminar esta pantomima para regresar a mi rutina, volver a ser invisible en esta jungla que es el instituto y preocuparme solo por sacar las mejores notas. Haley, solo dos días más, me digo al salir del gimnasio sola. Las demás se han quedado con Eliza para una reunión a la que no he sido invitada. Entre ellas, Sarah, que de repente ha subido de nivel en la escala de confianza y ahora es una de las chicas que se encuentran justo debajo de ella, ayudándola a mantener su equilibrio.

Llego a clase y la encuentro prácticamente vacía. Solo están las personas que no pertenecen ni al equipo de animadoras ni al de baloncesto, además del chico nuevo. Sin entender por qué, me encuentro caminando hasta él. Me siento a su lado en el pupitre. Él me mira y sonrío, pero no dice nada.

El resto de los compañeros empiezan a llegar y Sarah entra del brazo de Eliza, que, para mi sorpresa, al pasar por mi lado tira del brazo de mi amiga para que se sienten juntas. Sarah me hace un gesto con los hombros, en señal de disculpa, y yo solo puedo devolvérselo. Jack llega riéndose con Garret, a saber de qué, y ocupa el pupitre que hemos compartido los primeros días. Garret me mira y al ver que estoy con el nuevo se sienta al lado de mi amigo

y lo entretiene para que me ignore. No dejo de observarlo, esperando que se dé cuenta de mi presencia, pero ya es imposible: el profesor acaba de entrar y manda callar a todo el mundo.

Escuchamos sus explicaciones y empezamos a tomar notas, aunque creo que yo solo escribo por inercia, sin escuchar nada de lo que dice. Solo me vienen a la mente las palabras de Garret y después las de Eliza. Y la imagen de la que hasta ahora ha sido mi mejor amiga liándose con mi hermano y manteniendo una conversación bastante amigable con una persona que, supuestamente, no nos caía especialmente bien a ninguna de las dos.

—¿Problemas en el paraíso? —una voz susurrada en mi oído hace que salga de mis pensamientos y me quede mirando al chico nuevo.

No he entendido a qué ha venido la pregunta. Él baja la mirada hasta mi cuaderno y yo la sigo. Me quedo con la boca abierta al leer lo que he estado escribiendo. El nombre de Garret se repite una y otra vez, siempre tachado, en el papel. No me he dado cuenta de lo que hacía. Nerviosa, miro alrededor con la impresión de que todos me miran a mí, pero están pendientes de sus propios cuadernos y de las tareas que supuestamente ha mandado el profesor y que yo he ignorado.

Arranco el papel del cuaderno y hago con él una bola, que meto en mi mochila. Me fijo en el papel de abajo. El nombre ha quedado grabado por la presión con la que he usado el bolígrafo. No puedo arrancar un papel tras otro hasta acabar deshojando el cuaderno, así que lo cierro y miro al frente. El profesor está leyendo algo y no se ha dado cuenta de mi extraña reacción; al menos no he quedado como una loca.

—Toma. —Stiles saca un cuaderno de su mochila y lo pone delante de mí—. Este lo llevo para las emergencias y parece tener una.

Me encantaría poder decirle que se meta en sus asuntos, pero realmente no ha hecho nada para que me mosquee también con él, así que lo acepto y luego él acerca el suyo para que pueda ver lo que tenemos que hacer. Su caligrafía es bastante bonita, algo raro, ya que todos los chicos que conozco descuidan este aspecto. Pero hay algo más que me sorprende. En la esquina inferior de su cuaderno ha hecho un precioso dibujo, no uno cualquiera, sino un precioso corazón. Uno de sus lados redondeados es la cabeza de un perro. Es simple, pero tan bonito...

—Es precioso —digo, señalándolo con el bolígrafo—. Ideal para un tatuaje.

—Deberías hacértelo, si te gusta.

Lo miro a los ojos y me sorprende la intensidad de su preciosa mirada de color azul oscuro. Observo de manera descarada su rostro y me llaman la atención varias pecas que le salpican la cara. No son las típicas que motean la nariz, sino pequeños lunares que decoran a la perfección su piel dándole más belleza, porque es guapo, muy guapo.

—¿Tengo algo en la cara? —dice al ver que no aparto la mirada.

—Solo me fijaba en tus lunares. —Se pasa un dedo por el que me parece más perfecto, uno que marca el centro de su hoyuelo—. Son como estrellas, las que no conseguimos ver en la terraza.

Y acabo de ponerme como un tomate, porque no sé de dónde narices ha salido este comentario. Vuelvo de nuevo la vista al cuaderno que me ha dejado y empiezo a trabajar bastante más tarde que los demás, porque he estado perdida en los mundos de Yupi que es ahora mi cabeza. Ojalá que esas palabras no hubieran salido de mi boca.

—Algún día te llevaré a verlas, pero donde las luces de la ciudad no nos lo impidan, estrellas de verdad, de esas a las que puedes pedir un deseo.

Y no dice nada más, sigue con su tarea. Al rato, el timbre anuncia el fin de la clase y Stiles se levanta de su pupitre y ni siquiera se despide de mí, aunque creo que el apretón que me ha dado en el hombro podría clasificarse como despedida.

Algunos chicos y chicas aprovechan este minidescanso para salir y estirar las piernas. Yo no pienso moverme de mi sitio y menos aún mirar hacia atrás. Desde la posición en la que estoy sé quiénes han salido, y Garret, Eliza, Jack y Sarah no están entre ellos.

Saco el libro de la próxima clase y compruebo que llevo en la mochila todo lo que necesito para hoy. Justo entonces una mano vuelve a apoyarse en mi hombro. Levanto la vista y me encuentro con la mirada de Jackson.

—Hola, preciosa. —Se acerca y me da un suave beso en los labios—. Esperaba que te sentaras conmigo, pero ahora Garret no quiere cambiarse de sitio y no creo que Stiles quiera estar con él, no se llevan muy bien.

—No pasa nada, después almorzamos juntos —le digo para disimular y evitar decirle que estoy bien aquí.

—¿Pasa algo? Hoy te veo distante.

Los compañeros que estaban en el pasillo vuelven a entrar y Stiles pasa por nuestro lado hasta sentarse junto a mí. Saluda a Jack, que le responde de la misma manera, con un choque de puños. La profesora que nos toca ahora entra detrás del último alumno y Jack continúa junto a mí, esperando una

respuesta. La profesora le indica que se siente, pero él no se mueve del sitio, así que le anuncio:

—Tenemos que hablar, esto no va a salir bien.

Su mirada se vuelve triste y se retira hasta su asiento. Lo sigo con la mirada. Garret le pregunta algo y, cuando Jack le responde, me lanza una mirada dura. Esto no me está gustando nada.

CAPÍTULO 21



Durante la siguiente clase estoy más tranquila. Stiles no ha vuelto a hablarme, lo cual agradezco, porque después del último cruce de palabras no sé cómo respondería; ni siquiera entiendo por qué lo hice antes. Este chico tiene algo y no sé qué es.

Cuando al fin suena la campana y es la hora de comer ya he recogido todas mis cosas, con la esperanza de salir la primera de clase y no tener que enfrentarme aún a Jackson. He de terminar con lo que hemos empezado, pero no tengo ni idea de cómo afrontar la conversación.

El pasillo está atestado de chicos y chicas con la misma intención: escapar de estas cuatro paredes aunque sea por un leve periodo de tiempo. Aprovecho el flujo de personas para mezclarme entre ellas y que Jack me dé un poco más de tregua.

Entro en el comedor y busco la mesa más escondida, al fondo de la sala, tranquila y oculta tras una columna, la que suelen usar los que prefieren repasar antes de un examen. Pero no me oculto; todo el que entre podrá ver que estoy ahí sentada y esa es mi intención, que Jack se acerque a mí y tengamos un poco de intimidad. Sé que Sarah nunca se acercaría a esta zona, por eso de no manchar su estatus de chica popular. Sigue necesitando mantenerse en lo más alto.

Todos van ocupando sus sitios habituales: los del equipo de baloncesto, animadoras, empollones y las distintas tribus urbanas. El corazón se me acelera cuando veo entrar a Jack junto a Garret, que le va hablando. Jackson mira hacia la mesa que suelo ocupar y al no encontrarme deambula con su mirada hasta que da conmigo. Una sonrisa se dibuja en su cara. Deja a Garret con la palabra en la boca; lo sé porque le veo hacer aspavientos con las manos, sintiéndose ignorado.

Ya está aquí, Haley, vamos, haz lo que tienes que hacer y no permitas que esto se tuerza más de lo que está.

Se sienta y apoya sus manos sobre la mesa, con esa postura de chico duro que tiene aunque no puede disimular su mirada, esa que delata que en el fondo solo es un chico con un corazón de oro. Y eso es lo que más me duele de todo esto. Me dijo que yo le gustaba y lo he utilizado. Y lo peor es que solo he conseguido que Garret se crezca más y piense que lo hago por razones equivocadas.

—Tú dirás —se dirige a mí después de no sé cuánto tiempo. Creo que estoy demasiado inmersa en mis pensamientos.

Las manos me sudan y las seco contra la tela de la falda. Qué más da, ya me siento sucia después del ensayo a primera hora. Las palabras se agolpan y no sé por dónde empezar, pero tengo que hacerlo ya, así que levanto la mirada de la mesa, enderezo mi espalda y busco el valor en lo más hondo, porque en algún lugar tiene que estar escondido.

—Jackson, no podemos fingir que estamos juntos, esto no va a acabar bien y menos cuando ni siquiera sabes por qué lo haces.

—¿Hemos vuelto al Jackson? —Estira uno de sus brazos hasta que toma una de mis manos entre las suyas; no había notado que tamborileaba las uñas contra la mesa a causa de los nervios—. No necesito saber por qué lo hago, Haley. Solo sé que tú lo necesitas y somos amigos, ¿no?, y los amigos estamos para estas cosas.

—Una cosa es que te pida un favor, incluso hasta me sería más fácil pedirte que hicieras algo ilegal, pero que te hagas pasar por mi novio no me parece bien y menos cuando —trago saliva para repetir las palabras que él mismo me dijo— me dijiste que yo te gustaba.

—Y lo dije de verdad, sabiendo dónde me metía y que tú no sientes lo mismo por mí. No hay que ser muy tonto para darse cuenta.

Me siento como una estúpida. Todo esto es una puta locura, porque él habla como si de verdad no le preocupara que se nos fuera de las manos, como si no le importara salir herido por esta tontería.

—Vamos a ser sinceros. —Me mira a los ojos y aprieta mi mano entre las suyas—. Sé que te gusta Garret, es obvio y no puedes ocultármelo; ese odio que sientes por él solo puede significar una cosa.

Enmudezco, retiro la mano y me levanto de la mesa para irme del comedor. Si él se ha dado cuenta, no ha de ser el único. ¿Tan mal lo he ocultado? Ahora entiendo las reacciones de Eliza. Jack rodea la mesa hasta

colocarse a mi lado y hace que me siente de nuevo. No va a permitir que abandone la conversación. Además, era yo la que quería tenerla y sigo confiando en que todo este teatro acabe hoy.

—Él es mi compañero de equipo —continúa, una vez que se asegura de que no intentaré irme otra vez colocando una mano sobre mi muslo—, pero tú eres mi amiga. Por los amigos se pueden hacer muchas cosas, pero la más importante es apoyarlos, aunque en el camino puedas sufrir un poco, así que no debes preocuparte por mí, sé dónde me estoy metiendo.

—Pero no sirve, Jack. Él piensa que lo hago para ponerlo celoso.

—¿No es lo que quieres? —Niego con la cabeza—. Ya veo, lo que pretendías era que te dejara en paz, así que es cierto lo que me ha dicho.

—¿A qué te refieres?

—El otro día me quedé en su casa y fuiste el centro de todas las conversaciones. Le gustas, eso lo tengo claro, pero no es un buen chico, Haley, tú no te mereces a alguien como él, tú necesitas a alguien que te cuide, te comprenda y te permita ser como eres. Sé que yo no soy ese chico, pero mientras esto dure, permíteme que lo haga. ¿Quieres que esto acabe? Lo entiendo, pero espera a que pase el partido final, déjame estar contigo en la fiesta.

Asiento. Todo sería tan distinto si Jack me gustara... Aunque me siento muy a gusto con él, sé que no es la persona por la que me pasaré noches soñando que amanezca para estar a su lado.

Comemos algo rápido antes de volver a clase. Llegamos al aula juntos y me pregunta si quiero compartir pupitre en las próximas horas. Le digo que sí. Miro hacia la mesa que ocupé antes con Stiles. Me está mirando y me dedica un movimiento de cabeza cuando nuestras miradas se cruzan. Tampoco tengo que darle explicaciones de por qué me senté antes con él y no ahora.

Finalmente acaba otro día más de instituto. Jack no regresará conmigo en el coche, como yo creía. Los chicos del equipo tienen un nuevo entrenamiento y una charla prepartido con el entrenador, así que mi hermano tampoco me acompañará. Hoy no he cruzado palabras con Sarah y ella tampoco ha puesto mucho interés, pero cuando llego a mi coche me la encuentro apoyada en la puerta del piloto, con esa sonrisa que reserva para cuando algo no le gusta. Esto solo significa que he de enfrentarme a una dura charla con ella.

—¿Ya vuelves a casa?

—Sí, no tengo nada más que hacer aquí. Además, quiero adelantar los ejercicios que nos han mandado, últimamente estoy demasiado cansada después de los ensayos y no les dedico el tiempo suficiente a los estudios.

—Yo tampoco tengo nada más que hacer. —Entrelaza su brazo con el mío para que camine a su lado—. Vayamos a tomar algo aquí al lado y pongámonos al día; creo que aún tienes muchas cosas que contarme.

Realizamos el camino en silencio hasta una pequeña cafetería que está situada a varias calles de distancia del instituto. Algunos compañeros vienen aquí cuando deciden saltarse alguna clase, Sarah lo ha hecho en un par de ocasiones. El local no es nada del otro mundo; está decorado de forma austera. Unas mesas de plástico con manteles de cuadros rojos y blancos y las paredes pintadas en un tono amarillo, aunque dudo que sea pintura; parecen más los restos del humo que dejan miles y miles de cigarrillos. Tras el mostrador hay una mujer mayor con el rostro surcado de arrugas, el pelo ya casi blanco de canas recogido en un prieto moño, al estilo de las bailarinas de ballet, y un delantal a juego con los manteles. Nos saluda cuando ocupamos dos taburetes frente al mostrador.

Sarah le pide dos refrescos de cola. Ya me ha dejado claro que esta va a ser una larga conversación y sabe lo que me cuesta tomarme las bebidas con muchas burbujas. Saca un billete y la mujer lo toma directamente de su mano, sin darle tiempo siquiera de colocarlo sobre el mostrador. Ambas miramos como se mueve; incluso con la edad que parece tener lo hace con bastante agilidad.

Pone ante nosotras los refrescos y unos frutos secos que no pienso probar. Le da el cambio a mi amiga y se retira a fregar algunos vasos que tiene en el fondo de la barra.

—Últimamente no me he comportado como una buena amiga, pero no es culpa mía. —Su tono de voz es de enfado nada más empezar a hablar—. ¿Así es como me lo pagas? No sabes lo que me costó convencer a Eliza para que te admitiera en el equipo. Todo lo que he hecho es por ti y tú te dedicas a...

—¿De qué narices me estás hablando? —Me he perdido, porque no sé a qué demonios viene todo esto.

—Claro que lo sabes. Quieres ser popular, quieres tener todo lo que yo tengo, primero entras en el equipo de animadoras y ahora estás con Jack, ¿qué va a ser lo próximo? Avísame por si tengo que mirar a mi espalda.

Y ahora soy yo la que está cabreada, porque se está pasando de la raya.

—Entonces lo del baño lo dijiste en serio. —No lo pregunto, confirmo mis sospechas—. Sabes que nunca he querido esto. Entré en el equipo de animadoras porque tú me lo pediste, porque somos amigas y te estaba haciendo un favor, a ti, MI MEJOR AMIGA. Lo de Jackson ha sido solo casualidad, ¿quién dice que no hubiera ocurrido antes si no hubiéramos estado sin hablarnos durante dos años? No te reconozco. Me duele que pienses eso y más cuando eres la persona que más me conoce en este mundo, cuando he compartido contigo todo, joder, Sarah.

—Y una mierda. Eliza me lo advirtió, antes de que me contaras que te habías liado con Garret en la fiesta ella ya me había enviado un mensaje, sabía que eso iba a ocurrir. En todos los años que llevan juntos ha pasado lo mismo, pero como tú eres tonta no te has dado cuenta. Siempre lo dejan antes de las vacaciones de verano, él se lía con la tía que esté más colada por él y cuando empieza el instituto, cada uno por su lado. Pero no, tú tenías que hacerte ilusiones.

—Y tú las alimentaste —elevo la voz y la mujer nos mira.

—Porque eres una niñaata y nunca aprenderás, ¿es que no te das cuenta?

—Ya estoy cansada de oír tus insultos. —Me levanto del taburete para salir de allí, meterme en algún sitio donde nadie me escuche y gritar hasta quemar mis cuerdas vocales.

Cuando voy a abrir la puerta, Sarah vuelve a hablarme.

—Huye de los problemas, que es lo único que sabes hacer, pero déjame que te dé el último consejo de amiga: vuelve a meterte en tu burbuja e intenta pasar desapercibida, porque si no lo haces este no va a ser un buen año para ti.

No sé si ha seguido, porque en ese momento empiezo a correr hasta llegar a mi coche. Arranco y me alejo a toda velocidad de los aparcamientos. Si alguna vez pensé que alguien podía hacerme tanto daño como para que me sintiera como una mierda, no imaginé que sería Sarah. He confiado en ella como en la que más y me acabo de dar cuenta de que en este mundo estoy sola, bueno, está Jackson, pero no es lo mismo, él es un chico y después de dos años las cosas tampoco son igual.

Sin darme cuenta he conducido sin rumbo alguno hasta que veo el cartel que indica que estoy llegando a mi destino. Al menos mi GPS interno se ha comportado con cabeza y no ha permitido que me pasara nada en el trayecto.

Entro en casa y no hay nadie. Mis padres habrán salido como cada tarde a dar un paseo con Ava y Max debe de seguir en el instituto. Cojo algunas

provisiones de la cocina y me encierro en mi cuarto, porque hasta mañana no volveré a salir de mi santuario y, al fin y al cabo, voy a hacerle caso a su último consejo. Mañana dejaré el equipo de animadoras y volveré a ser la Haley que no habla con nadie, que no se relaciona y que vive por y para estudiar.

CAPÍTULO 22



He escuchado llegar a mis padres; mi madre incluso se ha acercado a mi cuarto, me ha preguntado si voy a cenar algo y le he enseñado la bolsa de patatas que tengo junto al ordenador. Estoy adelantando trabajos del instituto y mirando universidades; sé que aún queda tiempo para eso, pero es lo único que me alegra en estos momentos, saber que en un futuro no muy lejano podré irme de aquí, desconectar de una vez por todas, y lo mismo acabo conociendo a personas que de verdad merezcan la pena, ya que el tiempo me está demostrando que las que me rodean, tal vez, no son lo mejor para mí. Jackson no es mal chico, pero tiene su futuro más que pensado y cuando llegue el momento de separarnos, ninguno echará de menos al otro. Sarah, ya no sé qué pensar de ella, sigo creyendo que hay algo que la ha movido a tratarme de esa manera; no me gusta juzgar a las personas, no soy quién para pensar que todos son malos, pero ninguno hace nada para demostrar lo contrario. Ninguno.

Miro la hora en el reloj de mi portátil y veo que, si quiero descansar para poder afrontar el día de mañana, debería ir pensando en acostarme. Cojo mi ropa y me meto en el baño para ponerme el pijama y cepillarme los dientes y el pelo antes de meterme en la cama. Al volver al cuarto, veo que la puerta está entreabierta y eso solo puede significar una cosa. Al mirar a mi cama, allí la veo. Ava se ha metido bajo las mantas, su pelito asoma y escucho su risilla a través de la tela. Le encanta venirse conmigo. Seguramente ha esperado a que mis padres apagaran la luz de la sala de estar para escabullirse hasta mi dormitorio.

Me acerco a la cama, haciendo como si no supiera que se encuentra allí, y cuando voy a retirar las sábanas para descubrirla, meto la mano que tengo libre por debajo y empiezo a hacerle cosquillas. Su cuerpo se contorsiona, su

risa va en aumento hasta que finalmente me pide que pare. Asoma su diminuta cabeza de pelo rubio con una enorme sonrisa dibujada en su cara. La tomo en mis brazos y, sin que ella me lo pida, acabamos las dos acurrucadas.

—Laly, ¿puedo dormir contigo?

—Claro que sí, pequeña. Mi cama es tu cama, siempre.

Acaricio su sedoso pelo y la acurruco sobre mi pecho. Me encantan estos ratitos que pasamos juntas. Antes eran más, pero mis padres han conseguido conciliar mejor sus trabajos para estar con ella. Se sienten culpables por no haberlo hecho en su momento con Max y conmigo y esta es una manera de perdonarse, aunque yo sé que lo hicieron lo mejor que pudieron. Llegué muy pronto a sus vidas y cuando quisieron darse cuenta, Max también estaba aquí. Ahora es como si lo vivieran todo de nuevo, pero con una intensidad diferente y una madurez que entonces no tenían.

La respiración de mi hermana es más relajada, se está quedando dormida.

—Cuando sea mayor, quiero ser como tú.

Sus palabras son apenas un susurro, pero me llegan al alma. No, pequeña, me digo, no serás como yo. La abrazo con más fuerza y siento sus deditos sobre mi hombro. Es tan pequeña, tan frágil... Quiero enseñarle a ser una persona fuerte, que no se oculte como he tenido que hacer yo, que no le tenga miedo a la vida.

—Serás mejor. Valiente, fuerte, toda una guerrera.

No sé si lo he dicho para ella o para mí. Me sentiré orgullosa de la mujer en la que se convertirá. Ava merece ser feliz.

La luz del día se filtra entre las cortinas de mi ventana. Un mechón de pelo rubio me cosquillea en la nariz. Algo me oprime el pecho y no me deja moverme, y entonces recuerdo que Ava está en la cama conmigo. Tengo que llevarla a la suya antes de que mi madre despierte y vaya a buscarla. Miro la hora en el móvil, que reposa en la mesilla de noche, y sé que ya es demasiado tarde para eso. Doy unos toques en el hombro de mi hermana hasta que al fin abre los ojos y su infantil mirada se ilumina.

La puerta de mi cuarto se abre y mi madre aparece tras ella. Su sonrisa lo dice todo: no está mosqueada porque Ava haya dormido conmigo. Se acerca a la cama y toma en brazos a mi hermana, que se enreda a su cuello. Cuando ya están a punto de salir de mi habitación me lanza un beso que le

devuelvo. Por cosas como estas, los días parece que se levantan con una luz diferente y todo lo que pensé anoche toma un significado nuevo.

Soy una chica comprometida y cuando prometo algo, lo cumplo. Sobre mi escritorio reposa el uniforme de animadora pulcramente doblado; eso quiere decir que mi madre ya ha estado aquí antes de que nos despertásemos. Lo cojo y pienso si será una buena idea, pero nadie va a poder conmigo, hoy no. Tengo que empezar a poner en práctica los consejos que le doy a mi hermana. No es que yo quiera esto, no deseo ser animadora, no es algo que haya entrado nunca en mis planes, pero alguien me pidió un favor del que podré desprenderme mañana; hoy sigue siendo un día más que afrontar, y después ya podré borrarlo de mis recuerdos. Para poder crearse a uno mismo, primero hay que saber qué es lo que no se quiere hacer.

Cuando llego a la cocina mi padre ya se ha ido a trabajar. Varios días a la semana entra un poco antes y de esta manera puede tener más horas libres. A mi madre le debían varios días en el trabajo y ha decidido tomarse el de hoy «para su diversión», así es como llama al tiempo que dedica a acudir al gimnasio del instituto para ayudar con la decoración del baile. Dice que apenas se involucra en nuestras cosas y ni Max ni yo nos hemos quejado nunca, pero este año nos prometió que formaría parte de la junta de padres. No sé si me gusta o me atemoriza que pueda ver quién soy ante los demás. Le hablo poco de los compañeros, por no decir nada. Saber que cumplirá con su palabra me pone algo nerviosa.

Cuando ha terminado de darle el desayuno a Ava y mi hermana está con su pequeña maleta de Frozen colgada a la espalda, se despide de nosotros hasta dentro de un rato, en el instituto.

Max está bastante serio, algo inusual en él, porque, ya sea por mosqueo o alegría, siempre tiene algo con que picarme e intentar cabrearme. Me doy cuenta de que me está observando. ¿Qué le habrá picado para mirarme de esa manera?

—¿Me he levantado con una segunda cabeza esta mañana? Lo mismo sí y no me he enterado.

Le doy un sorbo bastante largo al zumo recién exprimido que nos ha servido mamá y veo como Max abre y cierra la boca un par de veces, pensando en qué decir. Suelta el tenedor y gira su cuerpo hacia mí. Lo miro, porque no sé qué otra cosa hacer; sigo sin saber lo que pasa por su cabeza.

—No me esperaba eso de ti —dice, al fin—. Era tu mejor amiga.

Y no dice nada más. Se levanta de la mesa dejando su desayuno a medias, coge la mochila y lo último que escucho es el portazo cuando sale de casa.

Sigo con la boca abierta de par en par. No sé qué le habrá dicho Sarah, pero no me voy a parar a pensarlo; no pienso permitir que mi cabeza pierda el tiempo en pensamientos que solo me harán sentir peor conmigo misma.

Recojo los restos de los dos desayunos y los meto en el lavavajillas. Mis padres decidieron comprarlo con unos pocos ahorros porque a nadie en esta casa le gusta fregar. Como veo que ya está lleno, abro la alacena y extraigo una pastilla líquida envuelta en plástico biodegradable, la pongo en la cajetilla correspondiente, cierro la puerta y elijo el programa que mi madre nos enseñó a usar. No sé si será el que necesitan los platos, pero es el único que me conozco.

Hoy no pienso ir cargada a clase, así que llevaré un bolso pequeño y no voy a preocuparme de si estoy sudada o no; en mi taquilla guardaré el desodorante que he cogido del baño y el paquete de toallitas húmedas para asearme un poco después de los entrenamientos, que serán dobles.

Salgo al largo pasillo que me lleva al ascensor y en ese momento una de las puertas del fondo se abre y sale Jack. Sonríe y camina hasta acortar la distancia entre ambos. Cuando llega a mi lado me da un delicado beso en la mejilla y coloca su brazo sobre mis hombros. Menos mal que ha aceptado que después del partido de hoy todo esto acabará, porque podría llegar a acostumbrarme.

Me dirijo a mi coche, pero Jackson no me lo permite y me abre la puerta del suyo, espera que me coloque el cinturón y después ocupa su asiento. Me hace gracia el cariño que puedes llegar a cogerle a un coche; en los pocos días que llevo con mi *pick up* me he dado cuenta de que criticaba a los que lo hacen sin saber.

Por el camino, Jack me informa de que ya tiene casi terminada mi redacción. Una vez que termine de corregirla me la pasará para que le dé mi opinión. Conociéndolo, lo mismo me ha puesto a caer de un burro.

Cuando llegamos al instituto y aparca en su sitio de costumbre, me pide que no baje. Da la vuelta, me abre la puerta y, muy sonriente, me tiende la mano para ayudarme a salir. Sorprendida, accedo, pero en el momento en que pongo los dedos sobre su palma cierra con fuerza su mano sobre la mía y tira de mí hasta que me sitúa muy cerca de él y sus labios se unen a los míos. Oigo cuchichear a las personas que pasan por nuestro lado, incluso las risas

de algunos que están más lejos, y le devuelvo el beso. No hay pasión, no hay amor, es un simple beso que no hace daño a nadie.

Cuando nuestras bocas se separan, Eliza aparece a nuestro lado.

—Espero que vengas preparada y llena de energía, porque te esperamos en el patio trasero desde hace cinco minutos.

Jack me da un último beso y me anima con un leve empujón en mi espalda para que camine detrás de esta arpía. Aunque me muera de ganas de decirle un par de verdades, me repito una y otra vez que solo quedan dos días y todo habrá terminado.

Al llegar al patio compruebo que solo hemos llegado algunas y que varios chicos están colocando las colchonetas del gimnasio para que podamos entrenar. Cuando todo está organizado nos colocamos formando un círculo a esperar que nos dé las indicaciones pertinentes.

—Ya sabéis todas vuestras posiciones, pero esta noche he estado pensando que, por el bien del equipo, debemos hacer un cambio. Tú, tú y tú —señala a otras dos chicas y a mí— no vais a formar parte de la pirámide, pero vuestro papel será importante: deberéis hacer delante de nosotras la coreografía sencilla que se retiró para incluir este número. De esta manera, si la parte baja de la pirámide no queda tan vistosa, conseguiremos disimularlo.

Les dedico a las chicas una sonrisa que ellas me devuelven. Creo recordar que se llamaban Natalie y Rose, pero pertenecen a un curso inferior al mío. Si casi no conozco a los de mi edad, mucho menos a lo que no comparten nada conmigo.

Las dos están un poco nerviosas. Miro a las demás, que preparan ya el último ensayo. Mi mirada se cruza con la de Sarah y me parece ver tristeza en ella, pero en ese momento Eliza la nombra, endereza la espalda y me ignora. Rose y Natalie me piden que sea yo quien se coloque en medio y marque los pasos. Las dos lo hacen bastante bien y nos reímos un par de veces cuando alguna se pierde, hasta que un grito hace que nos volvamos bruscamente.

La pirámide se derrumba justo cuando Eliza estaba en lo más alto con la pierna elevada sobre su cabeza. Las chicas de debajo han intentado aguantar su peso, pero han perdido el equilibrio y toda la pirámide ha caído en un amasijo de brazos y piernas. Corremos hacia allí mientras escuchamos el llanto de una de ellas. El resto se han levantado y forman un corro alrededor de alguien. Cuando llego, veo que es Eliza, que continúa en el suelo en una postura extraña, con todo el peso del cuerpo sobre una de sus piernas. En ese momento aparece un profesor y nos grita que llamemos a la enfermera. Una

de las íntimas de Eliza sale corriendo y más chicos y chicas se reúnen con nosotras hasta que, pasado un buen rato, llegan las enfermeras y se llevan a Eliza en una silla de ruedas.

Cuando todo se ha calmado, el murmullo de las animadoras empieza a subir de volumen hasta que una voz se eleva sobre las demás.

—No va a estar para el partido de mañana y tenemos que hacer los números que hemos ensayado, es tarde para pensar en algo nuevo.

—Haley podría estar en lo alto de la pirámide, es muy buena.

Miro a Sarah, sorprendida, y ella me dedica una de esas sonrisas que hasta el día de ayer significaban una amistad absoluta. Varias chicas protestan, pero a mí nadie me pregunta y menos cuando, de repente, me encuentro a punto de llegar a lo más alto de la formación piramidal. Esto me va a traer grandes problemas, y lo peor de todo es que acabo de darme cuenta de que me da igual.

Reanudamos el ensayo y tras repetir la pirámide un par de veces con bastante buen resultado, el profesor que atendió a Eliza se acerca para informarnos de que se ha roto el tobillo. No podrá ensayar en dos meses, al menos. Varias compañeras piden permiso para ir a visitarla al hospital. El profesor accede a regañadientes. Yo no iré, es algo que tengo claro, y menos después de que le cuenten que voy a ser la protagonista de la pirámide, aun cuando ella se encargó de ponerme en un segundo plano.

Después del ensayo las clases continúan. Comparto pupitre con Jack y estoy tentada en varias ocasiones de acercarme a Sarah y preguntarle por qué me ha propuesto para el número de la pirámide, pero finalmente decido que no me encuentro con ánimos de discutir otra vez con ella.

Al acabar la jornada espero a Jack en la puerta para volver juntos a casa. Lo veo acercarse e intuyo por su mirada que va a decirme algo que no me va a gustar.

—No te preocupes, me iré a casa andando —lo detengo antes incluso de que abra la boca.

—Lo siento, no quería dejarte plantada, pero Garret me ha pedido que lo lleve a casa de Eliza. He intentado negarme, pero ha sido imposible.

Nos despedimos con un beso en los labios y lo veo subir al coche. Garret pasa a mi lado, me roza el cuello y le dedico una mirada que sería el equivalente a un buen tortazo, pero no es el momento de montar un numerito. Al fin y al cabo, no me parece que esté contento. Creo que de verdad le ha afectado lo que acaba de pasarle a su novia. Lo que no entiendo es como no

se ha ido a verla antes, como han hecho otras chicas del equipo de animadoras.

Recorro el trayecto más largo hasta mi casa, cruzando el Prospect Park. Siempre que el tiempo me lo permite camino por el sendero y observo a los cuidadores de perros paseando esos animales preciosos. Mi madre siempre se pregunta cómo pueden gustarme tanto si en mi vida he tenido una mascota. Mi respuesta siempre es la misma: no la he tenido porque no me lo han permitido, y tal vez esa sea la razón. Echo de menos algo que me acompañe día a día y me demuestre su felicidad.

Cuando estoy llegando a salida del parque, cerca de la calle donde vivo, un husky precioso se acerca a mí; es bastante gordito y enseguida descubro por qué: es una hembra y está embarazada. Se acerca a mi pierna y le tiendo la mano para que la olfatee y sepa que voy a acariciar su preciosa cabecita. Se deja tocar con entusiasmo, meneando la cabeza y lamiéndome los dedos cada vez que le es posible.

—Vaya, le has gustado. Lógico.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada oscura y los lunares que tanto llaman mi atención. Sin saber por qué, me ruborizo y me agacho para seguir acariciando a la perra y disimular mi vergüenza.

—Se llama Queen.

CAPÍTULO 23



Continúo mirando y acariciando a Queen un rato más. Por alguna extraña razón me da vergüenza levantar la cabeza y encontrarme con los ojos de Stiles, pero él es más rápido que yo y acaba agachándose y colocándose a mi altura. Queen gira la cabeza hasta apoyarla sobre una de las rodillas de su dueño para recibir su atención. Al fin alzo mi rostro y, como imaginaba, él está mirándome con su preciosa sonrisa ladeada.

—No es normal que se acerque a desconocidos para que la acaricien — dice mientras le coloca la correa—. Tienes algo y ella también lo ha notado.

Se incorpora y me tiende la mano para ayudarme a recuperar la postura. Cuando sus dedos atrapan los míos un nudo se aprieta en mi estómago y hace que la retire con demasiada rapidez. Me mira extrañado, pero no dice nada. Saca un paquete de galletitas para perros y le ofrece una a su mascota, que acepta encantada.

—¿Te gustaría acompañarnos?

Sin pensármelo siquiera, asiento y al momento empezamos a alejarnos del camino hacia la tranquilidad de mi casa. Permanecemos callados hasta que llegamos a un claro donde Stiles decide volver a soltar a Queen. La observamos jugar con otros perros.

—Está a punto de dar a luz. Otras perras no querrían moverse de su casa, pero ella es muy activa y si no la sacara a pasear seguro que caería en una depresión.

—¿Qué vais a hacer con los cachorros?

No sé siquiera por qué lo he preguntado. Supongo que me preocupo por los animales; soy de las que ven un pajarito que no puede volar y corren a ponerlo a salvo.

—Tienen familias que se van a hacer cargo de ellos. La verdad es que ha sido más fácil de lo que esperábamos, es una raza bastante querida.

Continuamos caminando por el sendero y observando a Queen, que no se aleja mucho de nosotros; incluso cuando parece que la distancia ha aumentado ella sola se acerca. Sin darme cuenta, hemos vuelto al mismo sitio donde nos encontramos cuando me disponía a salir del parque. Stiles me interroga con la mirada y abre y cierra la boca en varias ocasiones como si quisiera preguntar algo.

—Bueno, mañana nos vemos en clase —dice finalmente.

Me despido con un gesto de la mano porque no sé qué más decirle. Nuestra conversación ha sido sencilla, tan solo hemos hablado de su perra, el último regalo que le hizo su madre hace ya cinco años. No he querido preguntar por ella; he notado cierta melancolía en su voz y aún no tenemos confianza como para hablar de temas tan personales.

Me resulta raro sentirme tan cómoda cuando estoy con él. Es como si lo conociera de toda la vida, no necesitamos hablar de cosas triviales, nada de preguntar cómo está el tiempo o qué tal el día, solo disfrutar del tema de conversación que haya surgido y quedarnos en él, sin necesidad de indagar en nada más. Es la primera vez que me pasa esto; ni siquiera con Sarah he sentido esa comodidad, hubo momentos vacíos en los que el silencio se instaló entre nosotras mientras encontrábamos algo de lo que seguir hablando. En cambio, con Stiles... Tal vez haya sido el tema de nuestra conversación. Me ha encantado su reacción al preguntarme si alguna vez he tenido mascota. Al decirle que no, me ha mirado como si eso fuera algo imperdonable, y su sonrisa decía mucho más que cualquier explicación.

Sin darme tiempo a pensar, me encuentro introduciendo la llave en la puerta de mi apartamento. Cuando la abro, la sonrisa de mis padres me deslumbra y los pensamientos que me han acompañado desde el parque hasta casa se desvanecen. La pequeña Ava corre hasta mí y acaba enroscándose en mi cuello para que la alce y la coja en brazos.

—Enhorabuena, mi niña —dice mi madre.

No sé por qué lo dice, pero justo cuando voy a abrir la boca para preguntar, Sarah aparece por el pasillo junto a Max. La que hasta ahora ha sido mi mejor amiga se acerca a mí con una sonrisa de oreja a oreja, como si no hubiera pasado nada entre nosotras esta última semana. Y de la mano de Max. Al parecer, ya han hecho pública su relación ante mis padres.

Dejo a mi hermana en el suelo y, cuando va a protestar para que la vuelva a coger, mi padre se acerca, me da un abrazo mientras me felicita y se encarga de Ava. En ningún momento he dejado de mirar a Sarah a los ojos, intentando descubrir qué me he perdido mientras paseaba por el parque con Stiles.

Cuando al fin me acerco a Max y a Sarah, ella empieza a hablar antes de que yo le pregunte.

—Hola, Haley. Creí que estarías en casa cuando llegáramos. —Su tono es como el de siempre, la amiga que hasta hace nada nunca me había fallado—. He intentado aguantar hasta que llegaras para que fueras tú quien les diera la fantástica noticia a tus padres, pero han sido muy persuasivos.

Sigo sin entender qué narices está diciendo ni a qué estúpida y maravillosa noticia se refiere. Max rodea con un brazo los hombros de Sarah, como si fuera lo más normal del mundo. Tal vez lo sea para ellos, pero a mí me sigue resultando bastante extraño verlos juntos. Pero lo más raro de todo es ver a Sarah en mi casa, felicitándome por algo que todavía no he llegado a entender. Después de los años que hace que nos conocemos, ella entiende de sobra mi mirada y continúa con su discurso.

—No me mires así, tonta. Vas a ser la estrella del número principal de las animadoras, ¿no es emocionante?

Está claro que lo dice más para mi familia que para mí, porque sabe de sobra cuál será mi respuesta, de la misma manera que yo sé que actúa así para ponerme entre la espada y la pared. Si en algún momento pensé en no ser esa estrella, ahora, tras ver las caras de mis padres y, sobre todo, la de Ava, sé que no podré renunciar; hacía tiempo que no los veía tan animados por verme participar en algo. Les encantaba cuando me presentaba a los concursos de ciencias, o de matemáticas, o de deletreos, pero lo de ahora es totalmente distinto. Este no es un concurso más, sino la prueba de que soy capaz de relacionarme con chicas de mi edad, de que soy una más en el instituto y no un bicho raro. Mis padres creen que si no doy este paso me perderé los que pueden ser los mejores años de mi vida. Pero no puedo evitar pensar que están equivocados. Desde que ha empezado el curso he procurado relacionarme más, como ellos me recomendaron, y me siento peor. Sobre todo conmigo misma.

La luz que ilumina la mirada de mi madre no tiene precio. Me anuncian que mañana estarán allí en cuanto empiece el partido. Sarah se ha autoinvitado a casa y no me hace ninguna gracia. No me apetece discutir con

ella estando mis padres en la habitación de al lado, en el que parece que será el mejor día de sus vidas con su hija mayor.

El timbre de la puerta rompe la tensión que empieza a apoderarse de mí con toda la situación que se ha creado. El tiempo pasa rápido, ya es la hora de cenar y mi padre ha pedido unas pizzas. Durante la cena dejo bien claras mis intenciones de no hablar con Sarah, ya que apenas participo en la conversación. Mi madre y ella se encargan de que no se cree ningún tipo de silencio. Max me lanza pullas constantemente, pero las ignoro de forma deliberada, a ver si se da cuenta de que no son ni el momento ni el lugar.

Después de la cena mi amiga y yo nos retiramos al cuarto. Nos ponemos el pijama en silencio, mientras pienso que todo esto lo tenía ella más que planeado y empiezo a cabrearme por momentos. Estas son las cosas que más me enfadan, que algunos den por hecho que haré todo lo que ellos crean que es mejor para mí.

Me meto en la cama y Sarah me acompaña. Al contrario que otras veces, me vuelvo hacia el lado contrario, dándole la espalda para dejarle claro que no tengo ninguna intención de hablar.

Apago la luz y la escucho suspirar a mi espalda. Sé que intenta llamar mi atención, pero esta vez no voy a ser yo quien dé su brazo a torcer. La siento acomodarse en el espacio de la cama que le he dejado. Se mueve inquieta, mientras yo intento no moverme e ignorarla. Finalmente se da por vencida y empieza a hablar, sin importarle si la estoy escuchando o no.

—Sé que últimamente no lo estoy haciendo bien y solo te pido que recuerdes quién soy, ¿vale? No puedo decirte nada, aún no, pero, por favor, confía en mí, sabes de sobra que cuando pueda hacerlo lo haré.

La oigo suspirar profundamente. Posa su brazo en mi hombro y hago un movimiento para que sepa que la escucho, pero no me vuelvo. Tengo que asimilar muchas cosas, saber qué se me ha escapado por el camino.

—La he cagado, lo sé, pero cuando te lo explique entenderás por qué lo he hecho todo. Solo espero que para entonces no sea demasiado tarde.

Estoy a punto de contestarle cuando siento como se vuelve y se acomoda en la cama para dormir. Retiro una lágrima que ha escapado de mis ojos y reprimo con todas mis fuerzas un sollozo atascado en mi garganta. Quiero confiar en ella, juro que quiero, porque lo necesito y porque cuando me habla como ahora, desde el corazón, no me queda más remedio, pero aunque lo haga, eso no reparará el daño que sus palabras ya me han hecho.

No escucho el despertador, lo que significa que he abierto los ojos antes de la hora. Cojo el móvil de la mesilla de noche y veo que tan solo faltan cinco minutos para que empiece a sonar *It Ain't me*, de Kygo y Selena Gómez. Es mi alarma desde la primera vez que la escuché; hace que las mañanas sean más llevaderas. Pero enseguida me doy cuenta de que este no va a ser el día. Hoy es el partido, hoy bailaré delante de muchas personas, de mis padres, de Garret.

—No te has despertado muy animada —la voz de Sarah me recuerda que ha dormido en casa.

Me la encuentro sentada en la silla de mi escritorio, ya vestida. Sé que ha hurgado en mi armario, porque lleva unos *shorts* vaqueros que ella misma me regaló y una camiseta anudada a la altura del ombligo que, obviamente, ella misma eligió.

—Vale, no me lo tengas en cuenta, es que estoy eufórica. Nada de clases, nada de entrenamientos, simplemente ir al instituto para asegurarnos de que esté todo preparado. Esperemos que al menos los chicos ganen el partido, porque si no la fiesta será un completo desastre.

Me levanto de la cama y observo que encima de la mesa hay preparada una muda para mí. No tengo ganas de hablar y menos de discutir. No le digo nada y la dejo con su charla mientras me meto en el baño. Necesito una ducha y un café urgentemente, no necesariamente en ese orden.

Una vez en el baño observo que la puerta que da al cuarto de Max está abierta. Miro con cuidado para ver si sigue en la cama, no sería la primera vez que me asomo y le veo el culo desnudo, pero para mi alegría aún duerme, así que entro sigilosamente en su habitación y voy a la cocina desde allí.

Mi madre está haciendo tostadas, el café humea en la cafetera y el olor de la mantequilla derritiéndose en el pan hace que empiece a salivar, pero no quiero demorarme más de lo debido y que Sarah se dé cuenta de que la he dejado completamente sola, sin siquiera haberle dado los buenos días.

Me sirvo una taza de café con leche y mi madre parece notar que hoy no es uno de mis mejores días. Al menos ella lo achacará a los nervios, que también tienen cierta parte de culpa. Para mi tranquilidad, permanece callada mientras me lo tomo. Después dejo la taza en el fregadero, abandono la cocina y hago el mismo recorrido hasta el baño a través de la habitación de Max. Echo el cerrojo de la puerta para que nadie me interrumpa.

Abro el grifo de la ducha para que el agua vaya tomando la temperatura que me gusta mientras me quito la ropa. Una vez desnuda, me meto bajo el

chorro y dejo que recorra mi cuerpo, a ver si consigo aclarar mis ideas sobre cómo afrontar este día. Mientras el agua empapa mi pelo empiezo a recordar todo lo vivido estos días. Sarah aconsejándome que empiece a tomar decisiones por mí misma, que no deje que nadie me diga lo que he de hacer. Sarah defraudándome y haciendo que me sienta peor que en los anteriores años de instituto. Sarah pidiéndome que confíe en ella y yo sintiendo que es eso lo que debo hacer, porque nunca hasta ahora me ha fallado y si hay algo que no puede decirme ahora mismo tal vez sea verdad; también yo le oculté durante los dos últimos años lo que ocurrió con Jack y ella nunca me presionó para que se lo contara, estuvo siempre ahí, sin forzar la conversación. Tal vez me equivoque, pero voy a intentarlo.

Cuando salgo del baño y entro en la habitación, Sarah continúa en la postura que la dejé, con los pies sobre la silla y la barbilla apoyada sobre sus rodillas. Tomo la ropa que ha elegido para mí y al fin le hablo.

—Espero que con esto que has elegido no me sienta como un payaso el resto del día.

Una gran sonrisa se dibuja en su cara y, como si hubiera estado esperando esas palabras desde que nos vimos ayer en mi casa, se levanta y me abraza como siempre lo ha hecho.

CAPÍTULO 24



Llegamos al instituto en mi coche. Durante todo el camino hemos ido cantando la nueva canción de Ariadna Grande, como siempre que vamos juntas, pero ahora con la libertad de no tener las miradas de mi padre en el espejo retrovisor. Max no ha venido con nosotras porque todos los chicos del equipo han quedado un rato antes para estar concentrados antes del partido, así que no veremos a ninguno durante la mañana. Algo que agradezco; así no tendré que hacer ningún papel con Jackson.

Nos dirigimos a la sala que hay al lado del gimnasio para ayudar en los últimos preparativos de la fiesta y me sorprende ver todo lo que ha cambiado de un día para otro. No sé cómo lo han logrado, pero no tiene pinta de ser el lugar donde nos hacen sudar en las clases de Educación Física. El techo está completamente decorado con guirnaldas y globos rojos y blancos, los colores de nuestro instituto. Las gradas se han recogido con el mecanismo eléctrico y ahora están ocultas junto a la pared, con lo que el espacio es mucho mayor. En uno de los laterales se ha dispuesto un escenario, y una gran banderola con el lobo que nos identifica adorna la pared. Todo está precioso, creo que lo he dicho en varias ocasiones, pero nunca he participado en las fiestas que se han organizado y, aunque parezca mentira, este año me apetece. Tal vez Sarah y mis padres tenían razón: debo aprovechar y vivir al máximo estos años, aunque sufra por el camino. Si no lo hago, acabaré arrepintiéndome.

—Todo esto es precioso —las palabras salen solas de mi boca.

Sarah se acerca y apoya su cabeza bajo mi hombro. Sonríe.

—No te puedes ni imaginar lo feliz que estoy de poder compartir una de estas fiestas contigo, al fin. Este año va a ser especial.

Los padres y madres que están organizándolo todo nos hacen un gesto para que nos acerquemos y nos entregan unas telas para que las pongamos en

una mesa larga donde esta noche se colocarán las bebidas y los aperitivos. El colegio también ha contratado varias de esas caravanas de comida rápida para los alumnos que lo deseen. Al ser la primera fiesta del año, no han escatimado en gastos, pero esto también es gracias a las ayudas económicas que aportan todas las familias.

—Hola, cariño —mi madre aparece por la puerta del gimnasio cargada con una gran caja—, ¿me ayudáis a traer las que quedan en el coche?

Me da las llaves y Sarah y yo salimos entusiasmadas con la idea de sentirnos partícipes de la fiesta.

Tal vez, pero solo tal vez, si le echo coraje y ganas, este pueda ser de verdad un gran año. No sé qué pasará después del partido, no sé cómo Jack y yo decidiremos que nuestra historia termine sin que nadie resulte dañado.

Las cajas están llenas de vasos desechables y platos. Me hace gracia que todo sea rojo y blanco; aunque he visto las decoraciones de los pasillos, nunca he ido a las fiestas y no me esperaba que se vivieran tan intensamente desde dentro.

—Sarah —una voz hace que ambas nos volvamos: es Eliza, con cara de pocos amigos—. Tenemos que hablar.

Mi amiga me dice que lleve las cosas al gimnasio y que después se unirá a mí para continuar ayudando. Sé que cuando ambas se juntan es mejor no estar cerca, que nunca salgo bien parada, pero no puedo evitar fijarme en la capitana de las animadoras. Lleva una falda bastante corta y una camiseta del equipo de baloncesto, que ha cortado y retocado para que le quede bastante justa. El escote resulta bastante pronunciado y seguro que si se diera la vuelta podría leer el nombre de Garret en la espalda. Va apoyada sobre dos muletas decoradas, cómo no, con los colores del instituto; incluso la venda de su tobillo dañado es igual. Me dedica una mirada que rápidamente intento ignorar, pues creo que me he quedado demasiado tiempo observándola y no le ha gustado.

En el gimnasio ayudo a mi madre a colocar las cosas sobre la mesa. Me propone comer juntas cuando termine, aprovechando que no tengo clases y que mi padre se encargará de Ava hasta la hora del partido. Acepto encantada, pues me gusta mucho compartir estos momentos con ella. Le comento que se lo diré a Sarah y ella me sonrío en señal de aceptación.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero Sarah sigue sin aparecer y todo está ya organizado, o al menos aquello en lo que me permiten ayudar, así que decido ir a buscarla. Voy al comedor, pero está vacío. Hay muchos alumnos

en el instituto, pero ni rastro de Sarah, por lo que decido mandarle un mensaje para informarle de que voy a comer con mi madre.

Haley: ¿Dónde estás? Comemos con mi madre.

Espero a que lea el mensaje, pero después de cinco minutos sigo sin recibir respuesta y me resulta bastante extraño. Empiezo a darle vueltas a la cabeza, a pensar si esto será por mí, si Eliza le estará diciendo algo o si la habré cagado al darle ese voto de confianza.

Intento apartar esos pensamientos y regreso al gimnasio a buscar a mi madre. Le cuento que no he conseguido encontrar a Sarah.

—Acaba de irse —me anuncia—. Iba a su casa a recoger la ropa de esta noche. Me ha dicho que vais a cambiaros en casa y así ahorra tiempo. —Un nudo se afloja en mi pecho; tengo que dejar de hacer deducciones antes de tiempo—. También me ha dicho que se ha quedado sin batería, que después se pasará por el restaurante y tomará el postre con nosotras.

Esperaba que mi madre me llevara a uno de esos sitios pijos a los que solemos ir siempre que podemos sacar un poco de tiempo para las dos, pero me sorprende con un pequeño restaurante que está bastante cerca del instituto, decorado como si fuera un museo dedicado a la música. Las paredes están llenas de fotografías de cantantes y grupos de todas las épocas, vinilos, notas de prensa e incluso firmas.

Los tonos son grises, negros y blancos. A primera vista resulta impactante, pero una vez que te acomodas en una de las mesas la magia del lugar te envuelve y no te importaría pasar horas allí. De fondo suena una canción que me es fácil reconocer. Los acordes de *All of Me*, de John Legend, son tan bonitos que dejamos que por unos instantes nos llenen y disfrutamos de nuestro momento madre e hija.

Una camarera se acerca a nuestra mesa y deja dos cartas; parecen cajas de CD y los platos del menú las canciones de un gran álbum de música.

Decidimos compartir una ensalada de acordes, como ellos la llaman, que contiene una gran variedad de verduras y frutos secos. Yo también he pedido una hamburguesa llamada Sinfonía de Cuerdas. No es más que una hamburguesa de ternera con tiras de bacon, lechuga, tomate, queso y la salsa especial de la casa, totalmente recomendada por la camarera.

Mamá y yo aprovechamos para hablar un poco de todo lo que está por acontecer. Me pregunta si estoy nerviosa, pero hasta ese momento no me he

dado cuenta de que decir nerviosa es quedarse corta. Todas las cosas que han pasado en estas dos semanas me han impedido pararme a pensar y darme cuenta de verdad de en dónde me estoy metiendo. Voy a bailar delante de muchísimas personas que ni siquiera saben quién soy. El pulso se me acelera y siento como si el aire no me llegara a los pulmones. Mi madre nota al momento mi estado de ansiedad y se sienta a mi lado, acercándose el vaso de agua que tengo en la mesa.

—Vamos, cariño. Vas a hacerlo genial, ni siquiera lo pienses. Va a ser como un entrenamiento más. Imagínate que no hay nadie, desconecta del sonido de tu alrededor y concéntrate solo en la música, sabes que eso te ayudará.

Tomo el vaso entre mis manos y voy dándole suaves sorbos, como para ralentizar la velocidad a la que mi corazón ha decidido funcionar. Me concentro en las palabras que acaba de decir mi madre.

En el momento en el que me ve más tranquila, vuelve a sentarse en su sitio y la camarera aparece con nuestro almuerzo. No hay nadie en el mundo que me conozca mejor que ella, y sabe que es mejor no volver a sacar el tema. Se dedica a hablarme de Ava, algo sobre lo que de verdad me encanta conversar. Mi hermana pequeña. Para mí es como un angelito que ilumina nuestras vidas. La diferencia de edad con Max y conmigo es bastante y tal vez por eso la hemos mimado mucho, pero no es en absoluto una niña consentida. Ava es mucho más inteligente de lo que se podría esperar en alguien de su edad. Me encanta escuchar como mi madre relata las trastadas que hace en clase y que yo me voy perdiendo por culpa de los estudios, como la profesora alaba las ganas de aprender que tiene.

Justo en el momento en que vamos a pedir unos cafés la campana del restaurante anuncia que alguien ha entrado. La sonrisa de mi madre me confirma de quién se trata.

—Perdóname, Haley. Me quedé sin batería y hasta que no he llegado a casa no he visto tu mensaje. —Se sienta a mi lado y deja en el suelo una bolsa llena de ropa—. Espero llegar a tiempo para tomar el postre; he comido un sándwich rápido para que me diera tiempo a llegar.

—Claro que sí, te dije que esperaríamos —le contesta mi madre.

Pedimos una porción de tarta de chocolate negro con una bola de helado de vainilla. No me he fijado en el nombre de este postre, pero cuando nos han entregado la carta y hemos visto la foto, teníamos claro que lo íbamos a tomar. Como nos habían dicho que la ración era bastante grande, hemos

decidido compartirla entre las tres. Definitivamente está exquisito y ha dejado de importarme cómo se llama, para mí ya es un Canto de Ángeles, el placer de una letra dulce que te inunda el paladar y deja ese sabor que deseas con toda tu alma que nunca se te olvide. Como la canción que repites una y otra vez en tu mente sabiendo que ya forma parte de la banda sonora de tu vida.

Sin duda mi madre me ha descubierto este lugar porque sabe que soy una fan incondicional de la música; me encanta en todos sus aspectos. Si una canción me llega al alma no me fijo en si es pop, rock, indie o música clásica. Lo importante para mí es que me haga sentir. Me gusta cantar, y quien alguna vez me ha escuchado dice que no lo hago nada mal, pero me niego a que se conozca esta pasión mía. Digamos que tengo miedo escénico. Sarah insiste en que soy gilipollas por no dejar que el mundo sepa lo que escondo en lo más hondo de mi ser.

Después de comer mi madre se encarga de la cuenta y se despide de nosotras para regresar al instituto. Nosotras decidimos volver a mi casa e intentar descansar un poco, pues la tarde será muy larga.

—Tenemos que estar allí una hora antes de que empiece el partido —me informa Sarah una vez que nos hemos puesto cómodas en el interior de mi habitación—. Eliza quiere darnos unas indicaciones antes de empezar. Incluso estando lesionada tiene la imperativa necesidad de seguir a cargo de todo.

—Bueno, pues aprovechemos —miro la hora que es— y empecemos a ducharnos y prepararnos. Tenemos que dejarle a mi madre la ropa preparada para que la lleve al instituto, así no se arrugará y estará perfecta cuando nos la pongamos.

Sarah se ducha en el baño de mi habitación y yo lo hago en el de mis padres. Nos ayudamos a ponernos los uniformes. Aunque son prácticamente iguales que los de los entrenamientos, el brillo que tienen hace que parezcan sacados de un cuento de hadas.

Sarah también ha traído su magnífico kit de maquillaje y un neceser del que saca varios lazos de distinto ancho de color rojo y blanco. Sé lo que va a hacer con ellos. Me pide que me siente y empieza a cepillarme el pelo una vez seco. Me hace una cola alta y va colocando las cintas. Hago varias veces el intento de darme la vuelta para ver el resultado en el espejo de mi armario, pero no me lo permite. Tras comprobar que el pelo está de su gusto, se sitúa delante de mí y empieza a sacar potingues de su maletín de maquillaje. He

perdido la cuenta de las cremas y correctores que ha usado en mi cara. Finalmente me sorprende con un pintalabios de un intenso color rojo.

—No pienso ponerme eso —le digo, intentando cogerle la mano.

—Claro que no. —Saca un tarrito con purpurina de color rojo y me la muestra—. Sobre el pintalabios pondremos esto y no puedes negarte, todas vamos a llevarlo.

A regañadientes acepto, con la condición de que si, una vez que lleguemos, alguna no lo lleva puesto, de manera automática lo retiraré de mi cara.

Una vez que termina de prepararme, sigue sin permitirme que me dé la vuelta y me pide que la ayude. No tarda en maquillarse ni la mitad de tiempo de lo que ha tardado conmigo. Cuando veo el resultado en su cara me pongo aún más ansiosa por ver cómo estoy. Al fin me deja levantarme y me coloca frente al espejo. Un oh escapa de mi boca cuando me miro. Estoy alucinada: a pesar de todos los potingues que ha usado el resultado es muy natural, excepto el carmín de los labios. Pero ahora que lo veo sobre mi rostro y acompañado del uniforme, sé que no podía ser de otra manera.

—Pues ya es hora de irse. —Me muestra la hora que es y sé que tiene razón.

Ya queda menos para que este día se quede atrás, aunque, por otro lado, estoy deseando vivirlo y disfrutarlo.

Las sensaciones que se arremolinan en mi mente hacen que me plantee si no he sido una estúpida todo este tiempo ocultándome del resto del mundo, intentando pasar desapercibida en vez de escuchar antes lo que Sarah, mis padres e incluso, en alguna ocasión, Max me decían. Tal vez no es demasiado tarde y pueda empezar a conocer a esta Haley. Me gusta. Me gusto.

CAPÍTULO 25



Esto es impresionante. Aún queda una hora para que permitan el acceso a la pista de baloncesto a los que quieran ver el partido y los alrededores ya están atestados. Todo el mundo lleva los colores de nuestro instituto, ya sea en su ropa o pintados en la cara. Pasamos al lado de personas que nos piropean o nos saludan al ver nuestros uniformes. A Sarah se le nota que está acostumbrada a este tipo de halagos, pero yo me siento abrumada. Tanta atención no va conmigo y un gran nudo de nerviosismo empieza a instalarse en mi estómago hasta convertirse en un miedo atroz de cagarla y hacer el ridículo delante de todo el mundo.

Accedemos al gimnasio principal, donde está la cancha de los partidos oficiales, por la entrada de atrás, que han habilitado para los que formamos parte del equipo. Es de agradecer que hayan preparado un pequeño vestuario para nosotras. Allí nos reuniremos para decidir cómo vamos a proceder en los distintos ejercicios que tendremos que ejecutar.

Al entrar vemos que algunas animadoras ya están allí. Eliza ocupa el centro; junto a ella, Kelly parece reírse de algo que le ha dicho. Un poco más apartadas veo a Natalie y a Rose, que nos saludan. Pocos minutos después ya estamos todas y la capitana nos pide que nos pongamos frente a ella para explicarnos cómo nos organizaremos esta noche.

—Bueno, sé que todas estáis tristes porque no podré estar con vosotras este día. No os preocupéis, porque sé que todo va a salir genial. Vamos a empezar con el número de la pirámide. —Me mira y da un paso hacia mí—. Sé que lo vas a hacer bien, así que aprovecha para demostrar lo que vales.

Abro bien los ojos y pienso que me he quedado dormida en la ducha, porque no es normal que Eliza se muestre tan cordial y amable conmigo.

—A continuación, realizaremos el otro número y si, crucemos los dedos, ganamos el partido, volveremos a repetir la pirámide.

Todas aplauden la idea. Son muchas horas de ensayo y tiene que salir perfecto.

—Así que, ahora, aprovechad para estirar, comprobad que tenéis los uniformes impecables e hidratados, porque el ambiente está caldeado.

Las chicas empiezan a salir y cuando yo voy a hacerlo Eliza me llama. Quiere discutir conmigo el número de la pirámide. Cuando nos quedamos a solas, el semblante de su cara cambia y sé que lo que me va a decir no va a gustarme nada.

—Vamos a dejar las cosas claras —habla mientras se apoya en las muletas—. De haber estado yo, tú nunca hubieras ocupado el lugar más alto en la pirámide, pero ya no puedo hacer nada, así que más te vale hacerlo perfecto si no quieres verme cabreada. Solo quiero prevenirte para que no dejes que esto se te suba a la cabeza. Las personas que tienes debajo solo confían en mí, volveré muy pronto y ya sabes a qué posición regresarás.

Dicho todo eso, se marcha y me deja sola en el pequeño vestuario con la sensación de que, si algo sale mal, solo será el principio de un mal menor. Tomo aire e intento que su amenaza no me ponga más nerviosa.

Dejo pasar unos minutos para salir y no tener que encontrarme nuevamente con ella y fingir que nos caemos bien una vez más. Pero al abrir la puerta golpeo algo con ella a la vez que escucho una palabra malsonante. Al asomarme veo a un chico del equipo, de rodillas y con las manos apoyadas en suelo.

—Joder, podías mirar por dónde vas —me dice.

—Tal vez deberías pensar que ponerse en cuclillas detrás de una puerta no es una buena idea.

El chico se levanta y se vuelve para encararme, pero cuando nuestras miradas se encuentran ambos nos quedamos sin palabras. Nunca lo había visto con el uniforme del equipo y creo que incluso he abierto la boca. Está bueno, muy bueno.

—Perdona, Haley. Creía que era una de las tontas del equipo de animadoras.

Me miro de arriba abajo, compruebo que mi uniforme sigue en el mismo sitio y cuando vuelvo a mirarlo, me da la impresión de que sus mejillas se han tornado más rojizas.

—Esta maldita boca un día me va a meter en un lío. —Se acerca un poco a mí y el pulso se me acelera, ¿qué narices me está pasando?—. No quería decir eso, discúlpame.

—No te preocupes —consigo balbucear—. No eres el único que piensa así.

Una risa escapa de su garganta y en ese momento todo a mi alrededor se detiene. Ya he escuchado esa risa en otra ocasión. ¿Era él? Me quedo en silencio y siento que algo no va bien. Stiles se acerca y me sujeta del brazo. Si no lo llega a hacer seguramente me hubiera caído al suelo. Se ha puesto blanco y me ayuda a entrar de nuevo en el improvisado vestuario para que me siente en uno de los bancos.

Luego se marcha a toda velocidad y en menos de un minuto vuelve con una botella de agua, que me bebo como si llevara toda una vida sin probarla.

—¿Estás bien? Me has asustado.

Asiento, pero de nuevo, como lleva todo el día ocurriendo, empiezo a revivir las dos últimas semanas. Él fue quien escuchó las palabras que me dedicó Garret en el pasillo antes de entrar en clase, él quien me vio derramar una botella de agua sobre su cabeza, él es el amigo que Max trajo a casa y durmió en la habitación de al lado.

No puedo dejar pasar la oportunidad de preguntarle qué es lo que sabe, pero cuando voy a hacerlo unas voces lo llaman desde el pasillo.

—¿Vas a estar bien? Tengo que irme, toma algo de azúcar, seguramente sea a causa de los nervios.

Si él supiera...

Me coge las manos.

—¿Desde cuándo te pintas las uñas de negro? —Nos miramos a los ojos; estoy sorprendida de que se haya fijado en esa parte de mí. Una sonrisa ladeada ilumina su rostro. Es distinta vista así, sin las estrellas que intentó enseñarme aquel día, pero sigue siendo igual de hermosa.

—Desde que he decidido que va a ser lo único oscuro que me acompañará en la vida.

—Sigo pensando que te va mejor el rosa.

Se levanta para ir con sus compañeros, pero antes deposita una nueva goma del pelo, como aquella primera vez, en mi mano, una goma de color rosa.

Sale al campo y lo veo recoger una pelota de baloncesto que hay en el suelo y colocársela bajo el brazo. El partido va a empezar y, aunque ahora sé

que es él quien conoce lo que ha pasado entre Garret y yo, sonrío, esta vez de verdad. Y esa sonrisa en mi cara va a darme la fuerza necesaria para afrontar el resto de la noche.

Me dispongo a salir de nuevo, pero algo me impide hacerlo y siento que me empujan dentro de los vestuarios. ¿Es que no voy a tener un momento de tranquilidad? Levanto la mirada para ver quién es esta vez y encuentro la de Garret, que me observa con ese azul frío que me da hasta miedo. Doy un paso atrás. Él se ha quedado en la puerta, con las manos sobre el pecho y sin dejar de observarme.

Tomo aire y sé que si no le planto cara ahora no conseguiré hacerlo nunca.

—Déjame salir —digo, dando un paso al frente.

Sonríe como si mis palabras le hicieran gracia. No se mueve, todo lo contrario, se acomoda en el marco de la puerta.

—El partido va a empezar en breve y están esperándome para organizar el número, déjame pasar.

—¿Por qué estás jugando a esto? No es tu estilo, Haley.

Alcanza la puerta con la mano y la cierra a su espalda, dejándonos a solas.

—Primero Jackson, ahora Stiles, dime que me equivoco, pero lo haces para ponerme celoso y la verdad es que me gusta.

Antes de que me dé cuenta, lo tengo pegado a mi cuerpo, que se ha paralizado y no reacciona. Posa sus manos en mis caderas y acorta aún más la distancia entre los dos. El corazón empieza a bombear más sangre de lo normal, que se acumula en mi cabeza hasta hacer que me sienta mareada. Su olor me llega y por primera vez en todo este tiempo me resulta repulsivo. No puedo dejar de mirarlo y descubro que tampoco me parece tan guapo como antes.

Escucho a varios compañeros llamándolo detrás de la puerta, pero él menea la cabeza y sé que me está pidiendo que no hable. Aunque quisiera hacerlo, las palabras se han atascado en mi garganta y no consigo articular ninguna.

—Vamos, Haley, llevas mucho tiempo queriendo que esto pase, ¿por qué negárnoslo ahora?

Acerca su rostro y siento su aliento sobre mi boca. Reacciono y apoyo mis manos sobre su pecho. Él lo toma como un gesto de acercamiento y se aproxima aún más, pero consigo reunir toda la fuerza en mis manos y

empujarlo, aunque sin apenas resultado; solo una carcajada por su parte y su cuerpo completamente pegado al mío.

Sé que no es capaz de esto, no ahora y aquí, donde cualquiera puede entrar, sé que lo están buscando y seguramente a mí también, pero aun así, estoy asustada.

Un ruido hace que Garret se separé de mí y se vuelva para ver quién es la persona que acaba de irrumpir en el vestuario.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

AGRADECIMIENTOS

GRACIAS. Sí, empiezo así, con letras en mayúsculas, chillonas y que se vean desde lejos. Porque pude escribir esta historia que estás leyendo gracias a ti. Gracias por regalarme tu tiempo para leerme, para seguirme y espero que enamorarte de ella y sus personajes.

GRACIAS a Jesús, mi marido, compañero y amigo desde hace casi catorce años. Gracias por soportar que me acueste tarde, que a veces (demasiadas) desatienda cosas más importantes por darle riendas a mi imaginación. A mis hijas. Sofía y María Jesús. Porque todo lo que hago es por vosotras. Gracias por alimentar mis sueños.

Tengo que dar las gracias a Click Ediciones por volver a confiar en mí, en darme la oportunidad por la que ahora tienes esta novela en tus manos. Gracias en especial a mi editora, Adelaida Herrera, por soportar todas mis llamadas interminables, mis correos con dudas e ideas locas. Gracias por escucharme y entenderme tan bien. A Maite, mi correctora, mi amiga. Un sol que ilumina allá a donde vaya. Sin ti, Haley y los chicos no brillarían tanto.

A mi familia, porque aguantan todas y cada una de mis locuras y, aunque no lo sepan, ayudan más de lo que puedan imaginar. Mamá, Esther. Sois luz en la oscuridad, risas en el silencio.

A mis lectoras cero. Nuri, Puri e Isa. Mis locas malagueñas, mis compañeras y amigas en Sintiendo tus letras. Ya sabéis que esta historia es gracias a vosotras, a todos vuestros comentarios, a esas fotos que compartimos, a ese grupo de WhatsApp que nos hace desconectar de nuestras vidas e ir a esos mundos que ayudan a que las cosas sean más fáciles. Gracias por estar ahí desde hace ya un par de años y no abandonarme. Por darme esos empujones que me ayudan a soportar mejor los nervios.

A mi loca María A. Te quiero y lo sabes. Eres un gran apoyo en mi vida. En esas llamadas que, o son muy largas o de apenas un minuto, que hacen sacarnos una sonrisa.

A las pasionarias. Noni, Mireia, Ana María, C. Santana, Chio, Eli, Esther, Gema, Isa R., Marissa, Pamela, Raquel, Regina, Ana y Luisa. Risas, eso es lo que aportáis en mi vida. Una misma pasión, la lectura, ha unido a personas que tal vez nunca se hubieran conocido. Yo agradezco que las páginas de un libro me hicieran conoceros.

GRACIAS.

FICHAS DE LOS PERSONAJES

Nombre y apellido: Haley Robinson. Los amigos suelen llamarla Hal y Jackson *sweetie*.

Edad: 16 años.

Horóscopo: Géminis.

Descripción física:

- **Ojos:** castaños, grandes y muy expresivos.
- **Pelo:** castaño con algunos mechones más claros que se le acentúan con la luz del sol. Largo y ondulado. Suele llevarlo suelto o recogido en una trenza sobre su hombro.
- **Piel:** clara, aunque en verano, por su trabajo como paseadora de perros, suele tomar un color bronce que hace que apenas necesite usar maquillaje.
- **Constitución:** es delgada y bastante bajita, pero, aun así, su cuerpo es precioso y las curvas que se le insinúan bajo su look casual demuestra que es mucho más atractiva de lo que quiere dejar ver a los demás.
- **Estatura:** 1,55 m.
- **Más detalles:** siempre lleva su viejo iPod, en el que tiene mil y una lista de reproducción para usar según su estado de ánimo. Desde las canciones actuales más alegres del mercado hasta música de la que apenas nadie ha oído escuchar.

Psicología: introvertida y muy celosa de sus cosas. Le gusta pasar desapercibida. No entra en sus planes llamar la atención. Su mayor virtud es huir, esconderse de los problemas a los que cree que será incapaz de enfrentarse. Le encanta pasar tiempo con sus dos hermanos, Max y Ava, y de esta forma intentar que ellos no cometan sus mismos errores. Si no fuera por

la música seguramente en más de una ocasión hubiera estado escondida demasiado tiempo.

Qué quiere de la vida: disfrutar del último curso de instituto. Intentar que sea el mejor año tras las paredes del centro en el que no ha vivido sus mejores momentos hasta ahora y superar los miedos que la hacen huir de lo que de verdad quiere. La música.

Cómo describirla en una frase: soñadora, introvertida, amante de la música y de lo que siente cuando se deja llevar.

Gestos y manías:

- Tocar las teclas de un piano imaginario, ya sea contra su muslo o sobre cualquier superficie. Siempre le pasa cuando se pone nerviosa.
- Escuchar música cuando cree que nada puede solucionar los problemas.
- Pasar desapercibida.
- Le encanta ir con vaqueros que ya debería haber tirado y camisetas con logos de grupos de música que los jóvenes de su edad apenas serían capaces de reconocer.
- Usar deportivas. No es amante de llevar tacones, aunque suele hacerlo en las ocasiones que se requiere. Su amiga Sarah siempre le dice que le estilizan, pero ella no se avergüenza de su estatura, cree que es uno de sus mejores rasgos.

Nombre: Stiles Bennet.

Edad: 17 a punto de cumplir los 18 años.

Horóscopo: Escorpio.

Descripción física:

- **Ojos:** azules, sin llegar a ser ni oscuros ni claros, ya que según su estado de ánimo toman diferente intensidad.
- **Pelo:** moreno, oscuro como el azabache. Lo lleva lo suficientemente largo como para poder pasar sus dedos por él y crear ese efecto de parecer despeinado, cuando realmente se ha tomado su tiempo en que quede con ese estilo.
- **Piel:** clara, con varias pecas sobre su rostro y gran parte de su cuerpo. Le dan el aspecto de tener estrellas desperdigadas sobre ella. Constitución: alto, con un cuerpo bastante atlético. Muy atractivo,

por lo que está acostumbrado a que las chicas se le queden mirando al pasar por su lado.

- **Estatura:** 1,91 m.
- **Más detalles:** tiene varios tatuajes que oculta a los compañeros del instituto, aunque una de sus amigas del pasado los conoce con bastante claridad. En sus planes está seguir marcando su piel con tinta para de esta manera seguir grabando las cosas importantes que le pasan, tanto las que quiere recordar como las que necesita olvidar.

Psicología: aunque quiera demostrar a los demás que es un chico al cual los sentimientos, tanto los suyos como el de los demás, no le importan, guarda en su interior demasiadas cosas que lo hacen ser muy emocional. Es cabezota como él solo y, aunque sepa que no lleva la razón, no es de las personas que dan su brazo a torcer. Hay pocas personas que formen parte de su vida que sepan cómo es realmente, ya que es bastante celoso de su intimidad. Puede parecer un chico extrovertido, de los que no tienen miedo al qué dirán, pero le cuesta mucho expresar sus sentimientos y odia cuando estos toman las riendas de su vida. Cuando eso sucede, las consecuencias nunca son buenas, ni para él ni para las personas que lo rodean.

Qué quiere de la vida: aprovecharla como si cada día fuera el último. Autoconvencerse de que el amor, ya sea el que crea la amistad, la familia o esa chica que no deja de pasar por sus pensamientos, es algo que no tiene cabida en su vida. Aún no se ha planteado qué es lo que quiere de la vida, es algo de lo que no se preocupa desde hace algo más de un par de años, cuando esta le enseñó que no merecía la pena pensar en el futuro.

Cómo describirlo en una frase: es una incógnita para todas las personas que lo conocen, ya que no deja que nadie lo conozca realmente como es.

Gestos y manías:

- Pasarse las manos por el pelo cuando se pone nervioso.
- Hacerse tatuajes cada vez que cree que ha aprendido una nueva lección en la vida.
- Volver a recaer en sus adicciones, aunque saben que no le llevan a ningún lado, son las que le recuerdan de dónde viene y hacia dónde no quiere ir.

- Acabar buscando siempre a la misma persona cuando todo lo de su alrededor se convierte en ese caos al que no quiere volver.
- Pasear a su perra, Queen. Cree que es el único ser vivo al que puede querer de verdad sin ser dañado.
- Tocar su guitarra, aunque esto hace casi dos años que no lo hace a causa de los recuerdos que le trae.
- Correr a toda velocidad con su moto, dejando que el aire que le golpea el cuerpo se lleve todas las heridas que no quieren irse.



Helena Sivianes nació un 18 de agosto de 1984, en Sevilla, España. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa que cuando leía se imaginaba distintas maneras para que continuaran las historias.

Desde que a sus apenas catorce años cayó en sus manos la primera novela romántica, no ha podido dejar de leerlas hasta que hace unos tres años decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras, decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida y una multitud de comentarios positivos.

Desde que empezara su primera novela no ha dejado de escribir, con más de una idea en su cajón de sastre deseando poder darle la forma que se merece, de donde salió esta novela en forma de reto personal.

Concilia su vida como escritora de novela romántica New Adult con su trabajo en una tienda de videojuegos y ser madre de dos niñas de siete y cinco años, y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas

para luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas con las historias que crea desde el corazón.

Novelas publicadas:

Empezar otra vez (autopublicada, Amazon, julio de 2016)

Seducida por la tentación (Tentación 1). Click Ediciones. Marzo de 2017

Perseguida por la tentación (Tentación 2). Click Ediciones. Mayo de 2017

Encontrada por la tentación (Tentación 3). Click Ediciones. Septiembre de 2017

No te alejes nunca. Editorial Multiverso. Octubre de 2017

A tu lado. Parte 1
Helena Sivianes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Helena Sivianes, 2018

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Mikhail_Kayl / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18768-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Seducida por la tentación. Trilogía tentación

Helena Sivianes

Perseguida por la tentación. Trilogía tentación

Helena Sivianes

Encontrada por la tentación. Trilogía tentación

Helena Sivianes

Una nueva vida

Nora Alzávar

Mariposas en tu estómago

Natalie Convers

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruená Estríngana

Amistad inesperada

Moruená Estríngana

Tu eres mi vez

Judith Priay

Acróbata

Romina Naranjo

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

